SAINETES DE
D. RAMON DE LA CRUZ

LAS CASTAÑERAS PICADAS • LA CASA DE TÓCAME ROQUE • LA PLAZA MAYOR • LAS TERTULIAS DE MADRID • LA COMEDIA CASERA • LA CENA Á ESCOTE • LA MAJA MAJADA • LOS MAJOS VENCIDOS • LA DUDA SATISFECHA • EL PETIMETRE • LA VISITA DE DUELO • EL FANDANGO DE CANDIL • • EL MAJO DE REPENTE • •



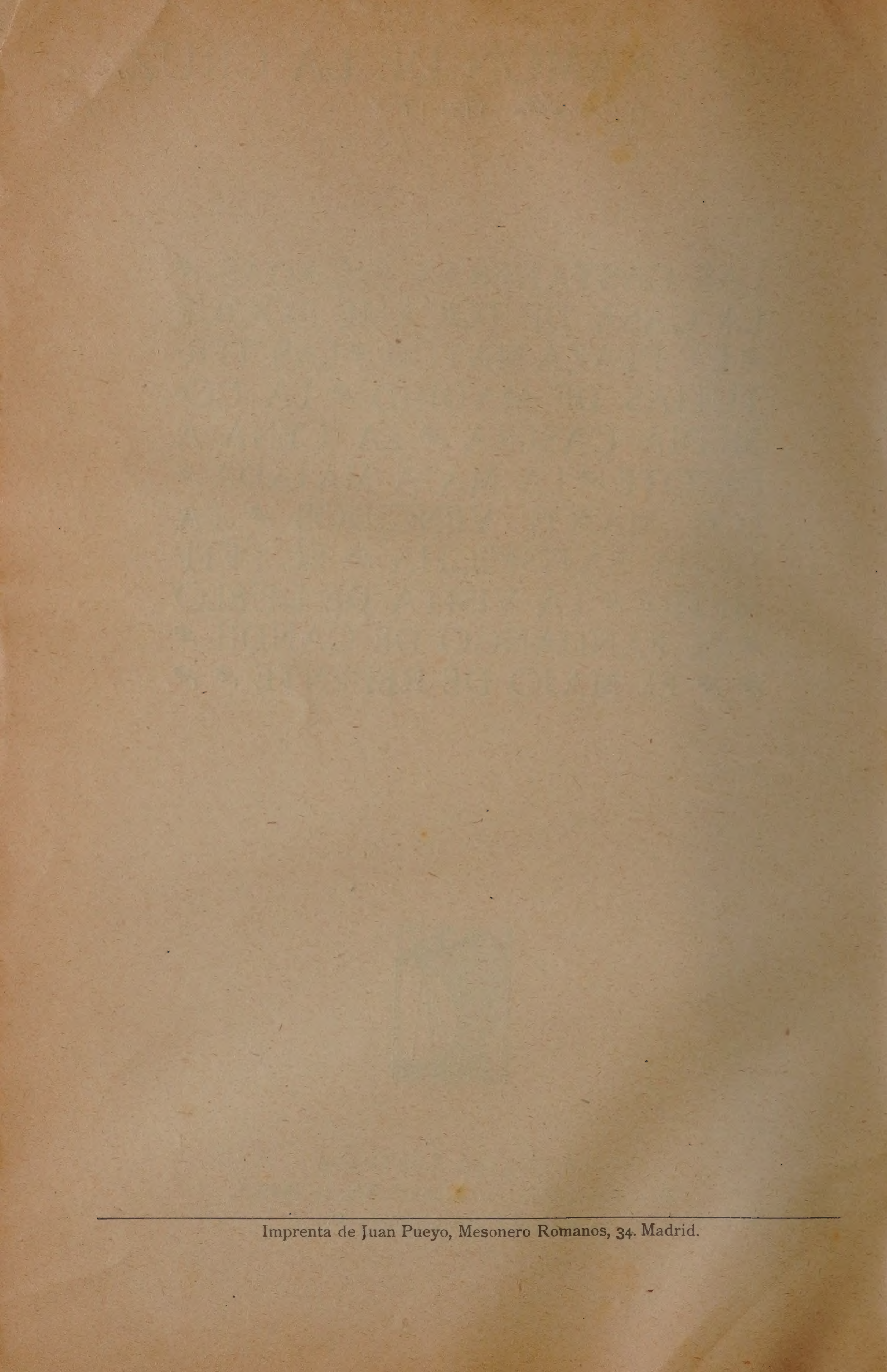
LA NOVELA ILUSTRADA • PERIODICO SEMANAL DE NOVELAS • SEGUNDA ÈPOCA • NÚMERO 245 • 35 CÉNTIMOS

DON RAMON DE LA CRUZ

LAS CASTAÑERAS PICADAS ❦ LA CASA DE TÓCAME ROQUE ❦ LA PLAZA MAYOR ❦ LAS TERTULIAS DE MADRID ❦ LA COMEDIA CASERA ❦ LA CENA Á ESCOTE ❦ LA MAJA MAJADA ❦ LOS MAJOS VENCIDOS ❦ LA DUDA SATISFECHA ❦ EL PETIMETRE ❦ LA VISITA DE DUELO ❦ EL FANDANGO DE CANDIL ❦ ❦ ❦ EL MAJO DE REPENTE ❦ ❦



LA NOVELA ILUSTRADA
Director Literario: Vicente Blasco Ibáñez.
Oficinas: Mesonero Romanos, 42.
MADRID



Imprenta de Juan Pueyo, Mesonero Romanos, 34. Madrid.



Las Castañeras picadas

PERSONAS

DOÑA JAVIERA, carpintera.
GEROMA, la Temeraria y ESTEFANÍA, la Pintosilla, castañeras.
CEFERINA, maja.
DOS VECINAS, petimetras.
D. FELIPE y D. LUIS, sus cortejos.
EL TÍO MOJIGANGA, mozo de esquina, viejo.
D. DIMAS, alguacil.
GORITO, aprendiz de carpintero.
D. SISEBUTO, padre de las vecinas.
EL MACARENO
DOMINGO, mozo de esquina.
UNA CRIADA DE LA CARPINTERA
BLAS TRABUCO, majo de la Ceferina.
DOS PETIMETRAS, madre é hija.
D. BRAULIO, petimetre.
Varios oficiales de carpintero, músicos, majos, etcétera.

El teatro representa calle con una puerta de casa decente, y reja encima hacia el foro en el lado izquierdo. En el propio lado puerta de taberna, y á la esquina, entre primero y segundo bastidor, un puesto de castañera, en que estará el Tío Mojiganga *sentado. En el propio paraje, enfrente, otro puesto de castañera, en que estará la* Pintosilla, *al aire de los fuelles, cantando la seguidilla siguiente.* D. Felipe *y* D. Luis, *petimetres, se pasearán hacia el foro, deteniéndose alguna vez á oir la castañera. Alguno de capa, otro mozo ordinario, etc., llegarán á comprar castañas y entrarán en la taberna; á la reja estarán asomadas las dos vecinas petimetras.*

Pintosilla.—Al aire de mis fuelles, (*Canta.*)
y al de mi garbo,
el mayor edificio
se viene abajo.
Nenguna campa
donde yo campo...
El mayor edificio, etc.
A mis castañas,
que en Madrid no se comen
más resaladas
Donde yo campo
nenguna campa:
que en Madrid no se comen
más resaladas.

Representa.
A las gordas, á las gordas
y calientes.
Domingo. Oyes, ¿cuántas
me das por un cuarto?
Pintosilla. Pocas.
Domingo.—El año pasado daban
ocho.
Pintosilla.—Yo diez y seis.
Domingo.—¿Sí? pues dame un cuarto.
Pintosilla. Apara
cinco, y las once restantes
quedan por mi buena cara.
Domingo.—La mejor de ustedes non
valen las once castañas.
Venga mi cuarto.
Mojiganga. Ven. Yo
doy nueve: las cuatro sanas
y cinco podridas.
Domingo. ¡Pues
la señora Temeraria
dámelas buenas!
Mojiganga. También
yo, que esto ha sido chanza.
Domingo.—Si quieres entrar á echar
un sobre escrito á la panza
de mediu pliegu, you pagu.

MOJIGANGA.—Me ha quedado encomendada
la tienda y no puedo entrar
hasta que venga su ama.
DOMINGO.—¿Dónde fué?
MOJIGANGA. ¡Sábelo el diantre!
DOMINGO.—Paréceme que la aguardan
aquellos usías.
MOJIGANGA. No.
Yo creo de mí que andan
tras de la otra.
DOMINGO. ¿Vienes?
MOJIGANGA. No.
DOMINGO.—Yo sí. *(Entra en la taberna.)*
MOJIGANGA. Buen provecho te haga.
DOMINGO.—Aunque á beber vengo, vengo *(Al entrar.)*
á negocio de importancia.
FELIPE.—¿Están calientes? *(Llega á la Pintosilla.)*
PINTOSILLA. Y gordas.
FELIPE.—Así me gustan. ¿Y cuántas *(Llegan.)*
me das por un duro?
PINTOSILLA. En mi vida
he visto yo tanta plata
junta.
LUIS. ¿Y oro?
PINTOSILLA. Mucho menos.
FELIPE.—Yo creí que comerciabas
por mayor, porque ese tren
denota... denota...
PINTOSILLA. ¡Vaya!
¿qué denota? Acabe usía
de gomitar la palabra,
antes de que le meta yo
los dedos de las tenazas,
y le obligue: ¿qué denota?
FELIPE.—Que tienes puesto á ganancias
mucho dinero.
PINTOSILLA. ¿Y qué más?
FELIPE.—Hablemos fuera de chanza.
PINTOSILLA.—¿Gusta usía de las gentes
formales?
FELIPE. ¿Pues platicara
yo contigo, á no decirme
tus ojos que eras muchacha
formal?
PINTOSILLA. ¿Sí? Pues formalmente
le digo á usía que basta
de parola, y puede irse
formalmente enhoramala;
que aquí no estamos á chuchos
y sobras de las madamas
de la reja de allí enfrente,
ni quiero que por mi causa
pierdan su fortuna.
LUIS. Cuenta
no salgan á la ventana.
Dice bien.
PINTOSILLA. ¡Qué parroquianos!
FELIPE.—Ahora que el padre está en casa,
no saldrán.
Llega el TÍO MOJIGANGA *en secreto al otro puesto.*
MOJIGANGA. ¿Estefanilla?
PINTOSILLA.—¿Qué?
MOJIGANGA. ¿Te han comprado castañas
ésos?
PINTOSILLA. No.
MOJIGANGA. Pues ni tampoco
se las des si no las pagan:
que por no trocar un duro,
las suelen llevar fiadas,
y no vuelven.
PINTOSILLA. Será olvido.
MOJIGANGA.—Como todas las mañanas
se acuerdan de visitar
á la hora señalada
á las vecinas, pudieran
acordarse de la paga.
PINTOSILLA.—Pedírselo.
MOJIGANGA. ¿Cómo? ¿A un
señor con capa de grana
y dos relojes, pedirle
quince cuartos de castañas
que debe á un mozo de esquina?
PINTOSILLA.—No tal, que tienes la plaza
de apoderado y mancebo
mayor de la Temeraria.
MOJIGANGA.—Y con mucha honra.
PINTOSILLA. Y provecho.
MOJIGANGA.—Cabal: quizá no fumara
yo, ni crédito tuviera
para beber vino en tantas
tabernas, y las mejores,
si ella no me lo abonara.
PINTOSILLA.—Debe de haberla caído
hoy mucho que hacer, que tarda.
MOJIGANGA.—Está la tarde fresquilla:
además que no hace falta,
en quedando la ofecina
á mi persona encargada.
Sale TEMERARIA *de majota con mantilla.*
TEMERARIA.—¿Por qué está aquel puesto solo?
MOJIGANGA.—Ahora mismo me apartaba.

TEMERARIA.—¿A qué?
MOJIGANGA. A decir á esta chica
una cosa en confianza.
TEMERARIA.—¿Y de cuando acá es vesita
de la señora? Si pasa
otra vez á la otra cera...
PINTOSILLA.—No se le pegará nada
malo.
TEMERARIA. Ni tampoco bueno.
PINTOSILLA.—Si es güeno el humo y la grasa
de la tarángana frita,
y el mosto de las tinajas,
no se le pegará, porque
fuera de pringue, que mancha
por acá.
TEMERARIA. Provocación;
pero no tengo ahora gana
de reñir contigo.
PINTOSILLA. Avisa
luego que te dé, y señala
hora en que no me incomode,
ó no esté desafiada
de otra, que no he de privarle
á ella de las bofetadas
que le tenga prevenidas,
por hacerte á ti esa gracia.
TEMERARIA.—¿Pintosilla, has reparado
en la mujer con quien hablas?
PINTOSILLA.—¡Mucho! Nada menos que á
Geroma la Temeraria,
por mal nombre y peor lengua,
castañera de portada
de taberna.
TEMERARIA. Por lo menos
tengo tienda señalada,
soy del número, y estoy
como tal matriculada
en el gremio; pero tú
eres supernumeraria
y castañera de esquina,
que si el amo de la casa
quiere, te echará esta tarde
del puesto.
PINTOSILLA. ¿Cómo?
TEMERARIA. A patadas.
PINTOSILLA.—¿A mí? ¿Y el amo? ¿Discurres
que también estas son tapias
de taberna?
TEMERARIA. No había visto
el cañón de hoja de lata,
la alfombra de esparto, y que
estás con las dos mamparas,
y el techo en un gabinete
conforme á tus circunstancias.
¡Anda fuera chimenea
y gabinete!
PINTOSILLA. Naája,
anda fuera, y dale un beso
á mi vecina en la cara.
(Hace el ademán de sacarla.)
TEMERARIA.—No la saques, y me obligues
á que yo use de mis armas
de fuego.
PINTOSILLA. ¿Cuáles?
TEMERARIA. Mis ojos:
que de una sola mirada
son capaces de hacer más
estragos que cuatro balas.
PINTOSILLA.—¡Muerta soy! Adiós, Geroma,
que se queman las castañas.
TEMERARIA.—¡Miedo! *(Con viveza.)*
PINTOSILLA. A un alguacil que viene
por allí.
(Se retiran á sus puestos muy disimuladas.)
TEMERARIA. Pues calla.
PINTOSILLA. Calla.

Repite la seguidilla con la siguiente letra, é interin pasa DON DIMAS, *alguacil, muy serio, y se entra por la puerta de debajo de la reja, se asoman las dos* USÍAS *á ella, y hacen gestos á los* PETIMETRES, *que las llegan á hablar desde la calle.*

Canta PINTOSILLA.

A bailar el bolero
y asar castañas,
apuesto en todo el orbe
con la más guapa,
Donde yo campo
nenguna campa:
A bailar el bolero
y asar castañas.
Cuando yo bailo
ellas mueren de envidia,
y ellos de pasmo.
Nenguna campa
donde yo campo:
Ellas mueren de envidia,
y ellos de pasmo.

Pasa GORITO *muy majo, y se llega como con disimulo á tomar castañas del puesto de la izquierda.*

GORITO.—¿Mocita, me das dos cuartos?
TEMERARIA.—Para usté no hay aquí nada
ya...
(Tira los cuartos y los coge Mojiganga.)
GORITO. ¿Qué es aquesto, Geroma? *(Serio.)*

TEMERARIA.—Dígole á usted que se vaya
de bien á bien; que lo luzga
por ahí con cuatro petatas
endinotas como él,
mientras duren esas galas,
y que no cuente dende hoy
con mi amor, ni con mi plata.

GORITO.—¿Pero por qué? ¡Si supiera
el envidioso canalla
que te ha hablado mal de mí,
iba al punto, le arrancaba
delante de ti la lengua,
y si no podía tragarla
cruda, en ese tostador,
ó la freiría, ó la asara!
¿Quién es ese hombre?

TEMERARIA. Gorito,
(*Levantándose.*)
ya ha tres meses que me tratas,
y aunque sabes que yo... digo,
soy plus ultre de las majas
cuando quiero, cuando quiero
soy también aseñorada;
sé lo que es formalida,
y á llevar bien una bata,
ó un savillé desafío
á la usía más pintada.

GORITO.—¡Si eres la reina!...

TEMERARIA. ¿La reina?
Alcalde que yo me hallara
no más, habías de partir
los piñones esta pascua
con los cantos de Melilla,
ó había de quemar la vara.

GORITO.—¿Quién, tú? No me alces el gallo.
Ya me conoces.

TEMERARIA. Cachaza:
¡Si hay mil modos de reñir
sin alborotar las casas,
ni la calle; y de cortar
la amistad más apretada
entre dos, cuando la pega
uno de ellos ó se cansa!

GORITO.—¿Te has cansado tú?

TEMERARIA. No es eso.

GORITO.—La habré yo pegado.

TEMERARIA. Basta
que lo conozcas. Adiós,
que se queman las castañas. (*Se sienta.*)

GORITO.—¡Es un falso testimonio!...

MOJIGANGA.—Calla, hombre, que ya me falta
la paciencia. Si le has dado
á tu maestra palabra
de casamiento en saliendo
de deprendiz; ¿por qué engañas
á esta probe, y tomas de ella
todo cuanto te regala?

GORITO.—No he dado tal, ni he querido
el dinero que me daba
para el desamen la otra:
y si supiera el canalla
soplón...

TEMERARIA. ¿A cuál quieres más?
(*Levantándose.*)

GORITO.—A ti.

TEMERARIA. Pues está ajustada
la cuenta si quieres.

GORITO. ¿Cómo?

TEMERARIA.—En poder de mi madrastra,
la tocinera del Rastro,
tengo cien reales medallas
para dote, mías propias,
que á nadie le deben nada,
porque mis antipasados
y mi padre, que Dios haiga,
las ganaron con la honra
que es pública en esa Plaza
Mayor, en el Rastro y la
Plazuela de la Cebada.

MOJIGANGA.—Y de esto habrá mil testigos,
hombres de mucha sustancia.

GORITO.—¿Dí?

TEMERARIA. Todo está reducido
á sí ú no, como Dios manda.
Tú tienes habilidá,
yo te quiero, y tengo plata,
desamínate esta tarde,
y casémonos mañana.

GORITO.—¡Tan pronto!...

TEMERARIA. Yo soy asina:
ó drento ó fuera, despacha;
ó la maestra, ó yo.

GORITO. Geroma,
ni el mesmo sol que bajara
en figura de mujer,
y supongo la encontraba
en la calle, en la canal,
ó en vesita en una casa;
á donde tú te presentas,
pongamos la comparanza,
¡para mí! ¡corcho: ni esto!
pero déjame que salga
del día. Esta noche tiene
mi maestra convidadas

gentes de forma á jopeo,
porque es día de su santa;
corro con todo...

TEMERARIA. No más:
pues á donde corres, para,
y agur. (*Apártase.*)

GORITO. Si quieres venir... (*La sigue.*)

TEMERARIA.—Aunque no estoy convidada,
puede. (*Siéntase y pregona.*)
Calientes y gordas.

GORITO.—Voy á eso que te he dicho.

TEMERARIA. Anda,
y cumple con tu maestra.

GORITO.—¿Pero quedas enojada?
¿La verdá?

TEMERARIA. ¿No me conoces
el regocijo en la cara?

GORITO.—Pues hasta después, chuscota.

TEMERARIA.—Adiós, resalado.

Sale D. DIMAS *de la casa.*

DIMAS. Aguarda:
¿Gregorillo? ¿Gregorillo?

GORITO.—¿Señor don Dimas, qué manda
su merced?

DIMAS. ¿Es cosa tuya (*Por la Temeraria.*)
esa moza?

GORITO. En confianza
haga usted cuenta que no,
y que sí.

DIMAS. Pues está dada
una querella contra ella,
y la de enfrente.

GORITO. ¡Caramba!
¿Por qué?

DIMAS. Por escandalosas:
y es muy posible que vayan,
si no abandonan los puestos,
al Hospicio á cardar lana.

GORITO.—Eso no es malo.

DIMAS. Prevenla;
mientras yo á estotra muchacha
(*A Pintosilla.*)
apercibo en caridad. (*Apártanse.*)

TEMERARIA.—¿Qué traes?

GORITO. ¡No es cosa de chanza!

TEMERARIA.—"Le han ido con algún cbisme
(*Aparte los dos.*)
al señor alcalde? ¡Vaya!"

DIMAS.—Dios guarde á usté. (*A Pintosilla.*)

PINTOSILLA. A usté también.

DIMAS.—Escúcheme dos palabras.
El señor don Sisebuto,
que vive en aquella casa...

PINTOSILLA.—¿El señor de poco acá?
Adelante: ¿qué embajada
me trae usted de su parte?

DIMAS.—¡Caracoles, y qué guapa
parece usted!

PINTOSILLA. ¡Pero mucho!

DIMAS.—Pues yo sé dónde se amansan
las guapezas.

PINTOSILLA. Yo sé más.

DIMAS.—¿Pues qué sabe usté?

PINTOSILLA. Amansarlas.
Diga usté sin cortedá
cualquier recado que traiga,
que nada le turba á quien
tiene la concencia sana.

DIMAS.—Pues dice aquel caballero...

PINTOSILLA.—¿Qué caballero, ni qué haca?
¡Si ha dos años que era mozo
del Peso, pasó á la Aduana,
se metió luego á tratante
de cuanto viene á la plaza
por mayor, compra barato,
y en perjuicio de la causa
común, después lo revende
por un ojo de la cara!

DIMAS.—¡Calla, mala lengua!

PINTOSILLA. ¿Qué
tiene mi lengua de mala?
¿Ha visto usted otras más limpias,
más resueltas, ni más claras?

DIMAS.—Tengamos la fiesta en paz.

TEMERARIA.—¿Sabes lo que hay, Estefana?
(*Llégase á Pintosilla.*)
Que el marqués del fardo á cuestas
se ha querellado de emtrambas.

PINTOSILLA.—¿Por qué?

DIMAS. Por muchos motivos.
Porque cada instante arman
peloteras entre sí
ustedes dos; porque estafan
al público, dando seis
por un cuarto de castañas.

GORITO.—¡La conciencia de un tratante
siempre ha sido delicada!

DIMAS.—Y sobre todo, porque
entretienen cuantos pasan
con cánticos, chicoleos...

PINTOSILLA.—¡Por vida del diantre!...

TEMERARIA. Calla:
yo acabaré la querella
como debió él acabarla.

Y que con esto sus hijas,
que están siempre á la ventana
aguardando á dos pelones
de peluca y medias blancas,
nunca pueden sin testigos
recoger y tirar cartas,
y lo que á su padre chupan
de la dispensa y del arca.

DIMAS.—¿Lo haréis bueno?

PINTOSILLA. ¡Así lo fueran
ellas, y toda su casta!

MOJIGANGA.—Mire usted, señor menistro,
en un barrio, verbigracia,
un zapatero de viejo,
y una de éstas son alhajas.

DIMAS.—Él me ha dicho que sus hijas
están escandalizadas.

PINTOSILLA.—Y nosotras, que lo estamos
mucho más de ellas; y para
prueba, vendrá todo el barrio.

Sale D. SISEBUTO *de caballero.*

D. SISEBUTO.—¿Ve usted si yo me quejaba
de balde?

DIMAS. También se quejan
ellas de usted, y afianzan
que hay por allá contrabandos.

GORITO.—"En otra parte algo falta, (*Aparte.*)
"y aquí sobro: yo me escurro." (*Vase.*)

MOJIGANGA.—Que se va Gorito.

TEMERARIA. Vaya
con Dios, que ya nos veremos.

PINTOSILLA.—Si sabe aquella ventana
hablar, que se lo pregunten.

TEMERARIA.—Y si no á esa puerta falsa,
por donde acaban de entrar,
mientras el señor estaba
con usted, dos petimetres.

SISEBUTO.—¿Por dónde, si en la antesala
hemos hablado los dos?

PINTOSILLA.—Por la cocina: ¿en qué casa
de caballero no hay
por lo menos dos entradas?

SISEBUTO.—Mienten.

DIMAS. Mejor será verlo.

SISEBUTO.—Las manos sobre las ascuas
pondré yo.

Sale MACARENO *de majo.*

MACARENO. ¿Qué ha habido aquí?
(*A la Pintosilla.*)
¿Y tú qué haces apartada
de tu puesto? Buenas tardes,
caballeros. ¿Se peleaban
estas mozas, seo don Dimas,
y vino usté á apaciguarlas?

DIMAS.—Chismecillos: por ahora
con apercibirlas basta;
pero si no se cerrigen,
será fuerza escarmentarlas.

TEMERARIA.—Primero ha de corregir
usted á las mal habladas
que tienen la culpa...

MACARENO. Chito.

PINTOSILLA.—Tiene mucha razón.

MACARENO. Calla
tú: recoge la mantilla,
y vé á buscar á tu hermana,
que te espera para ir
al fandango de la Paca
la carpintera.

PINTOSILLA. No iré
hasta que quede mi fama
bien puesta, y he de quedarme
aún en verano, plantada
en esta esquina: y sobre eso,
Macareno, no me hagas
reconvenciones.

MACARENO. ¿Qué empeño
tenéis tú y la Temeraria
en estar aquí sufriendo
la nieve, el viento y el agua,
sino os falta qué comer,
bien vestidas y calzadas?

TEMERARIA.—Tener oficio.

MACARENO. ¿Y qué oficio
es?

TEMERARIA. Como otras holgazanas
se aplican á escofieteras,
nosotras á asar castañas.

MOJIGANGA.—Unas detrás de cristales,
y otras detrás de mamparas.

MACARENO.—Pues no lo estarás tú más,
que al puesto, y á todas cuantas
baratijas le competen,
he de pegar fuego.

DIMAS. Basta
quedar por ahora embargados.
Usted, tío Mojiganga.
métalos en la taberna,
quedándose hasta mañana
por depositario.

(*Los recoge, ayudándole alguno.*)

PINTOSILLA. ¿Y qué
se han de quedar las fulanas
riyendo?

DIMAS. Poquito á poco
se andan mejor las jornadas.
Venga usted, don Sisebuto,
conmigo.

SISEBUTO. ¿Dónde?

DIMAS. A su casa.

SISEBUTO.—¿Pues creyó á estas embusteras?

DIMAS.—No; pero aquel que se encarga
de una comisión, mal puede
cumplir sin examinarla.
(*Entranse los dos.*)

MACARENO.—Vamos.

PINTOSILLA. ¿Geróma, y tu novio?

TEMERARIA.—Está en una cuchipanda.

PINTOSILLA.—¿Y qué, va sin ti?

TEMERARIA. Otras veces
voy yo sin él: ¡con que pata!
¿Qué mira usted? Yo lo digo.
(*A Macareno.*)

MACARENO.—Si tuvieran una miaja
de juicio algunas mujeres,
pudiera uno aconsejarlas
lo que no las tiene cuenta;
pero luego después... Vaya,
más vale callar.

TEMERARIA. Más vale,
que estar con medias palabras
provocando la paciencia
á dos mujeres honradas.

MACARENO.—Basta que ustedes lo digan;
pero yo tengo mil ansias...

PINTOSILLA.—Pues si las tienes, empuja,
gomítalo todo, ó calla.

MACARENO.—Dicen que Gorillo no
parece saco de paja
á su maestra.

TEMERARIA. Tampoco
me lo parece á mí. Salga
de aquese buche...

MACARENO. ¿Qué ha de
salir?

TEMERARIA.—Otra bocanada.

MACARENO.—Y se dice que muy pronto
y á no dudarlo se casa
con ella.

TEMERARIA.—Pues si se dice,
y de ello tanto se habla,
será verdad, ó será
mentira. ¿Cuántas proclamas
se han corrido?

MACARENO. Eso nos dicen.

TEMERARIA.—¿Los ha visto alguno ir cácia
á la vicaría en simón?

MACARENO.—Tampoco.

PINTOSILLA. ¡Será patraña!

TEMERARIA.—No tardarás en saberlo.

PINTOSILLA.—¿Y cómo?

TEMERARIA. Ustedes se vayan
á su baile.

PINTOSILLA.—¿Y tú no vienes?

TEMERARIA.—¡Si yo no estoy convidada!

MACARENO.—Yo te convido, Geroma.

TEMERARIA.—Pues en esa confianza
puede que me anime. Agur.

PINTOSILLA.—Pues te esperamos sin falta.

TEMERARIA.—Yo iré...

MOJIGANGA. ¡Mire usted lo que hace!

TEMERARIA.—Vamos, tío Mojiganga.

MOJIGANGA.—¿A visitar al peluquero?

TEMERARIA.—No necesito ir peinada,
que voy yo á peinar.

MOJIGANGA. ¿A quién?

TEMERARIA.—Al primero, si me enfada,
á usted. (*Vase.*)

MOJIGANGA.—No enfadaré tal.
¡Dios ponga tiento en tus garras!
(*La sigue.*)

El teatro se muda en casa pobre, que figura la tienda de carpintería, adornada caprichosamente con algunos tarjetones y cortinas apabellonadas, bastante charros: dos ó tres oficiales de carpintero poniendo velas á las cornucopias: habrá una araña de palo colgada ya con luces. DOMINGO, *mozo de esquina, traerá como el último viaje de taburetes y sillas, que* DOÑA JAVIERA *y su* CRIADA *arreglarán, interin cantan dentro las boleras, que después han de servir para bailar, con la guitarra, bandurria, un violín y castañuelas, etc.*

OFICIAL 1.º—¡El demontre del bollero
aragonés, qué bien canta!

CRIADA.—Más me gusta á mí la voz
de Josillo el de Aravaca.

Sale DOÑA JAVIERA

D.ª JAVIERA.—Más me gusta á mí la sorna
de ustedes.

OFICIAL 1.º ¿No se trabaja
bastante, y en medio día
hemos dispuesto una sala
de la tienda, que compite
con la de un grande de España?
(*Se sienta y se limpia el sudor.*)

DOMINGO.—You non puedu más.

JAVIERA. Que callen
los de la música, hasta
que se empieze la función.

CRIADA.—¡Jesús qué mal humorada
está usted!
JAVIERA. Tengo motivo:
haz tus haciendas y calla.
¿Domingo? (*Se llega á él.*)
DOMINGO. ¿Señora?
JAVIERA. ¿Conque
festeja á la Temeraria
Gorito?
DOMINGO. Si mal le sabe,
¿por qué con ellu se enjuaga?
Digu que fuí á beber
á la taberna: no estaba
ella: tome información
de la señora Juliana
la tabernera, su esposu,
y demás gentes honradas
de la tertulia: dijerun
que la Geroma es su maja,
y Gurritu el maju de ella:
que ella le comprou la capa
con galón, de chupetines,
el chalecu é mais la faja,
medias de seda, sombreru,
y las hebillas de plata
de martillu; pero en cuantu
si se casa ó non se casa,
non se sabe cosa fija.
¿Queda su mercé enterada?
JAVIERA.—Demasiado: dé ame.
Sale BLAS TRABUCO *de majo serio*
con la CEFERINA.
BLAS.—Buena hora es. Mira si hallas
por ahí donde sentarte,
que estés más acomodada,
y me dejes un ladito.
Felices, señora Paca
Javiera, con muchos gustos,
y los aumentos de gracia
que yo la deseo en vida
del difunto que Dios hàiga,
y si tiene echado el ojo
del que ha de ocupar su plaza.
JAVIERA.—¡Qué se yo! (*Suspirando.*)
CEFERINA. ¿Qué tienes, hija?
JAVIERA.—Estoy muy desazonada.
CEFERINA.—Supongo que en días tales
es más sensible la falta
de un marido como el tuyo.
JAVIERA.—Hoy hace siete semanas
que expiró, doce minutos
antes de salir el alba.
CEFERINA.—¡Qué memoria! Se conoce
lo mucho que le estimabas.
BLAS.—¡Si así madrugó á morirse,
qué haría si le convidaran
á almorzar en este tiempo
una solemne fritada
de lo fresco!
JAVIERA. ¡Ay, Ceferina!
¡Ahora conozco lo maulas
que son los hombres! ¡Aunque
(*Suspirando.*)
con un candil le buscara,
no hallaré otro Juan García!
BLAS.—Pues buscarle con un hacha,
y en encontrando un buen Juan,
mas que se llame Juan Rana.
Salen MACARENO, PINTOSILLA *y otra maja.*)
MACARENO.—¡Aún no hay gente!
BLAS. ¿Pues qué, somos
los que estamos aquí estatuas?
PINTOSILLA.—Muy buenas noches, amigas.
JAVIERA.—¡Qué contentas y bizarras
venís!
CEFERINA. Aún no somos viudas.
PINTOSILLA.—Ni yo tampoco casada.
CEFERINA.—Yo estoy del propio color,
mas vivo con esperanzas
de uno y otro antes de mucho.
BLAS.—Conmigo no has de lograrlas:
¡hola!
CEFERINA. Calla, mono mío,
que esto es jugar.
BLAS. Pues si me andas
con esos juegos, quizás
puedes perder la casaca.
JAVIERA.—¿No os sentáis?
PINTOSILLA. ¿Qué tienes hoy?
CEFERINA.—Llora la memoria amarga
de su marido.
PINTOSILLA. No es eso.
JAVIERA.—¿Qué sabes tú lo que pasa (*Pronta.*)
dentro de mí?
PINTOSILLA. Lo sabemos.
MACARENO.—Y no logrará usté nada
con dar y tomar en ello,
sino echar el pecho al agua.
BLAS.—¡Y el cuerpo, que la estación
para bañarse es muy guapa!
Sale GORITO
GORITO.—¿Han venido mis amigos,

los del tiple, la guitarra
y el vigolín?

JAVIERA. Ya están dentro. (*Confisga.*)

GORITO.—¿Y el aragonés?

JAVIERA. ¿Canalla,
de dónde vienes?

GORITO. De allá.

JAVIERA.—¿De buscar la Temeraria?

MACARENO.—¿Y vendrá á favorecernos?

JAVIERA.—¿Te atraviste á convidarla,
pícaro? ¿Piensas que ya
no sé todo lo que pasa?
¡Qué me dices, que tu tío,
es quien te viste y te calza,
y es ella!

BLAS. Dios se lo pague.

GORITO.—Si usted todo es, calla, calla,
Goriro, que yo te quiero;
y para ti tengo un arca
tan grande, y otros dos cofres
de vestidos ricos para
cuando seas oficial:
yo te pagaré la carta
desamen y las propinas:
la rica capa de grana
y el vestido de tisul,
que tu maestro llevaba
en la prucisión el año
dempués de semana santa
que le hicieron mayordomo,
y el espadín de oro y plata,
todo será para ti:
y temprano una mañana
nos iremos á la iglesia...
con otras muchas cosazas
prometidas; pero hasta ahora,
si un hombre no se ingeniara
por otra parte, andaría
hecho un pillo, como andaba.
Usted, señor Blas Trabuco,
que es hombre de razón, haga
justicia; y el Macareno,
que profesó en Salamanca
diez meses la albeitería,
y que sabe de la pata
que cojean las mujeres,
diga lo que se le alcanza.

JAVIERA.—Que lo digan.

BLAS. Poco á poco:
habla, Macareno.

MACARENO. Habla,
Trabuco.

BLAS. Con tu licencia. (*A Macareno.*)
¿Le tienes dada palabra (*A Gorito.*)
á la otra?

GORITO. Según y conforme.

BLAS.—Ya. ¿Y usted, señora Paca,
si el chico la antepusiese
á la otra, se casara
con él?

JAVIERA. Según y conforme.

BLAS.—Pues conforme, y según hagan
ellas contigo, haz tu boda
con la que te dé la gana.

CEFERINA.—Yo estoy por esta señora.

PINTOSILLA.—Y yo por la Temeraria,
que da más que ofrece.

JAVIERA. A dar,
ni ella, ni otra más bizarra
me echa el pie adelantre.
Chica, (*A la criada.*)
pon un brasero en la sala;
y si la que más te estime, (*A Gorito.*)
ha de llevarse la palma,
os confundiré á finezas
á ti, y á la Temeraria.
Muchachos, venid conmigo.
(*A los oficiales.*)
Y sígueme tú, canalla. (*A Gorito.*)

TODOS.—¿Pues qué es esto?

JAVIERA. Ceferina,
á ti te dejo entregadas
las llaves de la función,
para que hagas y deshagas
á tu gusto.

CEFERINA. ¿Dónde vas?

JAVIERA.—Entretanto que se baila
por aquí, á dar yo allá dentro
un golpe que asombre á España.
(*Vase con los que dijo.*)

BLAS.—Nos han convidadoá una
función, y dos nos aguardan.

MACARENO.—¿Cómo?

BLAS. La oposición de
la castañera y la Paca.

Sale DON BRAULIO *con madre é hija, petimetras.*

BRAULIO.—Muy buenas noches, señores.

TODOS.—Muy buenas.

MADRE. ¿Dónde está el ama
de casa?

OFICIAL 1.° A una diligencia.
adentro: voy á avisarla.

CEFERINA.—Ella saldrá: madamitas,

me alegro de ver la sala
tan lucida.

MADRE. Pero sosa.

BRAULIO.—¿Se baila aquí, ó no se baila?

CEFERINA.—Al instante: diga usted
(*Al Oficial 1.° y vase.*)
á los músicos que salgan.

BLAS.—¿Eres tú la bastonera?

CEFERINA.—No, que soy la apoderada:
¿no lo has oído?

BLAS. Discurro
que sí: ya no me acordaba.

Salen las dos VECINAS *petimetras con* DON FELIPE *y* DON LUIS *de frac y bastón.*

FELIPE.—¿Donde está la carpintera?

CEFERINA.—Doña Francisca se llama.

PINTOSILLA.—Las vecinitas: las hijas
(*Quedo á Macareno.*)
de don Sisebuto.

MACARENO. ¡Calla!

VECINA 1.ª—¿Y dónde está la tal doña?

CEFERINA.—Está allá adentro ocupada.
Para recibir á ustedes,
y acomodar á estas damas
á gusto, yo soy lo mismo.

BLAS.—¡Como que es la apoderada!

Sale OFICIAL 1.° *con los músicos.*

OFICIAL 1.°—Ya está la música aquí.

MACARENO.—¿Pues para qué se malgasta
el tiempo?

CEFERINA. ¿Bailas, Trabuco?

BLAS.—¡Si sabes que á mí me agrada
más que bailar no cansarme,
y reirme de los que bailan!

CEFERINA.—¡Qué majo tan poltrón eres!

BLAS.—Por eso hacemos tan brava
pareja: yo como un plomo,
y tú eres como una pájara.

CEFERINA.—¿Y no he de bailar yo?

BLAS. Mucho.

CEFERINA.—¿Y si ninguno me saca?

BLAS.—Yo sacaré para ti
el mejor mozo que haiga.

CEFERINA.—Bien. ¿Pues si ha de ser, señores,
á qué esperamos? ¡Al arma!
¿Si ustedes gustan?

LAS PETIMETRAS. ¡Muy bien!

LOS PETIMETRES.—Damos á usted muchas [gracias.

(*Se ponen en postura de minuet á cuatro, y empiezan á cantar boleras.*)

PINTOSILLA.—¡Qué mal se ponen!

MACARENO. Después
saldrás tú para enseñarlas.
Ya no vivo en la calle
de la Paloma... (*Música.*)

LUIS.—Toquen minuet.

MÚSICOS. No sabemos.

VECINA 1.ª—¡Esta es mucha bufonada,
que nosotras no bailamos
sino minué y contradanzas!

PINTOSILLA.—Nosotras sí. Macareno,
vamos.

MACARENO. Sí, que se malgasta
la cera y los estrumentos.

CEFERINA.—Señoras, luego que salga
la carpintera, dará
providencia de que traigan
orquesta en forma.

LAS PETIMETRAS. ¡Muy bien!

BLAS.—Ceferina, ponte en planta,
que vas á bailar.

CEFERINA. ¿Con quién?

BLAS.—Ahora lo verás. ¿Madama,
(*Llega con mucha cortesía á la hija petimetra.*)
me presta usted á su majo
para bailar con mi maja
unas cuantas seguidillas?

MADRE.—Así como así no bailas:
sí, préstasele, hija mía,
con eso verás que hallas
otro día quien te preste
lo que á ti te hiciere falta.

HIJA.—Vaya usté, vaya usté.

BLAS. Yo.
tendré esta silla guardada:
que esto ha de ser de hombre á hombre,
confianza á confianza.

BRAULIO.—¡Muy bien!

BLAS. Y de más á más
le guardaré á usted la capa.

CEFERINA.—Ea, muchachos, echad
el doble de las gargantas.

Bailan las seguidillas boleras la PINTOSILLA *y* CEFERINA *con el* MACARENO *y* DON BRAULIO; *y al acabar las suficientes, sale el tío* MOJIGANGA *de capa y aseado, después* DOÑA JAVIERA *y* TEMERARIA, *según dirán los versos.*

MOGIGANGA.—¿Está aquí el señor Gorito?

PINTOSILLA.—¿Qué trae, tío Mogiganga?

MOGIGANGA.—Un recado de atención.

CEFERINA.—¿De quién y á quién?

MOGIGANGA. De mi ama,
al ama de aquí.

Sale JAVIERA.

JAVIERA. ¿Qué es esto?
MOGIGANGA.—La señora Temeraria
dice que salga Gorito,
si usted gusta de que salga,
y si no entrará por él.
JAVIERA.—Aguarde un poco. ¿Muchacha?

Sale la CRIADA.

CRIADA.—¿Señora?
JAVIERA. Trae luego aquello.
(Vase la Criada.)
Dígale usted á esa daifa,
que si quiere entrar á honrarme,
es muy dueña de esta casa;
pero si juzga que tiene
derecho á algunas alhajas
que hay en ella, se equivoca:
porque las que son compradas
con su oro, se las vuelvo
en bandeja... *(Las saca la Criada.)*
MOGIGANGA. ¡Si es canasta!
JAVIERA.—Calle: y de la única libre,
tengo muy anticipada
yo la posesión.

Sale TEMERARIA.

TEMERARIA. Y yo
la propiedad.
BLAS. No se haga
el pleito camorra, y demos
todos una campanada.
TEMERARIA.—¿Dónde está el descamisado,
que á una y otra nos engaña?
JAVIERA.—¿Descamisado? ¡Eso fuera
si todavía tratara
con ella! Sal, don Gregorio,
y haz notoria la distancia
que hay de ser pillo á maestro
de una profesión honrada.

Sale GORITO *con las galas que se citaron del maestro difunto.*

GORITO.—Señores, á vuestros pies,
bésoos las manos, madamas:
estimo mucho que vengan
ustedes á honrar mi casa.
TEMERARIA.—¿Tuya? La casa, el vestido,
que más parece botarga,
á la maestra y á ti,
y á todos cuantos se hallan
en la función, con las uñas
los tengo de hacer migajas,
si no me dan la razón.

Sale DON DIMAS *con* DON SISEBUTO.

DIMAS.—¿Qué voces descompasadas
son éstas? ¿Esto es camorra
ó baile?... ¿Mas qué me espanta?
¡Donde están las castañeras
no cabe juicio!
SISEBUTO. ¿Pensaba
yo bien?
PINTOSILLA. Donde están sus hijas
tampoco faltan tarascas.
DIMAS.—¿Sus hijas?
SISEBUTO. ¡Ah picaronas!
¿Vive aquí doña Gervasia,
dónde íbais? ¿Y el pajecillo?
¿Quién son los que os acompañan?
LAS PETIMETRAS.—¡Padre!...
LOS PETIMETRES. ¿Seor don Sisebuto!...
TEMERARIA.—¡Pícaro!... *(A Gorito.)*
SISEBUTO. ¡Atrevidas!...
(A sus hijas)
DIMAS. Basta
de voces, y si no basto
yo á persuadir la templanza,
mi alcalde tiene la ronda
para salir preparada.
JAVIERA.—Mire usted por mí.
DIMAS. Por todos;
pues aunque son limitadas
mis luces y facultades,
cuando de atajar se trata
un escándalo ó disgusto,
con la buena intención basta.
¿Ustedes dos, caballeros,
festejan á estas dos damas
de buena fe?
LUIS. De tan buena,
que á igualar las circunstancias
de su padre con las nuestras...
SISEBUTO.—¿Pues en qué se desigualan?
FELIPE.—¡Dicen!...
SISEBUTO. Todos los que digan
mal de mi origen, se engañan.
Soy un montañés honrado,
que se escapó de su patria,
como otros, á hacer fortuna
con muy grosera crianza.
Si hubiese hecho buena letra,
al destino me aplicaran
de hortera ó paje en el día:
con buena voz, unas cuantas
monerías á la moda,
al compás de una guitarra
no me hubiera ido mal; pero

como no me dió otra gracia
Dios que las buenas costillas,
me apliqué á llevar la carga,
y me ha ido mejor con ella,
que si hubiese en Salamanca,
Valladolid y Alcalá
cursado todas las aulas.

DIMAS.—Hablen ustedes.

FELIPE. No es esta
materia para tratada
aquí. Mañana hablaremos.

SISEBUTO.—Pues hablaremos mañana.

(Se dan las manos.)

TEMERARIA.—¿Me sigo ahora yo?

DIMAS. ¿Qué tienes
que decir?

TEMERARIA.—Pocas palabras.

JAVIERA.—Pues cuidado que sean buenas...

TEMERARIA.—Como mías.

JAVIERA. Que ya se alza
mi cólera á las narices.

TEMERARIA.—Pues la mía se me baja
á los zancajos. Señor
don Gregorio, yo gustaba
de usted, cuando era un muchacho
chiquito, pero con gracia,
como yo; pero me da
tal asco ver esa estampa
de cocherillo alquilón,
con la librea de gala,
de cómico de la legua,
y de estafermo de paja,
que me doy la enhorabuena
de enviarle enhoramala.
¡Zoquete por fin!

JAVIERA. ¡Zoquete,
que en este taller se labra
para hacer de él un marido!

GORITO.—¡Caba! Deme usted la blanca
mano, tome usted la negra,
y está la cosa ajustada,
en dando lo que gastó
conmigo á la Temeraria.

JAVIERA.—Luego: ¿trae usted la cuenta?

TEMERARIA.—¡Eso sólo me picara,
si no fuera yo de pecho
y de corazón tan ancha!
Tío, esa ropa es de usted,

(Mojiganga muy alegre y se la empieza á poner.)

y yo me doy por pagada
con bailar en esta boda.

JAVIERA.—Ahora no, que nos aguarda
la cena. Señor menistro,
si usted gustase de honrarla...

DIMAS.—Lo estimo mucho.

PINTOSILLA. ¡Geroma,
de verte estoy admirada!

TEMERARIA.—¡Hija, al que juye de mí,
el pasadizo de plata!

DIMAS.—Señores, no me parece
que debo yo ser machaca:
conozco á ustedes, y creo
que con lo apuntado basta,
para abandonar vosotras
los puestos de las castañas;
y los demás, ó casarse,
ó cada uno á su casa.

LOS MAJOS.—¡Ya sabe usted!

DIMAS. Lo sé todo:
á cenar, señora Paca.

SISEBUTO.—Adiós, señores.

(Señas á los petimetres.)

BLAS. Está
la llave á la puerta echada.

JAVIERA.—Este es obsequio que quiero
hacer á mis parroquianas.

SISEBUTO.—No replico.

JAVIERA. Pues en tanto
que de servirnos acaban
las mesas, Estefanía,
pudieras, acompañada
de las amigas y amigos,
cantarnos una tirana.

PINTOSILLA.—Jesús, querida, al instante.

GORITO.—Que nos saquen las guitarras,
porque se convierta en gozo
lo que empezó por desgracia.

OFICIAL 1.°—Aquí hay instrumentos.

PINTOSILLA. Pues
allá va, sin ser rogada.

BLAS.—Yo, en nombre de todos, pido
á todos silencio y gracia.

La casa de Tócame Roque

PERSONAS

PETRA y JUANA, majas.
UNA CAPITANA
UNA VIUDA
AQUILINA, criada de la capitana.
CELIDONIA, criada de la viuda.
NICANORA, costurera.
JORGE, sastre.
LA SASTRA, su mujer.
EL MORENO, novio de Petra.
EL CASERO, amigo de la Juana.
UNA VIEJA
UN ALGUACIL
UN INVÁLIDO
UN ALFÉREZ
UN VALENCIANO
GERVASIO, bordador 1.º
ARMENGOL, ídem 2.º
UNA CIEGA
UN CIEGO
OTRO VALENCIANO
UN ABOGADO
UNA PASIEGA
MAJOS MÚSICOS

La escena es en Madrid.

El teatro representa patio de una casa de muchas vecindades. En él habrá una fuente al foro, y tres puertas debajo de un corredor, que son de tres vecinos, y á cada lado del tablado habrá otras dos, con sus números, desde 1 hasta 7. Por un ángulo del patio se verá parte de la escalera que sube al corredor, que será usado, y en él se verán las puertas de otros cuatro vecinos, y sobre el tejado dos buhardillas, á que se asomarán después dos personas.

Las puertas todas estarán cerradas á excepción de la del número 1.º, á la que estará el MORENO, *de majo, sentado y de mal humor. A la del número 7 estarán sentados* JORGE *y la* SASTRA *cosiendo de sastrería, y cantando cuando se prevenga. La del número 3 estará entre-abierta, etc.—*NICANORA *y* CELIDONIA *lavando á la fuente, y cantando las seguidillas siguientes, lo más alto que puedan, según su carácter.—De rato en rato se asomarán al corredor alguno de los bordadores, que viven al número 11, observando á las que lavan.*

Seguidilla manchega.

JORGE.

Vale una seguidilla
de las manchegas
por veinticinco pares
de las boleras.
Mal fuego queme
la moda que hasta en eso
también se mete.

MORENO.—¡Oh vísperas celebradas (*Declamando.*)
de San Juan y de San Pedro!
Todos cantan tales noches;
sólo suspira Moreno.

Canta la SASTRA *al aire de jota ó tirana. Interin canta, sale el* ALGUACIL *de golilla, y se entra en el número 5.*

SASTRA.—Dijo una niña á su madre, (*Música*)
porque la mandó coser:
menos coser, madre mía,
de todas labores sé.
¡Cuántas niñas hay en este mundo
que presumen de todas labores,
y con esto escarmientan al bobo,
que se casa con ellas sin dote!
Esta sí que es tira-tirana;
(*A dúo con el Sastre.*)
ojo alerta, cuidado, señores,
que aunque tengan las caras de plata,
muchas tienen las manos de cobre.

PETRA, *que sale del número 1.*

PETRA.—¿Qué haces ahí fuera sentado?
(*Declamando.*)

MORENO.—Lo propio que en pie allá dentro:
rabiar.

PETRA. Pues antes que muerdas,
á saludarte.

MORENO. ¡Qué genio
tienes!

PETRA. ¿Dempués de dos años
ahora salimos con eso?

MORENO.—Repudrido estoy.

PETRA. Pues antes
que apestes, al basurero

de las Vestillas.

MORENO. ¿Te estorbo?

PETRA.—Me calientas el asiento,
y hace calor. Aúpa y marcha.
(Le levanta.)

MORENO.—Mira, Petra... (*Con sosiego.*)

PETRA. No cansemos (*Resuelta.*)
al auditorio; ú orquesta
con todos los enstrumentos,
como le dió á la Juanilla
de arriba su macareno
la víspera de San Juan,
ó hacer cuenta que se han muerto
las manos y las palabras
que te di de ser mi dueño.

(*Vase cerrando la puerta y llevándose la silla.*)

MORENO.—¡Qué perra es! Y cuanto más
(*Suspenso y arrimado á la tapia.*)
me enrita, más la requiero
y me encanija... ¡Ah, fortuna,
cuántos hombres de provecho
has perdido, y han perdido
sus gustos y sus aumentos,
sólo por la friolera
de que no tienen dinero!...
Adelante. (*Pensando.*)

SASTRA. ¿Jorge, has visto?...
(*A media voz.*)

SASTRE.—Abundia, canta y callemos.

MORENO.—Adiós, señores. (*Vase determinado.*)

SASTRES. El vaya
con usted, señor Moreno.

Sale y pasa el INVÁLIDO, *con un pollo en la mano, que va á su buhardilla.*

SASTRE.—Al amanecer, por seda (*Canta.*)
envió á su mujer un sastre,
y no la halló del color
hasta las tres de la tarde.
¡Qué dolor era ver á la sastra
por las lonjas, la plaza y las calles
con la muestra buscando una onza,
sin hallar quien la diera un adarme.
(*A dúo.*)
Esta sí que es tira-tirana,
esto sí que son duros afanes,
buscar uno lo que le hace falta,
y no hallarlo por bien que lo pague.

MORENO.—¿Petra? *(Sale.)*

PETRA. Perdone por Dios, (*Dentro.*)
hermano.

MORENO. No me chanceo.

PETRA.—Ya lo oigo: ¿qué quieres? *(Dentro.)*

MORENO. Abre,
y lo sabrás.

PETRA. ¿Qué tenemos? (*Sale.*)

MORENO.—Ya tienes música.

PETRA. ¿En forma?

MORENO.—Mira, he topado al maestro
de capilla de los niños
dotrinos, que tiene un yerno
que toca la chirimía
como un clarinete.

PETRA. Bueno.

MORENO.—Dice que él traerá un bajón
y un bajoncillo, lo mesmo
que un órgano. Que también
vendrá su vecino el ciego
con la gaita zamorana,
el lazarillo y el perro.

PETRA.—Anda fuera. *(Dando con el pie.)*

MORENO. Y si me da
mi camarada el sargento
de Suizos el tamborón
de la retreta, yo apuesto
á que aturdimos el barrio:
y á que no se da en el reino
otra música como ella
esta noche de San Pedro.
Prevén confites y vino,
para que tome un refresco
la orquesta, y deja á mi cargo
lo demás del lucimiento
de la función. ¡Con qué envidia
oirá la Juana el estruendo!
¿A qué hora vendrán?

PETRA. ¿A qué hora
te vas tú á la...

MORENO. Ya.

PETRA. ¿Con ellos?
¡Pencado te vea yo amén,
y arrancando los cimientos
del Peñón de Gibraltar
con los dientes!

MORENO. Ve diciendo:
(*Contoneándose.*)
si quieres ver á los tuyos
bailar en tierra el bolero,
antes que venga la orquesta,
que todavía me acuerdo
de que soy hombre...

PETRA. ¿Qué?

MORENO. Hombre:
aunque no tenga dinero.

PETRA —¿Sin plata y hombre? Tú solo

tendrás ese privilegio:
porque, como el otro dijo,
las gentes dan el aprecio
sigún su peso á la plata,
y al hombre sigún sus pesos.

MORENO.—¡Lo que sabes!

PETRA. Más que tú;
que te metes en empeños
con mujeres tal cual de honra,
y no sabes salir de ellos.

MORENO.—Si el hombre más alto... ¿Qué hom- [bre?
Si el sol dende el quinto cielo
se atreviera á cortejar
el menor zapato viejo
que tú desechas, verías
el hombre que soy yo. Entremos,
y te diré lo demás.

PETRA.—Si ya lo sé: además de eso,
que está mi madre en vesita
á vesitar un enfermo,
y aunque sabe lo que sabe
de nuestras cosas, no quiero
que sospeche mal. Después
(Torciendo el hocico.)
de la música hablaremos
por la reja, que estaré
desvelada del estruendo
del tamborón, para darte
las gracias por el obsequio,
y adiós... Hasta nunca. *(Enfadada.)*
¡Vaya,
que eres hombre de provecho!
(Cierra la puerta.)

MORENO.—Esto se acabó á capazos.
¿Si no hay blanca, qué remedio?

SASTRES.—Ji, ji. *(Riéndose.)*

MORENO. ¿Se ríen ustedes?

SASTRE.—¡Pues si ésta ha pegado medio
par de calzones en vez
de una manga á este chaleco!

MORENO.—¿Qué, no sabe pegar mangas
la señora?

SASTRE. No por cierto.

SASTRA.—No mientas.

SASTRE. ¡Como soy sastre,
que es verdad!

SASTRA. ¡Ya eres tú bueno!

SASTRE.—Aunque sea poco devoto,
bien sabes tú que en los tiempos
que hay más procesiones, es
cuando más pendones llevo.

MORENO.—¡Mal arbitrio!... *(Pensativo.)*
pero no
(Resuelto y se va.)
hay otro.

ALGUACIL. ¿Señor Moreno,
(Sale de majo y le detiene.)
dónde va usté?

MORENO. Aquí á un recado. *(Vase.)*

SASTRE.—Amigo, va hecho un veneno,
(En tono de chisme.)
porque la Pretona quiere
que la dé música, y creo
que no tiene un cuarto.

ALGUACIL. ¡Es lance!

SASTRE.—Pues usté, á lo que sospecho,
alguno tiene de cuenta,
porque ha venido corriendo
á quitarse el uniforme,
y en un santiamén se ha puesto
de majo.

ALGUACIL. ¿Y lo extraña usted?

SASTRE.—Sí.

ALGUACIL. ¡Pues algo será ello!...
(Hace que se va y vuelve.)
¡Ah! ¿Sabe usted para qué
me envía á llamar el casero?

SASTRE.—Ni quiera Dios que lo sepa.

ALGUACIL.—A bien que no está muy lejos.
(Al irse.)

VIEJA.—¡Qué infamia! Yo lo aseguro *(Sale.)*
al bribón del carnicero!...

ALGUACIL.—¿Qué es eso tía Celestina?

VIEJA.—¿Cuándo está usté de repeso,
señor don Trifón?

ALGUACIL. Mañana.

VIEJA.—¡Pues no me ha dado el perverso
en media libra de carne
más de una libra de hueso!

ALGUACIL.—¿Y sabe usted cuál ha sido?

VIEJA.—Sí, señor.

ALGUACIL. Pues yo la ofrezco
que la pagará: usté acuda
tempranito y nos veremos. *(Vase.)*

VIEJA.—¡Y como que acudiré!

SASTRE.—¿Nos da usté un polvo?

VIEJA. No quiero.

SASTRE.—¡Si se le ha antojado á ésta!...

VIEJA.—No importa; que yo me acuerdo
que fuí... ¡ah, tristes memorias!
antojadiza en extremo;
y el que pudre, a puro azote
me quitó el achaque presto

y de raíz. Haga usted
con mi vecina lo mesmo.
(*Vase muy aguda por hacia el foro á su buhar-*
[*dilla.*)
SASTRA.—¡El demonio de la vieja...
que si la cojo, de un vuelo
la he de echar!... (*Se levanta.*)
SASTRE. Mujer, no hagas
fuerza, ni aun de pensamiento;
(*Sosegándola.*)
que hay pocos sastres, y puedes
malograr nnestro heredero.

ALFEREZ. *Sale receloso.*

ALFEREZ.—Dios guarde á ustedes.
SASTRA. ¿A quién
busca este oficial?
SASTRE. Veremos.
ALFEREZ.—Número diez me parece
que me dijo. (*Reconociendo.*) No le veo.
CELIDONIA.—¡Ay! Un oficial. Recoge,
chica, que si le ven nuestros
bordadores, mal estamos.
ALFEREZ.—Perdona el atrevimiento,
(*Llega á Nicanora.*)
niña, y dime.
CELIDONIA. No respondas.
ALFEREZ.—El número diez.
NICANORA. No entiendo
de números.
GERVASIO. Nicanora, (*Desde el corredor.*)
despacha cuanto más presto
puedas, que tengo que hablarte.
NICANORA.—Si estamos ya recogiendo...
GERVASIO.—Que tú te recojas es
lo que importa y yo pretendo. (*Se entra.*)
ALFEREZ.—¿El número diez? (*Llega al Sastre.*)
SASTRE. Arriba.
¿Busca usted á un extremeño
que vende chorizos?
ALFEREZ. No,
señor.
SASTRA. Si es el aposento
de Juanita. (*Gritando.*) Doña Juana,
que la buscan a usted.
ALFÉREZ. Quedo;
yo acertaré: muchas gracias.
"Mucha vecindad tenemos." (*Aparte.*)
(*Se entra corriendo.*)
SASTRE.—¿Si traerá éste después la
música del regimiento?
SASTRA.—Puede ser.

JUANA *sale del núm. 10.*

JUANA. ¿Quién me llamaba?
SASTRE.—Allá va un caballero
oficial.
JUANA. Ya sé quién es.
Una prima donde suelo
verle, le envía sin duda
para ir juntas á paseo.
ALFÉREZ.—A los pies de usted, señora.
(*En el corredor.*)
JUANA.—Pase usté adelante.
ALFÉREZ. Vengo...
JUANA.—Ya sé á lo que viene usted.
Ahora al instante saldremos.
GERVASIO.—¿Nicanora? (*Vuelve.*)
NICANORA. Ya me falta
poquito.
GERVASIO. Pues despachemos. (*Se entra.*)

Sale AQUILINA, *criada despilfarrada, con un talego de ropa sobre la cabeza.*

AQUILINA.—¡Reniego de mi fortuna,
que tan mala es; y reniego
de mi ama! ¿Ha preguntado
si he venido?
SASTRE. No por cierto.
AQUILINA.—Pues que espere, ó que se muera,
que con el calor y el peso
no puedo más. (*Suelta el talego.*)
SASTRE. Pues descansa,
hija mía, y hablaremos
en tanto de tu señora.
SASTRA.—Me han contado que ha supuesto
ser mujer de un capitán;
y como ha ya un mes y medio
que ustedes viven arriba,
número nueve, y no vemos
entrar oficial alguno
de tropa... ni un mal sargento
siquiera; y es así maja...
AQUILINA.—¡Hay tanto que hablar en eso!
SASTRE.—Pues cuéutalo, que si llama
los dos te disculparemos.

(*Se sienta sobre el talego de la ropa que traía en la cabeza: los* SASTRES *se la acercan: hablan con interés, etc., y en tanto recogen la ropa las que la van, cantan la seguidilla que sigue: un poco antes de acabar se sube la* NICANORA *y entra en el número 8 del corredor, y la* CELIDONIA *se detiene un poco junto á la pnerta número 3.*)

Seguidilla

El dueño de mi vida
cuando enamora,

no tiene compañero,
porque lo borda.
Tiene mi peto
su corazón bordado,
y un *ay* en medio.

ARMENGOL.—Chis. ¿Ha venido tu ama?
(*Desde el corredor á* CELIDONIA.)

CELIDONIA.—Todavía no,

ARMENGOL. ¿Y hablaremos
á la noche?

CELIDONIA. Por la reja.

ARMENGOL.—¿Es muy ligera de sueño?

CELIDONIA.—A veces.

ARMENGOL. Ya viene allí.
(*Se retiran.*)

VIUDA *gazmoña que sale*

VIUDA.—El Señor conserve nuestros
corazones en su santa
paz, y nos libre de genios
chismosos, que nos la quieran
perturbar. Amén. Muy buenos
días, señores.

SASTRE. Son tardes.

VIUDA.—Como es vigilia, y yo creo
que ayunar es no comer,
y lo acostumbro, no cuento
las horas. Voy á tomar
tres pares de huevos frescos,
que serán mi colación
y comida al mismo tiempo.
La paz, repito, mi amada
paz, no se aparte del seno
de nuestro corazón.

SASTRE. Dios
se la dé en abundamiento,
señora doña Cleofé.

VIUDA.—Amén... ¿Pero qué estoy viendo?
¿No eres tú la criadilla
de la capitana? ¡Bueno!
¡Tu ama te estará esperando.
y tú con tanto sosiego
en conversación! (*Gritando.*)
¿Vecina?

AQUILINA.—Calle usted, por Dios.

VIUDA. No quiero.
(*Gritando.*)
¿Mi sá doña Sinforiana?

Sale la CAPITANA, *del número 9*

CAPITANA.—¿Qué sucede?

VIUDA. Que al momento
despida usté á su criada,
ó la prive el chismoteo
con los sastres.

SASTRE. Poco á poco
con los sastres.

AQUILINA. Si yo vengo
del río...

CAPITANA. Desvergonzada,
sube la ropa.

AQUILINA. ¡Y que luego
me casque usted!

CAPITANA. Subelá.

AQUILINA.—Por usted... (*A la* VIUDA.)

VIUDA. ¿Qué estás diciendo,
muchacha? ¡Pues soy yo amiga
de andar en chismes y cuentos!

CAPITANA.—Si bajo te he de matar.

VIUDA.—La paz de Dios... ¡Jesús, esto
no es para mí!... Celidonia,
abre, que me bamboleo.

(*Abre* CELIDONIA *y se entra en el número 3.*)

AQUILINA.—¡La gazmoña!

CAPITANA. Una estaca
te he de romper en el cuerpo.

SASTRE.—Ya verá usted lo que se hace;
y basta que esté por medio
mi persona.

CAPITANA. ¡Puf! ¿Un sastre
podía quitarme el derecho
de reñir á mi familia?

SASTRE.—¡Qué familia! Un arrapiezo
de criada.

AQUILINA. Dice bien:
pues yo soy su cocinero,
lavandera, costurera,
su modista, yo la peino,
yo la pinto y si se ofrece
alguna vez, papeleo.

SASTRE.—¿También eres secretaria?

AQUILINA.—¡Mucho! ¡Ya me echará menos!

CAPITANA.—¿Yo á ti?

AQUILINA. ¿Lo quieren ustedes
ver? Pues la ropa me llevo
en prendas de mi salario:
y si no me echa un empeño,
ha de tener ocho días
más la camisa en el cuerpo. (*Vase.*)

CAPITANA.—Tío Jorge, sígala usted.

SASTRE.—Voy á ponerme al momento
(*Despacio.*)
decente. Sácame medias,
mujer...

Sale JUANA *de basquiña y mantilla con el* ALFÉREZ

JUANA. Oiga usté un secreto,
señor Jorge.
CAPITANA. Está ocupado.
JUANA.—Soy su parroquiana, y creo
me atenderá.
SASTRE. Sí, señora.
CAPITANA.—Yo le tenía primero
empleado.
JUANA. Si usted calla,
le despacharé más presto.
¿Sabe usté si á doña Petra
la da música el Moreno
esta noche, á qué hora es,
y de cuántos estrumentos?
SASTRE.—Quince había la otra noche
en la de usted.
JUANA. ¡Oh, de aquello,
(*Irónicamente.*)
hay poco! Pero habrá más
esta noche, y no lo quiero
perder, que voy á salir
SASTRE.—No sé.
JUANA. ¿Habrá repartimiento
de esquelas naturalmente?
Sale PETRA
PETRA.—Cuando convide al entierro
de alguna amiga, usaré
de todo ese cumplimiento.
JUANA.—¿Petra, y quién es esa amiga?
PETRA —Juana, la que me está oyendo.
JUANA.—¿La capitana?
CAPITANA. Pues calla (*Enfadada.*)
la capitana, callemos;
porque esa si la pregunran,
suele responder muy recio.
PETRA.—La que yo digo, quisiera
ya ser capitana; pero
la ha dado una alferecía
hoy de repente, y recelo
que no llegue ni á tinienta.
JUANA.—¿Y tú á qué llegarás? que eso
ya es provocación: á mueble
de otro mueble, tan en cueros
naturales, que no tiene
la víspera de San Pedro
para pagar una mala
bandurria, ó un par de ciegos.
PETRA.—Lo tiene, y lo gastaría,
si yo tuviera tu genio;
pero yo no quiero ruidos
en mi galán, sino afectos.
UANA.—¡Agua va!
PETRA. Echate de golpe,
te apararé en un pañuelo,
para que no se nos quiebre,
ó se lastime ese cuerpo
de alfeñique.
JUANA. Como el tuyo:
hija, no nos engañemos,
que entre las dos no hay dos onzas
de diferencia en el peso.
PETRA.—Pero esto es oro macizo.
JUANA.—Podías prestarle al Moreno
un trozo de aquella parte
adonde te hiciera menos
falta, tendrías orquesta,
y el barrio divertimiento.
PETRA.—Bien dicen, que cada gallo
canta allí en su gallinero,
y empingorotao.
JUANA. Si
no me oyes, verás qué presto
estoy abajo.
ALFÉREZ. Señora... (*Se apartan para bajar.*)
JUANA.—No se perderá el paseo:
siga usted.
SASTRE. Señora Petra,
métase usted allá adentro.
PETRA.—¿Yo?
SASTRE. Sí, señora, yo como
amigo se lo aconsejo,
no haya lo que haya, y después...
VIUDA.—¿Y qué se mete él en eso?
¿Cuando la provocan, debe
callar? El toro más lerdo
respinga cuando le clavan
las banderillas de fuego.
Hija, nadie es más amante
de la paz, pero hay extremos
en que la lengua y las manos
deben usar de sus fueros,
que para algo nos dió ésta,
(*Señala á lengua y manos.*)
naturaleza sin hueso,
y estotras con tantas uñas
y tan flexibles de nervios.
PETRA.—Quedo enterada.
Sale JUANA *por el patio terciando la mantilla.*
JUANA. Aquí estoy.
¿Qué la estaba usted diciendo? (*Al sastre.*)
SASTRE.—Que ya que esta noche no haya
música, que haya silencio.
VIUDA.—La dije lo que conviene
hacer en casos como estos. (*Se retira*).

PETRA.—¿Qué pudiera decir doña
Cleofé, que no fuera bueno?
SASTRE.—Y muy conforme á la paz.
JUANA.—Ya estoy aquí.
PETRA. Ya te veo.
JUANA.—¿Y qué quieres, pierna ó lomo?
PETRA.—Suelo tirarme al pescuezo
á veces.
JUANA. Y yo á la falda.
PETRA.—¡Provocativa!
JUANA. Es incierto,
que yo hablaba con don Jorge.
SASTRE.—Ese soy yo.
PETRA. No lo niego.
¿Pero qué hablabas?
JUANA. De ti...
que nos estás corrompiendo
con facfarria, y eres una...
pobre.
PETRA. Podía no serlo:
que antes que tú te mudaras,
el sobrino del casero
me quiso a mí cortejar.
JUANA.—¿Y de eso á mí?... (*Contenida.*)
PETRA. Ya te entiendo.
SASTRE.—Señor alférez, si gusta
(*Con bufonada.*)
retirarse usted, bien creo
que le va á decir la Petra
algo del otro cortejo
á la Juana.
ALFÉREZ. Esa señora (*Turbado.*)
de su voluntad es dueño,
y á mí no me importa. Doña
Juanita, allá fuera espero. (*Vase.*)
JUANA.—Aguarde usted. (*Al Alférez.*)
Poniéndose la mantilla.)
¡Vecinillas
por fin! La culpa me tengo
yo de vivir, sino en casas
de gentes de fundamento. (*Vase.*)
LAS MUJERES.—¡Cómo vecinilla! Es
una infamia aguantar esto.
Agarrarla.
SASTRE. Cuando vuelva
mejor es cogerla en medio,
y echarla á dormir al Prado.
TODAS.—¡Viva el pensamiento!
PETRA.—Pues naide se niegue.
TODAS. ¡Viva!
Sale el ABOGADO *con golilla, muy serio.*
ABOGADO.—Ahí detrás viene el casero
con don Trifón el ministro
y una mozuela que han preso.
TODOS.—Chis, chis.
(*Todos los vecinos que la curiosidad de la camorra sacó á las puertas, al oir al Abogado se encierran: los sastres recogen; de suerte que se queda todo en el mayor silencio, y el Abogado solo y suspenso, y luego va á llamar á la puerta número 6, mirando á todas partes.*)
ABOGADO. ¡Hola! ¿Qué le ha dado
[á esta
gente? ¡Me han dejado fresco!
¿Si me juzgarán alcalde?
Prueba que todos son buenos,
cuando temen la justicia,
y huyen de ella por respeto.
¿Cuál de éstos será el cuartito
de la ama de mi chicuelo?
Me parece que es aquí,
al seis, si mal no me acuerdo.
¿Ama? ¿Ama?
Sale el VALENCIANO.
VALENCIANO. Aquí no hay ama,
ni más amo que Noberto,
el comersiante de chufas
y yo, que soy esterero
de palma: si usted la quiere
barata y buena, la tengo.
ABOGADO.—¿No vive aquí una pasiega,
que cría un chiquillo?
VALENCIANÓ. Eso
es allí; al dos. ¡Y el muchacho,
qué encanijado y qué feo
es!
ABOGADO. ¿Cómo, si es hijo mío?
VALENCIANO.—No puede ser.
ABOGADO. ¡Majadero!
¿Ama? ¿ama? (*Llamando.*)
PASIEGA. Poco á poco. (*Abre.*)
¡Oh, señor don Timoteo!
¿Me trae usted los siete ducados?
ABOGADO.—¿Y cómo está mi muñeco?
PASIEGA.—Gordo está como una vaca
gallega.
ABOGADO. Vamos á verlo. (*Éntranse.*)
VALENCIANO.—Ahora habrá allí camorra.
En todo caso, cerremos. (*Cierra.*)
Sale el CASERO, *majo petimetre, y el* ALGUACIL *trayendo á* AQUILINA.
CASERO.—Entra y no temas, que yo
lo compondré.
AQUILINA. Si no quiero

servirla más.
CASERO. No la sirvas;
pero da cuenta á lo menos
de tu persona
AQUILINA. ¡Yo cuenta!
Mis padres no sé quién fueron:
parientes, no los conozco:
tutores, los aborrezco:
amos, mandan demasiado:
me fastidian los cortejos,
y por no tener marido
que me mande, tengo hecho
voto de castidad: vean
si tendré, fuera del cielo,
yo á quien dar cuentas de mí.
ALGUACIL.—¿Pues para qué estás sirviendo
aquí?
CASERO. Dice bien.
AQUILINA. ¡Hay tal
apretar! Porque no quiero
golver al Hespicio.
CASERO. Acaba
de decirlo y lo sabremos.
ALGUACIL.—Pues volverás, si no quieres
sujetarte.
AQUILINA. ¡Ya lo huelo!
ALGUACIL.—Vamos, agarra esa ropa,
y ven conmigo, veremos,
si tu ama te perdona.
AQUILINA.—¡Ay, qué chiste! Ni yo tengo
qué me perdone, ni gana
de perdonarla dos pesos
que me debe de salario,
y algunas velas de sebo
y otras cosas, porque siempre
dice que no tiene suelto;
ni lo tendrá, porque nunca
trueca, no sé qué dinero
que la dejó el capitán
su esposo, no sé en qué reino...
Supongo que ella tampoco
lo sabe. ¡Ese es mucho cuento
CASERO.—¡Qué lengua tienes!
AQUILINA. Pues cuando
digo la verdad, no miento.
CASERO.—Don Trifón, vaya usted solo,
á ver si la componemos
con su ama mejor.
ALGUACIL. Cuidado...
CASERO.—Usted suba, que yo quedo
de guardia aquí. ¿Señor Jorge?
Sale el SASTRE.

SASTRE.—¿Quién es quien llama? Me alegro *(Adulando.)*
de ver esa personita.
¿Y el tío?
CASERO. Tan gordo y bueno;
y me ha cedido esta casa
ya para mis alimentos;
conque aunque venzan los meses,
no hay por qué angustiar el pecho.
SASTRE.—Bien se conoce que el tío
es hombre de fundamento.
¡Ya sabe lo que se hace!
¿Y qué manda usted?
CASERO. Le ruego,
que mientras yo subo á ver
á la Juanita un momento,
me guarde á ésta.
AQUILINA. No soy
tan boba yo que me pierdo.
SASTRE.—No suba usted. *(Con misterio.)*
CASERO. ¿Y por qué?
SASTRE.—No suba usted.
CASERO. ¿Qué misterio
puede haber?
SASTRE. Porque ha salido.
CASERO.—¿Cuándo? ¿Sola? *(Vivo.)*
SASTRE. No me acuerdo.
CASERO.—¡Despéneme usted! Sepamos
con quién salió.
SASTRE. Mucho siento...
CASERO.—¿Qué?
SASTRE. Soy yo sastre de mucho *(Pausado.)*
modo para ser correo
de malas nuevas... Ahí vino
un alférez, estupendo
mozo á la verdad, subió
para sacarla á paseo.
Se puso ella aquel jubón
que ya usted sabe, y cosieron
estas manos: la basquiña
de moer con los dos flecos:
la cofia con aquel lazo
de varas de cintas ciento:
la rica mantilla de
labirinto, con el negro
pispunte en el fistonado...
¡Aseguro á usted por cierto,
que iba que daba las todas
la muchacha!
CASERO. Desde luego
aseguro que es mentira

cuanto dices. Voy á verlo. (*Vase adentro.*)
AQUILINA.—¿Es buen mozo? (*Hablan los dos.*)
SASTRE. Mejor que ella
mil veces, con quinto y tercio.
En las buhardillas salen el INVÁLIDO *y la* VIEJA.
VIEJA.—¡Ay! Zape, zape. ¿Vecino?
INVÁLIDO.—¿Qué quiere?
VIEJA. ¡Que va corriendo
ahí un gato con el pollo,
(*Pasará el gato efectivamente.*)
que usted tenía al sereno!
INVÁLIDO.—¿Un gato? ¿Y por dónde va
el malvado? Ya le veo;
¡y es el de usted! (*Se entra.*)
VIEJA. Miz, miz, miz...
¡Si me le trajera entero,
los pollos están muy ricos
con tomate en este tiempo!
INVÁLIDO, *que sale con una escopeta.*
INVÁLIDO.—Aguarda, ladrón... ¡Se fué!
VIEJA.—¿Cómo tiene atrevimiento
para sacar la escopeta
contra mí?
INVÁLIDO. Yo no me meto
con usté.
VIEJA. Pero se mete
con mi gato, que es lo mesmo.
INVÁLIDO.—Yo sabré lo que he de hacer.
VIEJA.—Y yo le diré al casero
que usté es quien tiene la culpa
de estar siempre el portal puerco.
INVÁLIDO.—Miente.
VIEJA. ¿Pues quién ha perdido
la llave del basurero?
INVÁLIDO.—¡Vaya la viejona!
VIEJA. ¡Vaya
el soldado de pan tierno! (*Se retiran.*)
CASERO.—Ha salido su merced: (*Vuelve.*)
tienes razón con efecto.
SASTRE.—¡Cuando yo lo digo!...
CASERO. Jorge,
sáqueme usted un asiento,
y dejémosla venir.
SASTRE.—¿Qué piensa usted?
CASERO. Yo me entiendo.
Sale el MORENO *sin capa, hebilla, charretera, ni relojes.*
MORENO.—Chica, sal aquí al instante.
Sale PETRA.
PETRA.—¿Qué embolismo traes de nuevo?
Di, porque estoy de muy buen
humor, y llegas á tiempo.
MORENO.—Oye uno de los mayores
prodigios que amor ha hecho.
Ya tienes música, Petra:
pide cuantos estrumentos
quieras, y si quieres pide
la de los tres coliseos,
y en todas cuantas capillas
hay de música en el pueblo.
PETRA.—Te has hallado algún tesoro
que tan rico vienes?
MORENO. Tengo
una onza de oro, y dos duros,
que yo no me porto menos.
CASERO.—Pero vienes mal portado,
hombre.
MORENO. Por usted me veo
en estos trabajos.
CASERO. ¿Cómo?
MORENO.—La Petra tenía un genio,
en buena hora lo diga,
manso como los corderos
mochos por el mes de Mayo;
y ha tres días que es lo mesmo
que un toro de Mercadillo.
CASEBO.—¿Y tengo yo culpa de eso?
SASTRE.—Toda: porque como usted
dió á la Juana aquel festejo
la víspera de su santo
tan heroico, se le ha puesto
en la cabeza que estotro
haga otro tanto, sabiendo
que está el pobre...
MORENO. Ya estoy rico:
que un amigo verdadero
me ha prestado sobre la
capa, reloj y mi juego
de hebillas de plata, una onza
de oro y dos duros. Pero esto
sin más interés que darle
cada mes un diez por ciento.
SASTRE.—¡Qué buen amigo!
MORENO. Es un hombre
de mucho garbo.
CASERO. En efecto,
yo tengo la culpa, y yo
debo pagarla. Moreno,
ves á recoger tu capa,
y vuelve al punto.
MORENO. Primero
que vencido, ha de volver,
el hombre que es hombre, muerto

á los ojos de su dama.
PETRA.—Si te has de morir por eso,
haz cuenta que ya lo estás.
SASTRE. ¿Si la que se está muriendo
(*A la Petra.*)
por él es usté, á qué viene
el disimulo?
CASERO. Dejemos
historias, que es tarde: ve
por tu ropa y vuelve presto,
que yo le daré á la Petra
música, baile, refresco
y cena...
MORENO. ¿Cómo?
CASERO. En tu nombre.
MORENO.—Lo estimo, mas no lo aceto,
señor.
CASERO. ¿Y por qué?
MORENO. Porque
me escama el entrar debiendo
yo á usted, que entre con deudas,
Petra, cuando nos casemos.
SASTRE.—Dame un abrazo, que no
dijera más Gerineldos.
CASERO.—Ve, que yo sé tu honradez,
y tú sabrás cómo pienso.
MORENO.—¿Qué me aconsejas?
PETRA. Que vayas.
MORENO.—¿Y el maestro Jorge.
SASTRE. Lo mesmo.
MORENO.—Agur. Por fin, mal ó bien,
ya salimos de este empeño;
que dempués, si él piensa, á naide
le faltan sus pensamientos.
CASERO.—Saquen ustedes ahí sillas
y siéntense un rato al fresco
conmigo.
PETRA. Basta que usted
lo mande, señor casero.
SASTRE.—Y sobra... ¿Qué no haré yo
por pagar lo que le debo?
CASERO.—¿Gervasio? (*Mirando al corredor.*)
GERVASIO. ¿Qué manda usted?
CASERO.—¿Puedes bajar?
GERVASIO. Voy corriendo.
Salen los CIEGOS *con violín y pandereta de su cuarto.*
CIEGO.—Chica, tuerce bien la llave,
porque andan muchos rateros
en Madrid.
CIEGA. Segura queda.
SASTRE.—¿Dónde van ahora los ciegos?
CIEGO.—A la plaza, á chupar unos
cuartos á los majaderos.
CASERO.—¿Y llevan para embobarlos
alguna cosa de nuevo?
CIEGO.—Una satirilla propia
de esta noche.
CASERO. ¿Y no la oiremos
pagando?
CIEGA. "¡El casero es!" (*Ap. al ciego.*)
CIEGO.—"Aunque no oigo, ya lo veo."
Señor, y aunque sea de balde.
Críspula, templa el pandero
GERVASIO.—¿Qué manda usted?
(*Habiendo bajado.*)
CASERO. Di que tome
la capa á tu compañero:
irá... mientras que tú...
Empiecen (*A los ciegos.*)
ustedes, que ya atendemos.

Interin cantan su juguete los ciegos, habla un rato el Casero con Gervasio, que luego sube: hace tomar la capa al otro bordador, que baja, y después de hablarle al oído algunas palabras el mismo Casero, se va de prisa. Los valencianos del número 6 salen á la puerta: la criada del 3 á la suya: la costurera al corredor y á las buhardillas sus vecinos, etc.

Cantan los ciegos según sus aires comunes, y se puede acompañar con poca orquesta ó violín y pandereta solos.

A solo.

De San Juan en las noches
y de San Pedro
no hace mal á las damas
nunca el sereno.

A dúo.

Ni á los galanes
que andan como unos tontos
por esas calles,
sudando con pretexto
de refrescarse.
Y allá en el río
alternan las puñadas
y los respingos
entre las manolillas
y manolillos.

A solo.

Una vieja una noche
de las presentes,

se enamoró en la plaza
de un petimetre.

A dúo.

Llegó y le dijo
por entre las varillas
del abanico,
¿dónde va usté á paseo,
caballerito?
Y él, que era chusco,
haciéndola el reclamo
con disimulo,
la llevó hasta Vallecas,
y escurrió el bulto.

CASERO.—Tomen ustedes, y Dios
(*Dando dinero á los ciegos.*)
les dé ventura.

CIEGOS. Hasta luego.
¿Quién manda rezar los chistes
de la noche de San Pedro?
(*Vanse entonando.*)

ALGUACIL. *Sale de arriba.*

ALGUACIL.—¿Aquilina? ¿Dónde está?

SASTRE.—Con mi mujer allá dentro.
¡Abundia!

Sale la SASTRA *sacando á* AQUILINA *agarrada de la mano.*

SASTRA. No te me escapes.

ALGUACIL.—¿Y la ropa?

AQUILINA. ¿Y los dos pesos
por una parte, y por otra
los gastos que tengo hechos
extraordinarios?

CAPITANA. Ya bajo (*Desde arriba.*)
á dártelos, que no quiero
deberte nada.

AQUILINA. Ya no es (*Muy alegre.*)
mi ama, con que ya puedo
responderla pico á pico,
mano á mano, y cuerpo á cuerpo.

ALGUACIL.—Tengamos la fiesta en paz;
y mira que es muy estrecho
el orden de San Fernando.

AQUILINA.—¡Bien remirado lo tengo,
como que estuve once meses!
Si llego á doce, profeso.

CAPITANA.—¡Picarona!.. (*Baja.*)

SASTRE. Poco á poco
madama; venga el dinero
de la chica, y aquí está
toda su ropa y talego.

CAPITANA.—Un sastre á una capitana...

SASTRE.—No prosiga usted. Callemos.

CASERO.—Si hay duda...

SASTRE. No queda duda.

CASERO.—Que yo no he visto instrumento.
donde conste á la verdad.

SASTRE. Yo sí...

PETRA.—¡Qué ajo se ha revuelto
aquí!

CAPITANA.—Diga lo que sabe.

SASTRE.—Si usted lo manda, diréło.

CAPITANA.—¿Mi marido, que Dios haya,
no fué capitán?

SASTRE. Es cierto:
fué capitán de ladrones,
el mas famoso del reino:
le atraparon en Asturias,
y le ahorcaron en Oviedo.

CAPITANA.—¿Pues quién tal ha dicho?

AQUILINA. Yo:
y bien sabe que no miento,
porque usted me lo ha contado
varias veces en secreto.

CAPITANA.—Yo haré constar...

CASERO. ¿Para qué?
Cuando todo está compuesto,
con que se mude de casa,
en poniéndose de acuerdo
ama y criada.

SASTRE. Esta queda
por mi mujer de gobierno.
¡Gervasio!

GERVASIO. Ya ve usted cómo
ando, no se pierde tiempo.
(*Anda de cuarto en cuarto.*)

Sale ARMENGOL *con un* MOZO *que trae una banasta.*

ARMENGOL.—Aquí están ya los faroles.

PETRA.—¿Son los mismos que sirvieron
en la noche de San Juan?

ARMENGOL.—Mucho.

CASERO. Pues irlos poniendo.

ARMENGOL.—Aquí tendrá usté una cena,
á las diez, de fundamento;
y la gente que es del caso
que ya se está disponiendo.

VIUDA.—¡Vaya, que los bordadores
(*Observando á la puerta.*)
son muchachos de provecho!

Sale la PASIEGA *detrás del* ABOGADO, *que saca un niño muy feo en brazos.*

PASIEGA.—¡Ay, hijo de mis entrañas!

ABOGADO.—Agradece que no te echo
fuera el corazón á coces.
CASERO.—¿Pues, señor don Timoteo,
qué tenéis?
ABOGADO. Que le entregué
un niño como un camello
para criar, y me vuelve
un gorrión en esqueleto,
la bribona. ¡Vean ustedes!
¿Juraría el más experto
fisonomista, que yo
y mi hijo nos parecemos?
PASIEGA.—Venga el muchacho.
ABOGADO. ¿El muchacho?
A mi casa me le llevo
á ver si puedo criarle
yo; ó en la inclusa le meto
para que allí me lo críen:
que hijos de padres tan buenos
abogados como yo,
habrán pasado por ello. (*Vase.*)
PASIEGA.—Venga los siete ducados.
SASTRE.—Coge en prendas el chicuelo.
PASIEGA.—No valen tanto el rapaz
y su padre si los ven lo. (*Vase.*)

Sale el MORENO

MORENO.—Ya estoy aquí. Muchas gracias.
CASERO.—Petra, ya pareció aquello...
Siéntate á su lado.
MORENO. ¿Quieres?
PETRA.—Si nos lo manda el casero...
(*Con bufonada.*)
MORENO.—Lo dices con una gracia,
que me asusta, y no me ofendo.
¡Bien hayan los padres que
tan salitrada te hicieron!
SASTRE.—La Juanita viene.
CASERO. Chito.

Sale JUANA

JUANA.—¡Hola! ¡hola! ¿Qué, tenemos
iluminación? Supongo
que la pagará...
CASERO. El Moreno.
JUANA.—¿Y usté qué hace aquí?
CASERO. Aguardarte.
(*Con bufonada.*)
¿Doña Juana, y cómo es esto
de venir casi de noche,
sin un soldado á lo menos?
JUANA.—Si estas chismosas han dicho...
(*Alterada.*)
TODAS.—¡Cómo chismosas!
CASERO. Callemos,
que hay casos en que hablar debe
uno solo, poco y bueno.
SASTRE.—Suplico á todos que presten
atención, que habla el Casero.
CASERO.—Ya sabes, mi doña Juana,
que lo que empezó cortejo
casual, había torcido
por el camino derecho
de boda: que tu buen modo
pegará á cualquiera un perro.
Supe esta tarde que ayer
se fué tu tío á Toledo
á una diligencia. Vine
á ofrecerte mis obsequios
regulares en su ausencia,
más que en presencia lo fueron.
Supe que habías salido
con un oficial; dudelo.
Subí á tu cuarto, pedí
á la moza un papelejo
para fumar: la inocente
me dió varios, y entre ellos
me dió dos en que contestan
dos, que serán caballeros,
el uno, con tu palabra
de esposa, y con sentimientos
el otro de un buen amigo
de confianza. Contemos:
los dos, el alférez, tres,
y yo cuatro. Tu talento
te habrá declarado ya
mi resolución. Moreno,
mis bordadores, muchachas,
yo había de gastar mil pesos,
que gracias á Dios me sobran,
como novio majadero
de esta niña, y he pensado
en darles mejor empleo.
Vosotras no estais casadas,
vosotros no sois maestros
en vuestras artes ú oficios,
por la falta de dinero
para exámenes, materias,
y demás fines honestos:
pues, hijos míos, mañana
os haré el repartimiento
conforme á las circunstancias,
con preferencia al Moreno,
que es el amo de la fiesta,
y el origen á quien debo
un desengaño, que puede

ser á muchos de escarmiento.
TODOS.—¿Viva nuestro bienhechor!
SASTRE.—¡Viva! ¿Pero no sabremos
qué toca al sastre?
PETRA. Lo mismo
que á la viuda: un buen consejo;
que para no ser chismosos,
rezar y coser adentro.
CASERO.—¿Gervasio, te duermes?
GERVASIO. No,
señor: todo está dispuesto,
y solamente aguardamos
á que usted levante el dedo.
CASERO.—Pues levantaré los diez,
si sólo consiste en eso.
GERVASIO.—La música prevenida:
los nombrados á los puestos.
ALGUACIL.—Señores, á divertirse.
SASTRE.—Y concluirá el argumento
de la Petra y de la Juana,
con el *Prudente Casero*,
que castiga falsedades
y da á las finezas premio.

Después de concluir la contradanza, y cuando estén todos bien parados de cara al público, romperá toda la orquesta con clarines, timbales, etcétera, acompañando el siguiente

CORO FINAL

Vivan los que protegen
las artes y el ingenio,
que sólo se adelantan
con los auxilios, el honor y el premio,

La Plaza Mayor

PERSONAS

D. ANTONIO, marido de
DOÑA LUISA, obsequiada de
D. FLORENCIO, D. ANSELMO y D. TEODORO, petimetres.
D. PETARDO, estudiantón.
DOÑA ANA, beata, madre de
UNA NIÑA
D. JAIME, mercader.
ALFONSILLO, horterilla.
MANOLO y PEPA, majos.
BAUTISTA, confitero.
CAMPANO, pavero.
RAFAEL, mozo de cordel.
TERESA, criada.
OLAYA y LORENZA, verduleras.
JOAQUINA y SIMONA, fruteras.
UN PRENDERO
UN CIEGO, que habla.
OTROS CIEGOS
UN ALGUACIL

La escena es en la Plaza Mayor de Madrid.
Calle ó selva.

Salen DON ANSELMO *y* DON TEODORO *de capas y sombreros, con peluquines, cada uno por su lado, y el primero se pasa de largo.*

TEODORO.—¿Digo, amigo, don Anselmo?
¿Pues cómo de esa manera
pasais sin decir palabra?
ANSELMO.— Perdonad la inadvertencia
de no haberos conocido.
TEODORO.—Sin duda llevais la idea
preocupada.
ANSELMO. No por cierto:
antes, como no hay comedias,
pensando iba en qué pasar
la tarde.
TEODORO. ¡Gentil simpleza!
¿Hombre, pues hay tarde alguna
tan divertida como esta,
yendo á la Plaza Mayor?
ANSELMO.—Así es: si por vos no fuera,
me perdía ese buen rato.
TEODORO.—El modo de lo que sea,
es que vamos los dos juntos
á observar lo que allí entra
y sale, y reirnos de todo.
ANSELMO.—Como algún lance no venga
casual, en que sea preciso

que aflojemos las pesetas
y se rían de nosotros,
pues donde hay tontos que vendan,
algunos habrá que embistan.

TEODORO.—¿Hombre, quién se divirtiera
en el mundo si pensase
primero en las contingencias?
Vamos allá.

ANSELMO. Deteneos,
que viene allí la Teresa,
que sirve á vuestra vecina;
la diremos dos chufletas
al paso.

TEODORO. ¡Dejadme á mí,
vereis qué rato de fiesta!

Sale TERESA *de basquilla y mantilla muy de prisa.*

TERESA.—¿Saben ustedes qué hora es?

TEODORO.—¿Adónde vas tan de priesa,
Teresa?

TERESA. Hacia la plaza,
á dar corriendo dos vueltas,
y ver qué hay allí de bueno:
que pedí sólo licencia
á mi ama, por un instante,
para llegarme á una tienda
á comprar una camisa,
y fuí á una diligencia
primero junto al hospicio;
después á ver una vieja,
que de cuantos he servido
me llevó á las conveniencias,
y vive en el Lavapiés:
desde allí fuí á la puerta
de Toledo á dar las pascuas
á un ama, porque me diera
algo, y había salido;
pero el amo, que me aprecia,
me ha regalado tres libras
de chocolate, unas velas
de cera, dos pesos gordos
y una caja de jalea.

TEODORO.—¡Oh! ¡No se ha perdido el viaje!

ANSELMO.—¿La verdad, y en qué se piensa
emplear ese dinerillo?

TERESA.—En unos guantes de seda
blancos, y si encuentro al paso
algún buen retal de seda
de color de oro, pues los
mauleros están tan cerca,
haré zapatos de moda.

ANSELMO.—¿Pues di, muchacha, no fuera
mejor comprar tres camisas?

TERESA.—En teniendo dos con buenas
mangas, para quita y pon,
está demás la tercera.
Tenga una mujer buen guante,
buen zapato, buena media,
mantilla limpia y basquiña
bien plegada y algo estrecha,
que en la calle sólo luce
lo que se ve por de fuera.

LOS DOS.—Dice bien.

TERESA. Adiós, señores,
que no quiero que me vea
ese estudiante.

(*Lo dice por don Petardo, que asoma.*)

TEODORO. Pues marcha,
y allá junto al peso espera,
que tenemos que decirte.

TERESA.—Como ustedes presto vengan,
bien está. (*Vase.*)

LOS DOS. No tardaremos.

TEODORO.—¡La muchacha es linda pieza!

ANSELMO.—¡No es mala la que se sigue!

D. PETARDO *sale hablando entre sí.*

D. PETARDO.—¡Que haya quien se dé á las letras
y no se dé á los arbitrios,
sabiendo cuánto granjea
más que aquél, porque merece,
el otro porque se ingenia!
Para el infeliz no hay pascuas;
para el feliz no hay cuaresma:
sin memoriales al rico,
la gula ofrece hoy mil mesas:
y al memorial de los pobres
aun los desperdicios niega.
Mil ruines comen en plata,
mil nobles en Talavera;
los agentes visten de oro,
los ministros de bayeta.
En peinados y sombreros
todas las plumas se emplean,
y así andan tantos y tantas
que las merecen, sin ellas.
Vámonos hacia la Placa
á satisfacer en ella
el hambre de olfato y vista,
ya que el gusto lo carezca. (*Vase.*)

Sale PEPA *de majo con* MANOLO *de majo, atravesando.*

PEPA.—A la vuelta pasaremos
por en casa de la Petra,
porque vaya á acompañarnos.

MANOLO.—Hablaremos á la vuelta.
PEPA.—No te olvides de comprar
las pasas.
MANOLO. Aunque no tengas
buena memoria, no importa:
si alguna vez no te acuerdas
de andar el camino, yo
te lo acordaré, y de priesa.
PEPA.—Oyes, me dijo la Alfonsa
llamásemos á su reja
cuando vamos á la misa
del Gallo.
MANOLO. Sea enhorabuena;
y yo no dudo que tú,
como mujer tan atenta,
dirías que sí.
PEPA. Claro está:
suponiendo tu licencia.
MANOLO.—¡Como esas suposiciones
tienes tú que me degüellan!
Pero es el día que es, y basta,
PEPA.—Pero, hijo...
MANOLO. Arrea;
vamos en paz á la plaza
á comprar cuatro miserias
para colación, que luego
se ajustarán esas cuentas. (*Vase.*)
ANSELMO.—¿Usted no ve qué figuras
pasan?
TEODORO.—En tarde como esta
cada paso es un asunto
para hacer una comedia.

Sale DON ANTONIO *de capa y gorro, seguido de* RAFAEL *con un esportillo.*

RAFAEL.—Ya llevamos cuatro viajes.
ANTONIO.—Y llevaremos cuarenta,
si no cargas de una vez
con toda la plaza á cuestas;
porque mi mujer parece
que piensa dar una mesa
de cien cubiertos, según
las prevenciones ordena.
ANSELMO.—Eso me parece bien,
señor don Antonio.
ANTONIO. Estas
son pensiones de casado,
amigos, y aunque molestas,
hay ciertas costumbres, que
se han de observar á la letra.
Mi mujer conoce todo
el nervio de la etiqueta,
y sabe que a la tertulia
que todo el año frecuenta
una casa, se le da
de cenar la Noche buena
y mañana de comer.
Yo en unas cosas como estas
no gusto de quedar mal;
y así por mi mano mesma
siempre hago las prevenciones:
mandad, que antes que anochezca
quizá tendré que volver
por algunas bagatelas. (*Vanse.*)
TEODORO.—¿Qué renta tiene este hombre?
ANSELMO.—Poca; pero aunque tuviera
mucha, el que llena en la Plaza
esta tarde cuatro espuertas,
y á su tertulia le da
un baile en carnestolendas,
con lo que le sobra este año
no hará este año una fiesta.

Sale DOÑA ANA DE ZÁPALOS *de beata, con manto, con* UNA NIÑA

ANA.—¿Quién te dijera, doña Ana
de Zápalos, cuando eras
el asombro de la corte
por tu pico y tu belleza,
llegara tiempo en que tú,
con todas tus reverendas,
á pie, con poco dinero
y manto prestado, fueras
por escarola á la plaza?
El consuelo que me queda
es que mientras que lo tuve,
en músicas y meriendas
se esparramó alegremente,
y no hay quien quitarme pueda
lo holgado.
NIÑA. Cómpreme usted,
madre, una libra de peras.
ANA.—Eso me lo has de decir
solamente cuando veas
que estoy parada con gentes,
y si acaso no nos ruegan,
llora y grita.
NIÑA. Es que tengo hambre,
y el hambre no tiene espera.
ANA.—¿Quién te dijera, doña Ana
de Zápalos, que las mesmas
amigas que rellenaron
los buches y faltriqueras
á tu costa, en tales días,
hoy con la puerta te dieran
en los ojos? ¡Qué mal hace,

quien, sin saber dónde, siembra!

NIÑA.—Madre, ¿á quién he de pedir
el aguinaldo?

ANA. Al que veas
que se para con nosotras. (*Vanse.*)

ANSELMO.—Digo: ¿conoce usted aquella?

TEODORO.—Sí; pero tal está, que
es milagro conocerla.

ANSELMO.—Hombre, vamos á la Plaza.

TEODORO.—Dejad, á ver quién es esta
que viene.

Salen DOÑA LUISA *de petimetra de mantilla, y* DON FLORENCIO *de petimetre de capa.*

LUISA. Es una locura
que usted á la Plaza venga
conmigo: bastaba el paje.

FLORENCIO.—Quedó limpiando las mesas,
señora: además que yo
sólo con dar media vuelta
á la Plaza me impondré
de todo cuanto hay en ella.

LUISA.—Por Dios, que me dejeis bien.

FLORENCIO.—El modo de que eso sea,
es decir á don Antonio
no empiece con las fachendas
de marido, que me deje
á mí y á las cocineras.

LUISA.—¡Oh! El no se meterá en nada,
como usted se lo prevenga.

FLORENCIO.—Y luego, ¡si no lo entiende!
¡Tres ó cuatro viajes lleva
hechos, y faltan mil cosas!

LUISA.—Ya le he dicho que volviera
al instante con el mozo.

FLORENCIO.—¡Ya veréis qué bien dispuestas
ensaladas! Cuatro veces
os he de cubrir la mesa. (*Vanse.*)

ANSELMO.—Esta es la mujer de aquel
que antes pasó.

TEODORO. ¿Y la corteja
ese otro?

ANSELMO. ¿Pues quién lo duda?
Y apuesto á que hace la cena
él por su mano, la sirve,
y después los platos friega.

LOS DOS.—Vamos tras ellos, que el rato
es lástima que se pierda. (*Vanse.*)

Se descubre la Plaza en la conformidad que se ha dicho.

CORO.—Al jardín opulento del gusto,
donde ofrece sus frutos la tierra,
donde el aire tributa sus aves,
do se sacian las mismas ideas,
en carnes, en frutas,
en dulces y hierbas,
lleguen, lleguen, lleguen,
vengan, vengan, vengan,
pródigos, tacaños, prudentes, golosos,
pues hay para todos comercio en la feria.

OLAYA.—¡Coliflores y apios!

JOAQUINA.—¡Cascajo y camuesas!

CAMPANO.—¿Quién un pavo compra?

BAUTISTA.—¡Turrón y jalea!

CIEGO.—¡A los villancicos,
que ya pocos quedan!

Sale TERESA.

TERESA.—¿Tiene usté, aunque usté perdone, (*Al prendero.*)
algún pedazo de tela
de color de oro encendido?

PRENDERO.—¡Aquí lo tiene usted, perla!

TERESA.—¿Y cuánto vale?

PRENDERO. Por ser
para usted, cuatro pesetas.

TERESA.—¡Qué caro! ¿Quiere usted dos?

Sale ALGUACIL.

ALGUACIL.—¡Dios guarde á ustedes, mis reinas!

LORENZA.—A la orden, señor menistro;
¿tiene usted en las faltriqueras
algún pañuelo de sobra?

ALGUACIL.—Aunque sea media docena
traigo al servicio de usted.

LORENZA.—Perdone usted la llaneza,
y tome estas dos lombardas.

ALGUACIL.—¿Y cuánto he de dar por ellas?

LORENZA.—Ya están pagadas.

ALGUACIL. ¡Que viva!

LORENZA.—Cuidado con la Quiteria,
que es una buena muchacha,
y es lástima que se pierda,
por lo que otras no se pierden!

ALGUACIL.—Si la parte no pidiera,
ya lo hubiéramos compuesto,
mas se hará lo que se pueda.
¿Coliflores hay muy pocas?

LORENZA —Nadie las tiene tan buenas
como la Olaya.

OLAYA. Por tales (*Con seriedad.*)
las he pagado en la huerta.

ALGUACIL.—¿Y á cómo valen?

OLAYA. A duro.

ALGUACIL.—¡Muy duras están!

OLAYA. Cocerlas
bien y pagarlas mejor,

estarán al comer tiernas.
ALGUACIL.—¡Qué blancas!
OLAYA. Como la leche.
ALGUACIL.—Y grandes. (*Tocándola.*)
OLAYA. Las manos quedas.
(*Sacudiéndole.*)
ALGUACIL.—Hoy está de mal humor.
OLAYA.—No tal: es una advertencia,
porque manoseada puede
marchitarse hasta la berza.
(*Vase el Alguacil á otro lado*)
TERESA.—¿Quiere usted los nueve reales?
Si no adiós, que en cualquier tienda
se hallan zapatos a pares.
PRENDERO.—Lo último en las tres pesetas.
TERESA.—No doy más.
PRENDERO. Venga usted aquí.
TERESA.—Prestito, que estoy de priesa.
LORENZA.—¡Que no dieras al menistro
una coliflor siquiera!
¡Mujer, qué mal genio tienes!
OLAYA.—Como hay Dios, ¡lástima fuera!
y llevársela á su casa.
¡Mira tú qué cuatro piezas
de á ocho le debo! Además,
que él que regala su hacienda.
no ha menester mayordomo.
Sale ALFONSILLO *de hortera, con unas lechugas.*
ALFONSILLO.—Olaya, que estoy de priesa.
OLAYA.—Prestito y en plata.
ALFONSILLO. Dice
mi ama, ¿con qué conciencia
da usted tan pocas lechugas
por dos cuartos? Que son estas
malas, y quiere cogollos
apretados, ó me vuelva
usted el dinero.
OLAYA. Muchachas,
¿habéis oído la arenga
de este parroquiano? Dile
á tu ama, que con la mesma
que ella dos doblones de á ocho,
gano yo acá dos pesetas,
y que por poco dinero
no me dan á mi en su tienda
mucho y bueno.
ALFONSILLO. Vaya usted
y dígale lo que quiera,
y deme á mí mis dos cuartos.
OLAYA.—Tómalos.
ALFONSILLO. Venga otra pieza
mejor.
OLAYA. ¿Cuánto va que te
agarro de la talega
y llegas volando á casa?
ALFONSILLO.—¡Como yo agarre una piedra!...
(*Van pasando las figuras que salieron en la introducción, y deben proporcionar sus diálogos cuando estén delante.*)
BAUTISTA.—¡Turrón bueno de Alicante!
SIMONA.—¡Mocitas, á mis camuesas!
JOAQUINA.—¡Al cascajo, que se acaba!
CAMPANO.—¡Al pavo de arroba y media!
RAFAEL.—¿Quién llama al mozo?
CIEGO. A dos cuartos,
se venden las coplas nuevas.
PEPA.—¿Conque en efecto, Manolo,
te has encerrado en el tema
de que hemos de estar solitos,
á cenar?
MANOLO. Es conveniencia
del bolsillo y la salud.
Mira; se pone la mesa
con lo poco ó mucho que hay,
y arrimando dos silletas,
yo enfrente de tí, y tú enfrente
de mí: á este lado la vela,
la servilla á este otro lado;
en el suelo las botellas,
y va trayendo la moza
la vianda: se conversa
un rato; se bebe siempre
que los gaznates se secan,
ó se atraviesa el bocado;
si empalagan las menestras,
á la izquierda está la fruta,
y el cascajo á la derecha;
se hace poca al hipocrás,
y sin voces ni etiquetas,
cenamos como señores.
Si quieres de esta manera,
lo dicho dicho; y si no
por seis ú ocho callejuelas
tiene salida la Plaza,
múdate por una de ellas,
y larga vida, que yo
no gusto de bromas, Pepa. (*Vanse.*)
PETARDO.—¡Por las nubes está todo!
Hombre veo que se deja
cien reales, y él solo puede
cenarse lo que se lleva.
Mas don Anselmo, un amigo,
viene, veamos si pega,
y me convida... Señor...

ANSELMO.—Estoy á vuestra obediencia,
amigo.
PETARDO.—¿Y dónde esta noche
celebrais la Noche buena?
ANSELMO.—En casa.
PETARDO. Eso me parece.
Me han convidado en diversas
partes, mas de cumplimiento;
y yo sólo apeteciera,
cenar con un par de amigos.
ANSELMO.—Pensais con mucha prudencia.
TEODORO.—Despedíos de ese pelmazo,
que he visto allí la Teresa.
ANSELMO.—Señor licenciado, adiós,
que vamos algo de priesa.
PETARDO.—Esta no pegó: apelemos
á otros lances, y paciencia.
ANA.—¿Quién te dijera, doña Ana
de Zápalos, que anduvieras,
día en que desperdiciaste
tonta, sin tener apenas
co ación para esta noche?
Mas con aquella frutera
está mi vecino. ¡A cómo
se venden las esperiegas?
ALGUACIL.—¿Señora doña Ana, usted
por aquí?
ANA. Para que viera
la niña esta profusión,
salí un poco, y no me deja
porque algo la compre.
NIÑA. Madre,
yo quiero cascajo.
ALGUACIL. Ea,
¿y á dónde lo has de llevar?
ANA.—Lo que basta para ella,
si usted nos hace el favor,
cabe aquí en la faltriquera.
ALGUACIL.—Pues échele á su merced
lo que ajuste de mi cuenta,
y á los pies de usted, que voy
á hacer una diligencia. (*Se retira.*)
JOAQUINA.—"¡Esta mujer, por bolsillos
"debe traer dos maletas!" (*Aparte.*)
LUISA.—Mienrras parece mi Antonio,
nada de vista se pierda
de lo que haya de llevar.
FLORENCIO.—Allí tenemos muy bellas
coliflores.
PETARDO. Pensando iba (*A Luisa.*)
en que el tiempo me franquea
la ocasión de visitaros;
pero como hay la etiqueta
de no ir sin ser del convite,
permitid que lo suspenda
hasta mañana.
LUISA. U esotro;
que vos de todas maneras
teneis conmigo cumplido:
quedad con Dios.
FLORENCIO. ¡Bravo pelma
se nos quería encajar!
PETARDO.—Yo no sé cómo se ingenian
otros que visten y comen
en Madrid á costa ajena.
¡Lo que hay que ver en la Plaza!
CIEGO.—Ahora hay mucha gente, templa;
(*A los otros ciegos.*)
muchachos á divertirse,
por poco dinero: atiendan.

Cantan una copla de una jácara nueva que hayan sacado los ciegos al aguinaldo, y sea la más conocida: y sale DON JAIME, *el mercader, y pega de pescozones á* ALFONSILLO.

JAIME.—¿Oyes, hijo de la cabra,
me dejas solo en la tienda,
y te estás embelesando?
ALFONSILLO.—¿Y usté á mí por qué me pega?
¿Y quién es usté para eso?
¡Pues si yo se lo dijera
á mi primo, el de la calle
de las Postas!
JAIME. ¡Anda, buena
alhaja!
ALFONSILLO. Estese usted quieto,
ó le rompo la cabeza
de un cantazo.
JAIME. ¡Ya verás
en casa lo que te espera!
(*Se entran á golpes.*)
TEODORO.—¿Teresa, dónde has andado?
TERESA.—Por la Plaza: dando vueltas
en busca de ustedes.
ANSELMO. Vaya,
¿quieres ir á la comedia
mañana?
TERESA. ¿Pues por qué no?
TEODORO.—¿Pero te darán licencia?
TERESA.—Si no me la tomaré,
con mucho modo: por fuerza
he de ir á misa mañana,
me estaré dos horas; pega
mi ama conmigo, y entonces
la digo dos desvergüenzas,

y me despide.

ANSELMO. Pero eso
es perder la conveniencia.

TERESA.—¡Mira qué tacha! Nosotras,
por ahora, Carnestolendas,
Semana Santa, y aquellos
quince días de la feria,
en no estando en una casa
donde nos dén mucha suelta,
nos la tomamos: agur.
Y mañana á la una media
estoy allá. *(Vase.)*

TEODORO. Bien está.

ANSELMO.—Esta noche al amo de ésta
no le queda en el vasar
un títere con cabeza.

ALCUACIL.—¡Cuidado, que ese turrón,
con exceso no se venda!

ANSELMO.—¿Mi señora doña Ana, de dónde
se viene ahora?

ANA. De una iglesia
de rezar por mi difunto.

NIÑA.—¿No me da usted una peseta
de aguinaldo?

TEODORO. Sí, hija mía.

ANA.—¡Muchacha! ¡Qué desvergüenza!
Perdone usted, caballero.
Dácala aquí no la pierdas.

ANSELMO.—¿Gusta usted de algo?

ANA. A comprar
iba un manojo de acelgas.

ANSELMO.—Lleve usted para ensalada,
señora, y no se detenga.

RAFAEL.—¿Quiere un mozo?

ANA. Nó, hijo mío,
que para una friolera,
con el bolsillo me basta.
(Echanla verdura.)

LORENZA.—¿Son bolsillos ó maletas?

Sale D. ANTONIO *y dice al mozo*

ANTONIO.—Sígueme, á ver dónde está
mi mujer, que no quisiera
desazonarla por poco.

PETARDO.—A madama he visto buena:
y como sé que esta noche
tenéis grande francachela,
la he dicho que no me espere.

ANTONIO.—Y lo pensáis con prudencia.

PETARDO.—"¡Malo!" *(Aparte.)*

ANTONIO. Y yo hiciera lo propio,
si irme de casa pudiera:
agur.

PETARDO. Con la colorada.
Esto es ser pobre; ¡paciencia!

OLAYA.—No pase usía de largo
si quiere una cosa buena,
señorita.

LUISA. ¡Y decía el otro
que eran todas muy pequeñas
las coliflores que había!

FLORENCIO.—Usted, señora, me crea;
los maridos siempre compran
lo más barato que encuentran.

OLAYA.—Vaya, ¿cuántas quiere usía?

LUISA.—No soy ninguna marquesa,
hija.

OLAYA. No hay nada perdido,
señora, y haga usted cuenta
de que como dijo él otro,
más male pecar de atenta
la gente: digo, señor,
¿escojo media docena?

FLORENCIO.—Vaya, mientras viene el mozo.

ANA.—"En tiempo que era soltero *(Aparte.)*
"este don Antonio, era
"mi tertuliano: he de ver
"si de aquel tiempo se acuerda.
Adiós, señor don Antonio.

ANTONIO.—¡Madama! ¿Venís vos mesma
á hacer vuestra prevención?

ANA.—De hacer una diligencia *(Llorosa.)*
que á vos solo la fiara,
y eso con harta vergüenza;
¿sabe usted quién será empeño...

CAMPANO.—Señores, arroba y media
tiene, y le doy bien barato
por irme antes que anochezca.

ANA.—¿Cuánto queréis?

CAMPANO. Veinte reales.

ANA.—¡Ay, hijo! Es mucha moneda
para un pobre.

ANTONIO. Por eso
no se quedara, si hubiera
quien os le llevara.

ANA. Aquí
cabe en esta faltriquera.

NIÑA.—¡Qué lindo pájaro, madre!
¡Mil gracias! *(Vanse.)*

ANTONIO. ¡Linda postema!

PETARDO.—¡La tarde se va pasando,
y no encuentro uno siquiera
que me convide á cenar!
¿Y en una noche como ésta
no he de llenar el jergón?...

Eso niego, que para estas
ocasiones es la maña,
ya que no vale la ciencia;
que *intelectus apretatur*,
dijo un sabio allá en Consuegra.

FLORENCIO.—¿Y cuánto valen las seis?

OLAYA.—Mire usted, para la mesa
(*Enseñando las coliflores.*)
de un duque me las acaban
de pagar á tres pesetas:
dé usté á diez reales, que tengo
ya gana de salir de ellas.

FLORENCIO.—¡Jesús, mujer!

OLAYA. ¡Jesús, hombre,
y qué sangre tan ligera!
¡Quien de tan poco se espanta
no es bueno para la guerra!

LUISA.—A tres reales.

FLORENCIO. Y aún es mucho.

LORENZA.—¿Querrán los señores berzas?
Vengan usías, que aquí
las hay malas á peseta.

LUISA.—No sean desvergonzadas
las cochinas, y agradezcan
á que soy quien soy.

OLAYA. Que suelten
ese reloj, y que enciendan
las luminarias, que pasa
por la plaza su excelencia.

LORENZA.—¡Que si quieres! ¡Coliflores!
¡Y puede ser que esté hecha
á cenar sopas de gato!

ANTONIO.—¿Qué es esto? ¿Es quizás pendencia?

LUISA.—¡Si tú sipieras comprar
mejor, no me sucediera
esto á mí!

ANTONIO. ¿Pues qué te falta?

FLORENCIO.—Yo por ver si se sosiega,
la llevo á casa: usté ajuste
y llévese una docena
de coliflores, diez frascos
de rosoli, diez botellas
de Frontiñán, cuatro libras
de anises y seis de almendras
de garrapiña, un barril
de ánchoas, cuatro cubetas
de alcaparrón y aceitunas,
y quedará de mi cuenta
que madama se sosiegue
y esté con gusto á la mesa.

LUISA.—¡Cuenta con lo que te han dicho,
que lo has de ver si lo yerras!

ANTONIO.—¡El demonio del cortejo,
como no paga, receta!
El favor que me ha de hacer
usted, señor don fachenda,
es dar más y mandar menos,
ó por cualesquiera de estas
calles puede usted marchar,
que en mi casa no gobierna
nadie sino yo.

LUISA. ¡Pero hombre!...

ANTONIO.—¡Pero mujer! No hay respuesta:
tú conmigo, y usté alón.

ANSELMO.—¿Don Antonio, qué os altera?

ANTONIO.—Cosas de un casado que
por su mujer se gobierna. (*Vase.*)

FLORENCIO.—Beso vuestros pies, señora:
don Antonio, mandad.
"Esta (*Aparte.*)
"noche estoy descortejado,
"sin cenar y sin pesetas." (*Vase.*)

Salen JAIME *y* ALFONSILLO.

ALFONSILLO.—¡Ay, que me matan!

JAIME. ¡Bribón!
Yo haré que te echen á Ceuta
por ladrón.

TODOS. ¿Qué es esto?

ALFONSILLO.—¡Ay!

JAIME. Que á un volver de cabeza
me ha pillado este bribón
del cajón ocho pesetas.

ALFONSILLO.—Señor, son para turrones.

JAIME.—Para curarte la brecha
que te he de hacer en los cascos.

TODOS.—Déjele.

(*Saliendo de sus puestos y deteniendo á Jaime que le pega.*)

ALFONSILLO. ¡Ay madre!

TODOS. ¡Pendencia!
¡La guardia!

PETARDO. Ahora es ocasión,
mientras allí anda la gresca.

(*Mientras la bulla, va Petardo quitando lo que pueda.*)

BAUTISTA.—¡Ay, que me roban! ¡Ladrones!

ALGUACIL.—Ténganse: ¿qué bulla es esta?

BAUTISTA.—Siga usted á aquel estudiante.

UNOS.—Que me ha robado mi hacienda.

JOAQUINA.—A mí me lleva el traidor
mis manzanas y mis peras.

ALGUACIL.—¡Voy tras él, y si lo agarro,
por la calle de Carretas
ha de salir, vive Dios! (*Vase.*)

OLAYA.—Por defender al hortera
ha sido esto.

TODOS. Pues á él;
que lo paguen sus orejas.
(*Agarran á Alfonsillo.*)

ALFONSILLO.—¡Ay, que me matan!

JAIME. Dejadle,
que él soltará las pesetas
ó le ha de llevar el diablo.
Y pues no puede esta idea
aspirar á concluirse,
discreto auditorio, resta...

TODOS.—Que por sainete del tiempo
algún indulto merezca.

Las tertulias de Madrid

PERSONAS

D. JUAN, caballero prudente.
DOÑA INÉS, su esposa.
DOÑA PETRONILA, hermana de ésta.
D. LUIS, buen amigo de la casa.
DOÑA LAURA, DOÑA ANA, DOÑA FRANCISCA y DOÑA JUANA, petimetras de la tertulia.
D. JOAQUÍN, D. PEPITO, D. LUCAS, D. CIRILO, D. MANUEL, D. PABLO y DOS ABATES, tertuliantes.
D. GIL y D. ANTÓN, médicos.
UN CIRUJANO
PATRICIA, criada.
PERICO, paje.
Otras criadas y criados.

La escena es en Madrid.

Sale D.ª INÉS *muy petimetra, y llorando con grandes extremos, y* D.ª PETRONILA *consolándola.*

INÉS.—¡Que á mí me suceda esto!
¡Hay mujer más desgraciada
en el mundo! ¿Qué será
luego de mí?

PETRONILA. ¡Vaya, vaya,
que lance más de repente
no puede darse!

INÉS. ¡Ay, hermana,
yo estoy muerta!

PETRONILA. Yo también
estoy medio atolondrada;
¿pero ya qué se ha de hacer?

INÉS.—¡Válgame Cristo! ¿Muchacha?

Sale PATRICIA.

PATRICIA.—Señora.

INÉS. ¿Han traído la gallina?

PATRICIA.—Sí, señora; mas tan flaca,
que toda ella no es posible
que pueda dejar substancia
para dos tazas de caldo. (*Vase.*)

INÉS.—No hay cosa que así no salga
de prisa.
¿Dijiste á don Pedro
(*A Petronila.*)
que si acaso no encontraba
nuestro médico, trajese
al primero que encontrara?

PETRONILA.—Sí.

INÉS. Pues por Dios, Petronila,
que te estés junto á la cama
ínterin viene algún hombre.

PETRONILA.—¿Yo? ¿Mujer, por qué no llamas
á las vecinas?

INÉS. ¿Sabiendo
cuánto ha que estoy enojada
con todas ellas, querías
que yo me baje á llamarlas,
y quede por mí? ¡Aunque viese
morir á toda mi casta,
no hiciera tal bastardía!
Ninguna á tiesa me gana.

PRTRONILA.—¿Y si á tu marido en tanto
los accidentes se agravan,
qué hemos de hacer aquí solas
cuatro mujeres?

INÉS. Pues anda,
y ten cuidado con él,
hija, que á mí me quebranta
el corazón. ¡Ay de mí!
¿qué será de mí si él falta?

PETRONILA.—Será lo que ha sido de otras:
á bien que aún eres muchacha,
y no estás desnuda, Tú

en todo caso embanasta
lo que puedas en los cofres,
y asegura las alhajas
de valor, ó yo lo haré,
que tú no estás para nada. (*Vase.)*

Sale PATRICIA *con una luz.*

PATRICIA.—Tengan ustedes muy buenas
noches.

INÉS. ¿Cómo está?

PATRICIA. Con ansias
de vomitar, y no habla;
si le preguntan, responden
á dos manos las puñadas,
y hace mil gestos con las
facciones desencajadas.
¡Miedo da el verle!

Sale PETRONILA.

PETRONILA. ¿Las llaves
del dinero y de la plata
las tiene él?

INÉS. Las lleva en una
faltriquera reservada
de los calzones.

PETRONILA. Pues voy
á ver si puedo con maña,
como que saco de allí
la ropa ociosa, afianzarlos. (*Vase.*)

PATRICIA.—¡Ay, amo mío! (*Vase.*)

INÉS. ¡Ay de mí!

Sale LUIS.

LUIS.—¿Cómo teneis la antesala
sin luz, y abierta la puerta?

INÉS.—¡Ay, señor don Luis de mi alma.
(*Le abraza llorando.*)
que mi marido se muere!

LUIS.—Primero yo imaginara
que era usted la que quería
morirse, según la extraña
acción de estos agasajos;
pues entrando en esta casa
tantos, de tantos yo soy
sólo el hombre que la enfada
de la tertulia.

INES. Tal vez
vuestra seriedad nos cansa,
como toda es gente alegre;
pero enfadarme, no.

LUIS. ¿Y vaya,
qué teneis? ¿Por qué llorais?

INÉS.—¿No os digo que está en la cama
don Juan con un accidente
más ha de dos horas largas,
y todos estamos muertos?

LUIS.—¿Y estais con esa cachaza?
¿Y quién está dentro?

INÉS. Nadie.

LUIS.—¿Y el paje?

INÉS. Buscando anda
por ahí médicos: entrad,
pues no ignorais cuánto os ama;
quizá sólo vuestra vista
le dará alivio.

LUIS. ¿Y la hermana?

INÉS.—Adentro.

Sale PEDRO *de paje, cansado que no puede hablar.*

PEDRO. ¡Jesús María!

INÉS.—¿Hallaste al médico?

PEDRO. Estaba
en su tertulia... ya han ido
á llamarle... pero, gracias
á Dios... hallé otro...

LUIS. ¿Y no viene?

PEDRO.—Si no puedo echar el habla.

LUIS —¿Y quién es?

PEDRO Don Gil Ventosa.

LUIS.—El médico de mi casa
justamente: ¡gran pulsista!

PEDRO.—Conmigo viene.

D. GIL. *Sale de médico*

GIL. Madama,
á los pies de usted. ¡Amigo!

PEDRO.—¿Señor don Gil?

GIL. ¿Es desgracia,
ó accidente? Pues según
la prisa con que me arrastra
este criado...

INÉS. Entre usted,
que yo ni aun mover las plantas
puedo. ¡Ay de mí!

GIL. ¿Qué ha sido esto?
(*Se sienta.*)

INÉS.—Dentro hallaréis á mi hermana
que os informará.

LUIS. Venid,
que yo soy de confianza
del enfermo.

GIL. ¿Qué, es el amo?

LUIS.—Sí, señor.

INÉS. Don Luis, que se haga
cuanto haya que hacer, y usted
disponga como en su casa.

LUIS.—Entrad. (*Vanse.*)

INÉS. Lo que siento más

es tener desazonada
esta noche la tertulia.
Bien pudieras avisarla,
Periquillo, en un instante,
y decirla lo que pasa.

PERRO.—¡Pues vaya que son poquitos
para avisarlos! Ya llaman.

INÉS.—Mira quién es. ¡Ojalá
que esta noche me dejaran?

Sale LAURA

LAURA.—¿Hija, qué es esto? ¿Tan sola,
y tan apesadumbrada?

INÉS.—¡Ay, Laurita, se acabó
para mí el mundo!

ANTÓN. *Sale de médico*

ANTÓN. Deo gracias:
¿qué tenemos? ¿Volvió usted
á hartarse de leche helada
después de haberse comido
dos medidas de azofaifas
y tres libras de acerolas?

INÉS.—No, señor; es mayor causa
para la que os llamo: entrad,
veréis á don Juan en cama
con un accidente.

ANTÓN. ¡Fuego!
¿Y os estáis tan sosegada?

INÉS.—Otro hay dentro con don Luis;
porque como usted tardaba,
vino el primero que hallamos.

ANTÓN.—Bien hecho.

LUIS. *Sale de prisa y en cuerpo*

LUIS. Perico, marcha
á llamar al cirujano.

PEDRO.—¡Que no alquile también patas
quien alquila pantorrillas! (*Vase.*)

LUIS.—Justamente preguntaba
por usted el compañero.

INÉS.—¿Y qué dice?

LUIS. Hasta ahora, nada.

INÉS.—¡Por Dios; que yo en usted sólo
pongo toda mi esperanza!

ANTÓN.—Yo pondré los medios,

LUIS. Vamos,
que la urgencia es apretada.
(*Vanse los dos.*)

LAURA.—Yo he quedado muerta.

INÉS. ¿Y cómo
estará esta desdichada,
contra quien todas las iras
de tanto golpe descargan?

LAURA.—¡Jesús, Jesús!

Salen de petimetras DOÑA ANA, DOÑA FRANCISCA, DOÑA JUANA, DON JOAQUÍN *y dos* ABATES *á la moda.*

FRANCISCA Me parece
noche de semana santa
aquí, según el silencio.

ANA.—Si habláis cosa reservada,
no os incomodéis.

FRANCISCA. O somos,
ó no, amigas confirmadas.

JOAQUÍN.—¿Qué, llora usted, mi señora
doña Inés?

LAS TRES. ¿Hija, estás mala?

INÉS.—No: por Dios, siéntense ustedes.

Sale PETRONILA.

PETRONILA.—Dame las llaves del arca
de nogal.

INÉS. Tómalas todas,
y haz cuanto te dé la gana
en todo y por todo. ¡Ay! (*Suspensos todos.*)

ANA.—¿Sabes tú qué es esto, Juana?

INÉS.—¡Ay!

ABATE 1.°—¿Señoras, qué hay de nuevo?

PETRONILA.—Que salió bueno de casa
esta tarde mi cuñado,
y volvió luego con tanta
fatiga, que la escalera
dice que la subió á gatas:
venía trémulo; mandó
que se le hiciese la cama;
se la hicieron; acostóse
tan torpe, que las criadas
tuvieron que desnudarle;
y al echar sobre la almohada
la cabeza, se quedó
sin sentidos y sin habla,
con un terrible accidente.

TODOS.—¡Válgame Dios, qué desgracia!

Sale LUIS.

¡Jesús, y qué confusion!
¿Hay por ahí una garrafa,
doña Petronila?

PETRONILA. Adentro
os la darán las criadas. (*Vase.*)

JUANA.—¿Cómo va el enfermo?

LUIS. Mal:
lo mismo está que se estaba. (*Vase.*)

ANA.—¡Qué atento es el tal don Luis!

ABATE 2.°—A nadie dijo palabra.

JOAQUÍN.—¡Gran fachenda!

FRANCISCA. Es un cuidado
mayor el que ahora le llama:

yo le disculpo.
LAURA. Yo no.
JUANA.—Siempre es así.
INÉS. Mira, Frasca,
yo voy á dar una vuelta,
y á saber qué es lo que pasa
allá dentro.
FRANCISCA. No hagas tal,
hija, ¿no está allí tu hermana,
los médicos y don Luis?
INÉS.—Y á saber por qué no sacan
de refrescar.
LAURA. Eso sí.
INÉS.—Por Dios te encargo que haya
silencio.
ANA. Vete, que bien
sabes á quien se lo encargas.
LAURA.—Hija, en estos lances, y entre
personas de confianza,
no te andes con chocolate,
meriendas ni pataratas:
lo primero es lo primero
que se ha de cuidar; y basta
con que saquen una fuente
de fruta, alguna fritada,
ó torreznos.
FRANCISCA. ¿Tienes lomo
fresco?
INÉS. Voy á que lo hagan (*Se levanta.*)
freir.
ANA. A mí chocolate,
que hoy estoy desazonada,
JUANA.—Yo mi media rosca tierna,
y mi puñado de pasas,
como siempre.
FRANCISCA. ¡Habrá mujeres (*Aparte.*)
más imprudentes!
ABATE 1.° Que llaman. (*A gritos.*)
INÉS.—Sírvanse ustedes de abrir,
que adentro están ocupadas. (*Vase.*)
FRANCISCA.—Yo he quedado lela.
LAURA. Y yo
aún estoy toda asustada.

Va uno de los á abrir, y luego sale PEDRO *con el* CIRUJANO *y* DON LUCAS *y* DON CIRILO *de tertuliantes, con capa y gorro.—Sale* LUIS.

LUIS.—¿Ha venido el cirujano?
PEDRO.—Aquí le traigo ya.
LUIS. ¡Gracias
á Dios! Entre usted corriendo,
que ya ha rato que hace falta.
CIRUJANO.—Ahora acaban de avisar.
(*Se entran.*)
LUCAS.—Buenas noches, camaradas.
CIRILO.—Adiós, señores.
JOAQUÍN. ¿Sabéis
la novedad?
LUCAS. Ahora acaba
de contárnosla Perico. (*Se sientan.*)
FRANCISCA.—Señores, lo que se encarga
es el silencio.
JOAQUÍN. Para eso,
y para hacer menos larga
una visita de enfermo,
sé yo, amigos, una brava receta.
LAS MUJERES.—¿Cómo, qué cosa?
ABATE 1.°—Di, ¿cuál es?
JOAQUÍN. Pelar la pava.
JUANA.—Pero hablar quedito.
ABATE 2.° Cuanto
más quedo, mejor pelada.
Sale LUIS.
LUIS.—¿Saben ustedes si acaso
dejé yo por ahí mi capa?
Ya la veo. (*Se la pone.*)
JOAQUÍN. ¿Dónde vas?
LUIS.—A traer una tipsana
que han recetado.
FRANCISCA. ¿Y qué dicen?
LUIS.—No dan muchas esperanzas. (*Vase.*)
JOAQUÍN.—¿Esperanzas? ¡Esa es
una comida muy cara!
ABATE 1.°—Yo sé quien las tiene buenas,
sólo que no quiere darlas.
ABATE 2.°—¿Tiene usted muchas?
(*A Laura, fisgando.*)
LAURA. ¡Y gordas!
ABATE 2.°—Así usted me regalará
unas poquitas.
FRANCISGA. Silencio,
que esta no es noche de chanzas.
CIRILO.—¡Qué cabezas!
LUCAS. "De aquí un poco
"yo, amigo, cojo la rauta
"á jugar mi malillita
"á otra parte."
PEPITO. *Sale de petimetre calavera.*
PEPITO. Salgan, salgan
ustedes á los balcones,
verán reñir á dos majas
con un escribano, sobre
quién se lleva el gato al agua.
TODAS.—Chis.

PEPITO. Salgan ustedes. (*Recio.*)
TODOS. Chis.
JOAQUÍN.—Que está muy malo en la cama
don Juan con un accidente.
PEPITO.—¿Y qué dice á eso madama?
ANA.—Está muerta.
PEPITO. De ese modo
no podrá decir palabra.
ANA.—Traiga usté esa silla chica.
PPITO.—¿Hablan ustedes en chanza? (*La trae.*)
ANA.—No, no; ya lo verá usted.

Sale PETRONILA

PETRONILA.—Amigas, suplid las faltas,
que hoy todo va como va.

Sacan de beber el PAJE *y las dos criadas, y luego algunas servilletas, una fuente como de fritada, pan, tenedores, etc.*

FRANCISCA.—Si estaba muy excusada
por hoy esta ceremonia.
JUANA.—Mira este vaso, ¡qué bata
(*Aparte á las otras.*)
tiene tan lindo gusto!
FRANCISCA.—¡Mujeres, que seais tan malas!
¿Quién repara en estos lances?
LUCAS.—Si aquel vino de la Mancha
no se acabó, mande usted
que una botella nos traigan.
PETRONILA.—Anda, chica.
PATRICIA. ¡Bueno va esto,
y mi amo para dar su alma
á Dios! (*Vase.*)

Sale LUIS

LUIS. Buen provecho.
ABATE. Luis
(*Presentándole una tajada.*)
vaya al paso esta tajada.
LUIS.—Esto es antes. (*Tomándola.*)

Al entrar DON LUIS *con la garrafilla, salen los dos médicos muy serios, y* DOÑA INÉS *llorando amargamente; se quedan á una punta del tablado: los otros siguen merendando; luego rodean á los médicos como con curiosidad.*

INÉS. ¿Conque, en fin,
pueden fundarse esperanzas?
ANTÓN.—El pulso aún promete algunas;
pero hareis mal en fundarlas
hasta ver si vuelve, y cómo
vuelve.

Sale LUIS

LUIS. ¿Le doy la tipsana?
GIL.—Al instante, y avisad
si la traga ó no la traga. (*Vase Luis.*)
ABATE 1.°—¿No fuera bueno sangrarle?
GIL.—Ya tiene desenvainada
la lanceta el sangrador;
pero hay primero otras causas
que vencer.
PEPITO. ¿Se ha confesado?
(*Con la boca llena*)
GIL.—¿Cómo, si ha perdido el habla?
INÉS.—Ese es mi mayor pesar.
JOAQUÍN.—Esta tajadita magra,
(*Se levanta y la brinda.*)
que está diciendo comedme.
INÉS.—Perdonad, no tengo gana.
LAURA.—¡Qué mal frito está!
(*Aparte las dos.*)
JUANA. ¡Y la rosca,
qué dura y qué apelmazada!
TODAS.—Ven aquí.
ANTÓN. Siéntese usted,
y tenga la confianza
de que no la dejaremos
hasta ver si se le saca
de este primer paso.
INÉS. Bien.
(*Se sienta llorando.*)
GIL.—Tenga un polvo de la Habana.
ANTÓN.—Y rico. "¡Los tertuliantes, (*Aparte.*)
"qué lindamente acompañan
"la pacienta en su dolor!"
GIL.—"¡No es el ejemplillo rana
"para algunos que sé yo
"que cuanto tienen lo gastan
"en tertulias!" Otro polvo.
ABATE 1.°—Los médicos mala cara
ponen.
PEPITO. ¿Qué médicos son?
ABATE 1.°—Entrambos de mucha fama.
PEPITO.—La fama de los doctores
es como la de las damas,
que aquella que tiene más
visitas es más nombrada,
y suele ser la señora,
con perdón, una tarasca.

Sale LUIS.

LUIS.—Señores vengan ustedes,
que ha bebido la tipsana
sin derramar ni una gota,
y van á menos las ansias.
INÉS.—¿De veras? (*Ansiosa.*)
TODAS. Estate quieta.
ANTÓN.—No es la noticia muy mala.
Entremos, don Gil Ventosa.

GIL.—Vamos, don Antón Jalapa. (*Vanse.*)
LAURA.—No entres tú.
INÉS. ¿Por qué si soy
(*Ansiosa.*)
yo sola la interesada?
LUCAS.—Chis, don Luis, salga usted luego,
que si usted no juega, falta
un pie.
LUIS. ¡Qué pie ni qué mano!
¡Para juego está la casa! (*Vase.*)

Salen D. MANUEL *y* D. PABLO.

MANUEL.—A los pies de ustedes.
PABLO. ¿Conque
tenemos novedad?
LUCAS. ¡Vaya
si hay! Doña Petronila,
que saquen una baraja,
y nuestra mesa.
CIRILO. Este es juego
en que todo el mundo calla.
PETRONILA.—Está bien. (*Vase y vuelve.*)
PABLO. Pues en la calle
de decirnos ahora acaban
que don Juan está muy malo.
PEPITO.—Ya está mucho mejor.
MANUEL. ¡Gracias
á Dios!
PEDRO. Aquí está la mesa.
(*Se pone á jugar.*)
ABATE 1.°—Cuenta con gritar si os fallan
una malilla, don Lucas.
LUCAS.—Es advertencia excusada
donde hay enfermos; y usted
puede para sí tomarla.
PEPITO.—Pues yo me desfilo á un baile,
señoras, si no me mandan
otra cosa.
JOAQUÍN. ¿Hay para todos?
LAURA.—No; pues si ustedes se marchan,
nos vamos también nosotras.
PEPITO.—¿Aprendió usted ya, doña Ana,
las seguidillas del hole?
ANA.—¡Toma, ya están olvidadas!
PEPITO.—Si no fuera escandaloso
iría por la guitarra,
y se haría por lo bajo
una peti-serenata.
ABATE 1.°—Eso es demasiado: ahora
si quisiera esta madama
honrarnos, sin instrumento
pudiera en seco cantarlas.
ANA.—¡Y que lo oyeran!
PETRONILA. Ahora
que está allá adentro mi hermana,
no importa.
TODAS. Vamos, Anita.
ANA.—Vaya una coplita.
TODOS. Vaya.

Canta DOÑA ANA *una seguidilla del hole en seco: todos la rodean, los unos detrás de la silla y los otros delante, de rodillas: y en acabándola,* D. LUCAS *se levanta de la silla, echa á rodar un candelero, y dice gritando:*

LUCAS.—¡Hombre de dos mil demonios,
que haga usted esa jugada
en mano de favorito!
MANUEL.—¿Por qué usted no me avisaba
que tenía la malilla?
LUCAS.—No sabéis tener las cartas
en la mano.
MANUEL. Más que usted.

Sale LUIS

LUIS.—Señores, señores, valga
la cortesía, por Dios:
que vuestro amigo se marcha
por la posta.
LUCAS. ¿Sabe usted
ya cuántas malas jugadas
ha hecho este hombre?
LUIS. Bien está;
pero reñirlas mañana.
JOAQUÍN.—¿Conque eso va malo?
LUIS. ¡Malo! (*Vase.*)
LUCAS.—Don Cirilo, usted baraja.
PETRONILA.—Con vuestra licencia voy
á ver cómo estamos.
FRANCISCA. Anda.
ABATE 2.°—¡Noche funesta!
PEPITO. El caso es
que yo traía mi danza
de monos en los bolsillos,
y esta noche hacer pensaba
los purchinelas.
JUANA. ¿De veras?
PEPITO.—Sino, ve aquí, por fianza
de mi verdad, al señor
don Cristóbal. (*Saca un mono.*)
JUANA. ¡Ay qué gracia!
ANA.—¿Tenéis más?
PEPITO. El perro, el hombre,
el demonio y la madama.
FRANCISCA.—¿Y el silbatillo?
PEPITO. También.
JUANA.—Hable usted algo como hablan.

PEPITO.—Se mete bulla.
JOAQUÍN. Quedito,
y sólo cuatro paladras.
PEPITO.—"¿Compañero, qué, de veras
(*Hablando de purchinela.*)
"hay allá fuera muchachas
"bonitas, bonitas? Mucho."
Salen DOÑA INÉS *y* DOÑA PETRONILA, *serias.*
INÉS.—Hijas, por la Virgen santa
que os vais: bien conozco que
que aquí estais mortificadas,
y yo deseo estar sola.
PETRONILA.—Los médicos ahora acaban
de decirme que don Juan
llegar no puede á mañana.
INES.—¡Ay de mí! (*Se cae en una silla.*)
TODAS. Por Dios, amiga. (*Se levanta.*)
PEPITO.—Que traigan un poco de agua.
INES.—No es menester: por Dios, idos.
JUANA.—¿Irme yo estando con tanta
pena tú?
ANA. Ni yo tampoco.
FRANCISCA.—También yo avisaré á casa
que no nos esperen.
JOAQUÍN. "Digo, (*Aparte.*)
"mi señora doña Juana,
"esfuerce usted el pensamiento,
"veréis qué noche tan guapa
"pasamos contando cuentos."
JUANA.—¿Qué tigre tuviera entrañas
de dejaros en un lance
como éste? ¿No lo extrañara
todo el mundo?
ABATE 1.° "Oyes, Joaquín, (*Aparte.*)
"¿qué, se quedan las madamas?"
JOAQUÍN.—Sí, hombre.
ABATE 1.° Por lo que se ofrezca,
(*Retirándose.*)
cuanto más acompañada,
mejor: yo seré el primero.
INÉS.—Hijas, yo con mi desgracia
no estoy para daros cena,
ni hay disposición de camas.
ANA.—¿Quién se había de acostar
con tal cuidado?
JUANA. ¿Ni gana
de cenar quién la tendría?
PEPITO.—¿Tenéis jamones en casa,
café y chocolate?
INÉS. Sí.
PEPITO.—Pues sobra con eso que haya:
y allá á lo más retirado,
donde el enfermo no se haga
mala obra, pasaremos
la noche, aunque no son largas,
como unos duques.
JOAQUÍN. ¡Vereis
qué linda noche se pasa!
ABATE 1.°—Digo; nos podemos ir
á la pieza de las jaulas,
que está lejos de la alcoba.
JUANA.—Dice bien.
LOS CUATRO. Pues fuera espadas.
(*Se las quitan.*)
INÉS.—Es imposible, señores ..
¿Qué hay de nuevo, don Luis?
Sale LUIS *muy lloroso.*
LUIS. Nada:
lo más sensible aquí es
la disposición del alma.
INÉS.—¿Pues qué, va á peor?
LUIS. Señora,
usted téngala tragada:
búsquese un coche, y con una
de estas amigas se vaya,
que ya no está bien aquí;
y pues tanta confianza
tiene de estos caballeros,
nombre uno que cargo se haga
de disposiciones, llaves
y papeles.
INÉS. ¡Ay, mi Juana! (*Abrazándola.*)
JUANA.—Yo sería la primera,
amiga, que te llevara
á no tener tantos hijos.
FRANCISCA.—Yo también, como mi casa
tuviera una alcoba más.
ANA.—Por mí, ya sabes la mala
condición de mi marido.
INÉS.—Señor don Joaquín...
JOAQUÍN. Madama,
yo en asunto de papeles
soy un pedazo de albarda.
LUCAS.—Yo ya sabe usted que tengo
(*Sin dejar el juego.*
una oficina pesada.
ABATE 1.°—Yo mil correos y agencias
que me llevan á la rastra.
PEPITO.—A mí lo testamentario
es cosa que no me encaja.
INÉS.—¿Vosotras sois las amigas
de quien tuve confianza?
LUCAS.—Ese as: ¿no reparo usted (*Gritando.*)
que yo descubrí la mala?

INÉS.—¿Cabe en los hombres de honor
correspondencia tan falsa?
LUIS.—Don Juan, amigo, ya tiene (*A voces.*)
sal y aceite la ensalada;
salid á echar el vinagre.
Sale D. JUAN *en bata y médicos y criados.*
JUAN.—Sea enhorabuena, madamas:
caballeros, yo agradezco
á todos mercedes tantas.
INÉS.—¿Hijo, qué es esto?
(*Ansiosa: y todos admirados en pie, y dejan el juego.*)
JUAN. Esto es, hija,
haberte dado copiada
una pesadumbre, que
que quizá puedes ver mañana
original.
INÉS. Bien decías,
que es vano cuanto se gasta
con semejantes tertulias,
que del que más me adulaba,
en una necesidad
me hallaría más burlada.
JUAN.—Te lo dije, y te repito,
que nadie viene á estas zambras
sin su fin particular,
ó su interés: verbigracia:
La señora viene aquí (*A Juana.*)
porque es amiga de danza,
y en su casa su marido
no quiere sufrir guitarras.
La señora viene á ver (*A Francisca.*)
cómo sale de cuñada;
si aquí que entran muchos hombres
se inclina alguno, y se casan.
Esta viene porque viene (*A Ana.*)
estotro; y á la contraria,
éste porque viene estotra. (*A Joaquín.*)
Éste viene porque aguarda (*A Pablo.*)
que yo le saque un empleo.
Este porque está sin blanca (*Al Abate 1.º*)
lo más del año, y yo soy
el que socorre la plaza.
El señor acude aquí, (*A Pepito.*)
como á otras tertulias varias,
por trasegar de una en otra
lo que en todas partes pasa,
hecho arcaduz, que tan presto
lo coge como lo vacia.
El señor, porque asegura (*A Lucas.*)
con el juego la pitanza
para el otro día. Este, (*Al Abate 2.º*)
porque con lo que aquí zampa
por la tarde, ahorra la cena:
y estotros, porque hace malas (*A los otros.*)
noches, viven ahí enfrente,
y aquí siempre hay fiesta armada.
¿Es esto? Respondan; y
(*Ponen todos el dedo en la boca.*)
quien mienta, muerto se caiga.
Este es solo verdadero (*A Luis.*)
amigo, y quien, si pasara
de veras lo que hoy fingimos,
me sirviera y te amparara.
LUIS.—Con el alma y con la vida.
INÉS.—Hijo, yo por la enseñanza
te perdono el grande susto.
ANTÓN.—Ya no hacemos aquí falta,
pues don Juan encontró el modo
de curarse y de curarla.
FRANCISCA.—Muy bien lo han fingido todos.
PETRONILA.—A costa de nuestras ansias.
(*Suspirando.*)
JUAN.—Por sacar las llavecitas (*Con fisga.*)
del dinero y las alhajas:
esas son cuentas que luego
los dos hemos de ajustarlas.
JUANA.—Sin embargo, es un desaire...
(*Enfadada.*)
FRANCISCA.—Amiga Juanita, calla;
y callemos todos, pues
ya nos han visto las cartas,
y si envidamos el resto
quedamos más desairadas.
LAS DAMAS.—Dice bien: adiós amiga. (*Vanse.*)
LOS HOMBRES.—Chicos, encended las hachas.
(*Vanse.*)
PEPITO.—Si soy arcaduz, y los
arcaduces nunca paran:
la historia que aquí he cogido
voy á otra parte á vaciarla. (*Vase.*)
INÉS.—¿Y qué tipsana tomaste?
LUIS.—Cuartillo y medio de horchata
que yo le traje en persona.
INÉS.—Pues yo he sido la curada,
yo soy la que debo á ustedes
darles el premio y las gracias.
JUAN.—Todos seremos contentos,
si de este ejemplo se saca
por qué y cuándo las tertulias
se forman y desbaratan.

La comedia casera

PERSONAS

D. BLAS, marido de
DOÑA MARIQUITA, prima de
DOÑA PAULA, mujer de
D. COSME.
D. SIMÓN, tío de Mariquita.
D. FADRIQUE, americano.
DOÑA ELENA, madre de
DOÑA PEPITA.
LOPITO y CORNELIO, Pajes.
DOÑA MARTA, amiga de
D. JACINTO, oficial de infantería.
D. LINDO, abate.
D. CLEOFÁS, abogado.
D. AQUILINO y D. CLETO, petimetres.
SIMÓN, escribiente de D. Blas.
GERTRUDIS, MANUELA, LAMBERTA, y VICENTA, criadas.
RAFAEL, criado.

La escena es en Madrid, en la calle de la Comadre.

Salen las señoras GERTRUDIS, VICENTA *y* MANUELA *cantando y bailando con* LOPITO *y* RAFAEL *en traje de criadas y pajes de casa particular. Cantan y bailan seguidillas, y después sale* D. BLAS *en bata y gorro, enfadado.*

D. BLAS.—¡Muchachas! ¡Muchachas! ¡Hay
semejante desvergüenza!
¿No oís que llamo?

LOPITO. ¡Señor!
como estábamos de fiesta
no lo oímos.

D. BLAS. ¡Ya se ve!
¡A fe, á fe, que si no fuera
por evitar esta noche
con vuestra ama una pendencia,
á puntapiés iriais todos
rodando por la escalera!

LAS TRES.—¡De modo, señor!...

D. BLAS. ¿El modo
lo conocen ellos y ellas?
Saben que estoy trabajando
cosas graves y de priesa
estos días, y se ponen
á romperme la cabeza?
¿Y á qué viene ahora este baile?
¿No tiene la noche entera
para holgarse?

MANUELA. Es que, señor,
como está la tarde fresca,
para calentar los pies
quisimos dar cuatro vueltas.

D. BLAS.—¿Pues no tienen un brasero
bien grande en esotra pieza?
¡Métanlos entre el rescoldo
verán cómo se calientan!

GERTRUDIS.—Eso es quemarse,

D. BLAS. También
muchos bailando se queman.
¿Y la niña, dónde está?

GERTRUDIS.—Estudiando las piruetas
de un baile que han de hacer luego
con Juanito, con la Pepa,
y el paje de vuestra prima,
que es el que todo lo enreda.

D. BLAS.—¿Y quién lo ha mandado?

RAFAEL. Mi ama,
ya que no dísteis licencia
para tener licencia en forma
cuando sus años celebra.

D. BLAS.—¿Ella celebrar sus años?
¡Calla, tonto, no lo creas!
Por eso yo no he querido
que haya baile ni merienda.

MANUELA.—Callad, que parece que oigo
ruido por las escaleras.

LOPITO.—Las señoras son sin duda:
voy corriendo á abrir la puerta.

D. BLAS.—¿Conque al fin, ello hay visita
esta noche?

MANUELA. Doña Elena,
y la prima de mi ama
no más.

D. BLAS. ¡Qué par de cabezas!
¡Sólo la de mi mujer
las puede hacer competencia!

Salen de batas, con basquiña y mantillas DOÑA MARIQUITA, DOÑA PAULA, DOÑA ELENA *y* DOÑA PEPITA *no muy decente.*

D.ª Mariquita.—Entrad, hijas: arrimad
sillas, que venimos muertas.
D. Blas.—¡Ellas resucitarán
á costa de mi despensa!
D.ª Elena.—Señor don Blas, buenas noches.
D.ª Paula.—Señor primo, á la obediencia.
D. Blas.—A los pies de ustedes siempre:
adiós, señora parienta.
D.ª Mariquita.—Dios te guarde.
D. Blas. De ti nunca
hallo agrado en las respuestas.
D.ª Mariquita.—El modo de conseguirlas
es conforme al merecerlas.
D. Blas.—¡Víctor, y vanse!
D.ª Mariquita. ¿No hay luces
que sacar aquí?
D. Blas. A la vela
lo tienen todo, mujer;
no te indispongas la flema.
D.ª Mariquita.—Ea, déjanos en paz, y calla.
D. Blas.—¿Qué buena yerba has pisado?
Se conoce estás contenta.
D.ª Elena.—En parte, si no lo viene,
tiene razón, que es violencia
en el día de sus años
no permitirla que tenga
diversión á sus amigas.
D. Blas.—Como divertirse quieran
ellas con ellas, que avise
para que mañana vengan.
D.ª Elena.—¡Cierto que estaría lucida
una función sólo de hembras!
D. Blas.—¡No lucirían tanto, pero
tampoco se oscurecieran!
D.ª Paula.—¡Jesús, primo, qué machaca
estais con vuestras sentencias!
D.ª Mariquita.—¡Mi paciencia solamente,
sufriría sus simplezas!
D. Blas.—Yo no quiero sufrir otras,
porque no tengo paciencia.
D.ª Paula.—Eso no es lo más: lo que
escandaliza á cualquiera
es no tener libertad
para si á un amigo encuentra,
permitir que la acompañe,
y precisarla á que sean
sus cortejos sus amigas
la tarde que se pasea.
D. Blas.—¿No tiene aquí mi escribiente,
y un paje de legua y media
que la sirvan y acompañen?
D.ª Mariquita.—Para los días de fiesta
que voy á misa, no hay duda;
¿mas qué dama se presenta
con un paje en un paseo?
D.ª Paula.—¡Vaya, no hay que darle vueltas,
sois ridículo y celoso!
D. Blas.—¡Señores, es fuerte tema
que ha de ser malo un marido
porque no quiere ser...! Lleva
luz al despacho, Simón,
que el correo nos espera.
¡Estos correos del viernes,
lunes y martes me apestan!
¡Los del sábado, del jueves
y miércoles, me revientan! (*Vase.*)
Simón.—Vamos á remar tres horas. (*Vase.*)
D.ª Paula.—¿No le veis qué paso lleva?
D.ª Mariquita.—Eso hace siempre en hablando
de cosas que no le sientan.
¿Muchachas, estas basquiñas,
(*Salen las criadas.*)
por qué os marchais allá fuera
sin quitarlas?
Manuela. ¡Como ustedes
no dijeron nada!...
D.ª Mariquita. ¡Pepa!
¿Por qué tú no te la quitas?
D.ª Pepita.—Como salimos de priesa,
se me olvidó el delantal.
D.ª Mariquita.—Tráele uno mío, Manuela.
D.ª Pepita.—No se canse usted, que tengo
gusto en dejármela puesta.
D.ª Elena.—No todo en público puede
(*Aparte á doña Mariquita.*)
decirse: la resistencia,
amiguita, sólo es por
que no trae debajo de ella
sino es un zagalejito.
¿Qué se ha de hacer? La pobreza
nò es deshonra.
D.ª Mariquita. No por cierto. (*Siéntanse.*)
D.ª Paula.—Volviendo á nuestra primera
conversación, ciertamente,
queridas, es friolera
que nos estemos tan solas
porque la desgracia nuestra
apenas habrá en Madrid
cuatro damas que la tengan.
D.ª Mariquita.—¡Qué quieres! Con mi marido
he hecho cuantas diligencias
son posibles; pero no hay
forma de entrarle en carrera.
D.ª Elena.—Pues el mío no se mete

jamás en quién sale y entra
en casa, y eso que ha entrado
gente alegre, cuando yo era
más linda que ahora, y teníamos
de sobra las conveniencias.

D.ª PEPITA.—Por eso ahora pasan días
sin llamar nadie á la puerta.

D.ª PAULA.—Algún día llamarán.

D.ª ELENA.—Yo por mí no lo sintiera,
pero por la chica, sí;
porque si nunca comercia
con las gentes, ella es corta,
y todos creerán que es necia.

D.ª PAULA.—Mujer, ahora que me acuerdo
por ser la propia materia
¿tu vecina la de arriba,
que estaba tan recoleta
antes, y nada sobrada
ha tenido alguna herencia?
¿O qué arbitrio ha discurrido
para estar tan opulenta
y tan rodeada de obsequios?

D.ª MARIQUITA.—Desde las carnestolendas,
que le dió gana de hacer
en su casa una comedia:
aunque la tal fué muy mala,
no lo fué la concurrencia,
pues le quedó una tertulia
que la sirve y la festeja
en forma, y lo mejor es
que todas las noches juegan;
quien pierde el dinero, pierde,
y la que lo gana es ella;
conque vive divertida,
y no le faltan pesetas.

D.ª ELENA.—¡Cierto que algunas mujeres
tienen unas ocurrencias
felices! ¡Vea usted un arbitrio
honrado y sin contingencia!

D.ª PAULA.—Arbitrio es que con ventaja
usurpársele pudiera.
No hablo por mí; pero tú
cantas bien y representas:
yo supliré algo: tal cual,
tenemos á nuestra Pepa,
que canta y baila...

D.ª ELENA. Todo es
merced que usted quiere hacerla.

D.ª PAULA.—Conque como la emprendamos,
creo que salgamos con ella.

D.ª MARIQUITA.—Todo eso es un disparate:
lo primero tú no cuentas
con hombres, y lo segundo,
¿quién á tocarle esta tecla
se atreverá á mi marido?

D.ª PAULA.—A la réplica primera
respondo, que en convidando
á tu vecina, y sea buena
ó mala, darla un papel
que no desluzca la fiesta...

D.ª MARIQUITA.—No, que es útil.

D.ª PAULA. ¡Pues mejor!
preciso es; baje con ella
su tertulia, y de ellos, muchos
entrarán por complacerla.

D.ª MARIQUITA.—O quizá por complacernos,
que al fin no somos tan feas,
que no viniesen gustosos
como licencia tuvieran.

D.ª PAULA.—Don Blas es el dedo malo
que tenemos.

D.ª ELENA. Esa empresa
es mía: voy á embestirle.

D.ª MARIQUITA.—No, por Dios; estate quieta,
que para eso mejor es,
si luego ha de haber pendencia,
que sea por algo. ¡Lopito!

Sale LOPITO.

LOPITO.—¡Señora!

D.ª MARIQUITA. Toma una vela,
y súbele á la vecina
un recado: que la besan
estas señoras las manos,
y que como yo la ruegan
que nos baje á acompañar.

D.ª ELENA.—Con los señores.

D.ª MARIQUITA. Elena,
por Dios, que no soy costal.

D.ª PEPITA.—Y no era mala advertencia,
por si alguno no ha venido,
que baje luego que vengo.

D.ª PAULA.—¡Miren ustedes la niña!

D.ª ELENA.—¡Oh! ¡la muchacha no es lerda!
¡Así tuviera ella bata,
y una bonita escofieta,
como sabe la hora á que
se ha de comer la merienda!

D.ª MARIQUITA.—Pues hombre, ya lo has oído.
(*Al Paje.*)

LOPITO.—Ya voy, señora.

D.ª MARIQUITA. ¡Manuela!

Sale MANUELA.

MANUELA.—¿Señora?

D.ª MARIQUITA. Ve, y dile á tu amo,

que si no es cosa de urgencia
en lo que está, venga aquí,
que pronto tendrá licencia
de volverse.

MANUELA. Bien está. (*Vase.*)

Sale GERTRUDIS.

GERTRUDIS.—Señorita, á usted la esperan
para ensayar el bailete.

D.ª MARIQUITA.—¿Y los dos chicos?

GERTRUDIS. No entran
como están vestidos, porque
nadie hasta luego los vea.

D.ª PAULA.—¿Pues por qué no vas, Pepita?

D.ª PEPITA.—Yo haré lo que madre quiera.

D.ª ELENA.—Vaya, ve; ¡pero cuidado
me llamo, con la modestia!

(*Vase Pepita con Gertrudis.*)

Sale MANUELA.

MANUELA.—Dice mi amo, que ya viene,
señoras, y que de fachenda
con el tío, y el indiano
está.

D.ª PAULA. Con tantas agencias
como tiene tu marido,
y tantos que salen y entran
en tu casa, ¿cómo al paso
algunos de ellos no pescas?

D.ª MARIQUITA.—Porque tiene prevenido
que entren por estotra puerta.

D.ª PAULA.—Lo propio sucede en casa
con mi viejo; ¡mas tan hecha
estoy á estarme solita,
que al oir un golpe en la puerta
pienso que es trueno, y me asusto!

D.ª MARIQUITA.—¿Quién te paga porque mien-
[tas,
si todo lo que no tienes
es porque no puedes? Deja
ahora esas hipocresías,
y vamos á nuestra empresa.

MANUELA.—Ya sale mi amo. (*Vase.*)

D.ª MARIQUITA. Bien os
podeis tapar las orejas,
luego que el punto se toque,
para no oir la respuesta.

Sale D. BLAS *con* D. FADRIQUE *y* D. SIMEÓN,
éste de viejo, y aquél bizarro.

D. BLAS.—Hija, al señor don Fadrique
dije que tenían dispuesta
cierta función los muchachos,
y quiere quedarse á verla.

D. FADRIQUE.—Mi mayor satisfacción,
señora, es el que merezca
ofreceros mi respeto.

D.ª MARIQUITA.—Yo soy servidora vuestra.
(*A don Fadrique.*)

D.ª ELENA.—¿Es este el indiano?

D.ª MARIQUITA. Sí.

D.ª ELENA.—Yo he de observarlo si aprieta
de en cuando en cuando las manos,
ó las tiene siempre abiertas.

D.ª PAULA.—"A Nicolás de la Calle (*Aparte.*)
"se parece en la presencia."

D.ª MARIQUITA.—Tío, beso á usted las manos.

Sale D. SIMEÓN.

D. SIMEÓN.—Señora sobrina, sean
estos víspera de muchos
que cumpla vuestra belleza.

D.ª MARIQUITA.—Eso se sabe y se calla.

D. FADRIQUE.—Pues si el que no calla yerra,
sea testigo el silencio
de lo que el gusto desea.

D.ª ELENA.—¡Mucho sabe éste! ¡También
sabrá guardar su moneda!

D. BLAS.—¿Y á qué me llaman ustedes?

D. FADRIQUE.—Llegaos, que puede que sea
para cosa reservada.

D. BLAS.—¿Pues acaso pueden éstas
guardar silencio en su vida?

D.ª ELENA.—No es cosa que no se pueda
decir.

D.ª MARIQUITA. Aunque te lo digan,
hijo, no hagas caso de ellas,
que ambas están delirando.

D. BLAS.—Pero sepamos el tema
sobre que deliran.

D.ª PAULA. Sólo
que nos des, primo, licencia
para hacer las navidades
una comedia casera
aquí para los amigos.

D. BLAS.—¡No es esa mala comedia!

D. SIMEÓN.—Tiene mil inconvenientes.
(*A D. Blas.*)
Blasito no condesciendas.

D.ª ELENA.—Y debéis agradecerlo;
porque haya lodos ó llueva,
estais divertido en casa,
sin tener que ir á la ajena.

D. BLAS.—¡Que siempre ha de estar hablando
en chanza esta doña Elena!

D.ª ELENA.—Yo muy de veras lo digo.

D. BLAS.—Pues también yo, muy de veras
responderé que no quiero.

¡Jú, jú; no habrá mala gresca!
¡Comedia casera! ¡Y yo
consentirla y sostenerla,
y aun acomodar la gente
me mandarán! ¡Lo que éstas
callan cuando están entre ellas,
tiene las casas perdidas!

D.ª MARIQUITA.—¡No sabes tú lo contenta
que estoy de que las desaires!
Lo propio antes que vinieras
les dije yo ce por be.
¡Tienen muchas contingencias
estas funciones!

D. BLAS. ¡Pues!

D.ª MARIQUITA. Vienen
mil gastos que no se piensan
detrás de ellas.

D. BLAS. ¿Y?... adelante.

D.ª MARIQUITA.—Si quieren venir á verla
muchos, quedas mal con todos.

D. BLAS.—¡Pues!

D.ª MARIQUITA. Y la casa se queda
destruída...

D. BLAS. ¡Pues!

D.ª MARIQUITA. De modo
que quien emprende una fiesta
así, estropea amistades,
ropa, dinero y cabeza.

D. BLAS.—"¿De cuándo acá mi mujer (*Aparte.*)
"repara lo que estropea?"

D.ª MARIQUITA.—Ahora, que tiene que aquí,
entre amigas y parientas,
donde no necesitamos
más que un par de hombres de fuera,
bien pudiera hacerse.

D. BLAS. ¡Ya!

D.ª MARIQUITA.—Eligiendo una de aquellas
comedias de Calderón,
sin teatro ni extrañeza
de vestidos...

D. BLAS. ¡Ya!

D.ª MARIQUITA. Cerrando
á pretensiones la puerta,
no siendo de confianza...

D. BLAS.—¡Ya!

D.ª MARIQUITA. Quien venir pretendiera.
Demás de esto, aquí no había
precisiones de meriendas:
chocolate, lo hay en casa;
conque sólo el gasto fuera
de azúcar rosado ó dulces,
y unas roscas ó libretas.

D. BLAS.—"¡Ya, ya, su cuenta no es mala,
(*Aparte.*)
"mas no le saldrá la cuenta!"

D.ª MARIQUITA.—¡Ya, ya! ¿Tú crees que yo
tengo en esto alguna prenda?
Pues te equivocas, porque
no soy yo tan majadera
que no conozca que todo
el trabajo, si se llega
a ejecutar, sobre mí
ha de recaer por fuerza:
por éstas sólo lo hago.

D. BLAS.—Yo no lo haré, ni por ésas.

ELENA Y PAULA.—Pues ya estamos empeñadas.

D. FADRIQUE.—¡Mucho este testigo aprieta!

D. BLAS.—Ellas aflojarán luego
si ven que no las contestan.

LAS TRES SEÑORAS.—La comedia se ha de hacer.

D. BLAS.—No se ha de hacer la comedia.

LAS TRES.—¿Y por qué?

D. BLAS. Porque no quiero
¡Habrá cosa como ella!

D. FADRIQUE.—Vos, señor don Simeón,
que sois hombre á quien respeta.
id y templadle.

D. SIMEÓN. ¡Sobrino,
no por eso te enfurezcas
como un león!

D. BLAS. Más quiero ser
un león que no otra fiera.

Sale la D.ª MARTA *con* D. AQUILINO, *petimetre;* D. CLEOFÁS *de licenciado;* D. CLETO, *de capa, gran peluca y bastón;* D. JACINTO, *de oficial;* D. LINDO, *de abate, cortejándole todos, y* D. BLAS *se asusta.*

D.ª MARTA.—Hija, más es noche de
diversión que de pendencias:
siento entrar en este lance.

D.ª MARIQUITA.—Pues siéntate, y no lo sientas,
que ha sido sólo cuestión
sobre cuatro bagatelas.

LOS CINCO.—Señoras, siempre rendidos

D.ª MARIQUITA—Señores, á donde quiera
cada uno.

D.ª MARTA. Don Jacinto,
aquí á mi mano derecha,
usted á este lado, y los tres
aquí á mis pies.

D.ª MARIQUITA. ¿En la tierra
se han de sentar?

D.ª MARTA. Sí, hija mía,

con eso no hay competencia
sobre á cuál quiero más, viendo
que á todos los quiero cerca.

D. Blas.—Tío, señor don Fadrique,
¿qué va que esta noche mesma
es la fiesta?

D. Simeón. ¿En qué lo fundas?

D. Blas.—¿Pues usted no ve como entran
convidados?

D. Fadrique. No es posible
que sin noticia y licencia
de usted lo hubiesen dispuesto.

D. Simeón.—Ni era razón.

D. Blas. Sí lo era:
que siempre debo ser yo
el último que lo sepa.

D.ª Marta.—¡Qué pellizco ha de llevarme
el primero que se mueva!

Los cinco.—No lo tema usted.

D.ª Marta. Querida,
disimula la llaneza,
que hasta ahora no he podido
bajar á decirte veas
estos y otros muy gustosa.

D.ª Elena.—Diga usted; por una apuesta,
mi señora doña Marta...

D. Blas.—¡Según los que la rodean
es la Marta de los pollos!

D.ª Elena.—¿Gastó usted mucho en la fiesta
que tuvo este carnaval?

D.ª Marta.—¡Jesús! ¡Una friolera!
No dando de refrescar
sino á cómicos y orquesta,
como se ha puesto en estilo,
es muy poco lo que cuesta.

D.ª Mariquita.—¡Vea usted si digo yo bien!

D.ª Marta.—¿Luego ha sido la contienda
sobre divertirse en eso?

D.ª Elena.—Sí, amiga; pero no entra
don Blas.

D. Simeón. Ni tampoco tienen
proporciones para hacerla.

D.ª Marta.—¿Cómo que no? Si yo sirvo,
tomaré un papel cualquiera;
y entre estos señores hay
una compañía entera:
hay galanes, hay gracioso,
hay tramoyista, poeta,
carpintero, guitarrista,
sastre y apuntador.

D. Blas. ¡Leznas!
No es extraño estéis divertida
con compañía tan bella!

D.ª Marta.—Y más hay.

D. Blas. ¡No dudo yo
que hay más de lo que se cuenta!

D.ª Marta.- Que ayer tarde recibí
una criada estupenda
para cantar tonadillas.

D.ª Mariquita.—¡Así decirla quisieras
que bajara, porque fuese
la noche menos molesta!

D.ª Marta.—Al punto: don Aquilino,
vaya usted, y diga á Lamberta
que baje.

D. Aquilino. Voy, voy, señora.
“¡Como cuaje la comedia, (*Aparte.*)
ha de ser la ama de casa
mi embeleso!“ (*Vase.*)

D. Lindo. “¿Doña Elena, (*Aparte.*)
si habrá traído á su hija?“

D. Cleto.—“¡Qué chusca y qué petimetra (*Aparte.*)
es la prima de don Blas!“

Sale Don Cosme *con capa y gorro, sombrero de tres picos y bastón.*

D. Cosme.—Tengan ustedes muy buenas
noches.

D.ª Paula.—¿Cómo vienes, hijo?

D. Cosme.—Para servirte, parienta.

D.ª Mariquita.—¿Pues, primo, de dónde bueno?

D. Cosme.—De hacer una diligencia.

D.ª Mariquita.—Aquí hay un asiento.

D. Blas. Miente,
que no hay sino polvareda.

Sale Cornelio, *de paje.*

Cornelio.—¿Señora, ha mandado usted
que bajase la Lamberta?

D.ª Marta.—Sí: ¿no basta que lo diga
el que ha subido por ella?

Cornelio.—Usté al bajar me mandó
tener con la casa cuenta:
la casa segura está,
porque es mucho lo que pesa;
conque defender me toca
las alhajas que hay en ella,
para entregarlas al dueño
siempre que me pida cuenta.

Doña Marta.—¡No eres tú muy mala alhaja!
Ve, y dila que baje apriesa.

Cornelio.—Voy. (*Vase.*)

Doña Marta. ¡Qué serio estais, don Cleto! (*A D. Cleto.*)
¿no os gusta la ocurrencia?

D. CLETO.—Mejor estamos arriba,
y estamos con más llaneza.
D. SIMEÓN.—Blas, por mucho que te insten
en la función, no te venzas,
que hay muchos inconvenientes.
D. FADRIQUE.—Cuando la gente es atenta
y moderada, no le hay.
D. BLAS.—¡Yo estoy como en una prensa!
Sale la LAMBERTA *agarrada de* D. AQUILINO, *y* CORNELIO, *que traerá el velón apagado en la mano.*
D. AQUILINO.—Aquí teneis ya esta niña.
DOÑA MARTA.—¿Y á qué bajas tú aquí, bestia?
(*A Cornelio*,)
CORNELIO.—A alumbrar, y se apagó
el velón en la escalera.
"¡Qué tunda me ha de llevar (*Aparte.*)
"un día este don Fachenda
"si vuelve á decirla!..."
DOÑA MARTA. Marcha.
CORNELIO.—Ya me voy.
No te detengas.
(*A Lamberta.*)
D. SIMEÓN.—¡"Qué ojos tiene la muchacha!
(*Aparte.*)
"¡No he visto mayor viveza!"
DOÑA MARTA.—¿Lamberta?
LAMBERTA. ¿Qué manda usted?
DOÑA MARTA.—Estas señoras se empeñan
para que te haga cantar
alguna cosa ligera,
para oirte.
LAMBERTA.—Yo no tengo
más voluntad que la vuestra,
y porque quedeis airosa
respondo con la obediencia. (*Canta.*)
TODOS.—¡Viva!
D. SIMEÓN. ¡Qué gracia! Sobrino,
si se llega á hacer la pieza,
no se habrá visto en Madrid
jamás funcion como ella!
TODOS.—Preciso es que consintais.
D. BLAS.—Yo consentiré si entra
mi tío don Simeón;
porque si el diablo se suelta,
como suele, en los ensayos,
pueda atarle.
D. SIMEÓN. Porque vean
estas damas que las sirvo,
vamos á elegir comedia.
TODOS.—¡Viva el tío!
D. BLAS. Cepos quedos;
que no ha de haber más merienda,
que agua de fregar, azúcar
y bizcocho de galeras.
D. FADRIQUE.—Usted no se pare en eso,
que los gastos que se ofrezcan
todos de mi cuenta corren.
D. SIMEÓN.—¡Pues bien subirá la cuenta!
DOÑA ELENA.—¡El indiano ya dió lumbre!
DOÑA MARIQUITA.—¡Ya verás tú qué menestra
que sale de todo esto!
D. COSME.—Ya que ofrecerme no pueda
á hacer papel por mis años,
por lo que ocurriere, sepan
que toco el arpa, el violín
y la chirimía.
D. BLAS. ¡Ea!
Tío, mi casa desde hoy
entrego á vuestra prudencia.
D. SIMEÓN.—Todo irá bien: ya tú sabes
que yo no aguanto chufletas.
"¡Qué ojillos tiene!"
(*Aparte mirando á Lamberta.*)
D. AQUILINO. Señores,
no se enfríe; la comedia
y los papeles se elijan.
TODOS.—Por mí vaya norabuena.
Sale MANUELA
MANUELA.—Señora, los señoritos
dicen que si ustedes entran
á beber, que necesitan
ensayar aquí la escena
de su baile.
DOÑA MARIQUITA.—Dicen bien:
señores, á estotra pieza.
D. FADRIQUE.—Y aquí se suspende; no
no se le da fin, á esta idea,
pues se verá en lo que para
concluída la primera.
TODOS.—Esperando que el sainete
vuestras piedades merezca.

La comedia casera

Segunda parte.

PERSONAS

D. BLAS, marido de
DOÑA MARIQUITA.
UNA NIÑA, su hija.
DOÑA PAULA, mujer de
D. COSME.
D. SIMEÓN, tío de Mariquita.
D. FADRIQUE, americano, su amigo.
DOÑA ELENA, madre de
DOÑA PEPITA, y
UN NIÑO.
DOÑA MARTA, amiga de
DON JACINTO, capitán.
D. LINDO, abate.
D. CLEOFÁS, abogado.
D. AQUILINO y D. CLETO, petimetres.
D. DIEGO, músico.
GERTRUDIS, MANUELA y LAMBERTA, criadas.
LOPITO y CORNELIO, pajes.
PEDRO, lacayo.
Varios criados que no hablan.

Empieza en la fachada con una puerta como de calle, y salen por el tablado CORNELIO, *de capote, trayendo debajo un bulto, y* D. BLAS, *de paisano, por la puerta, poniéndose el espadín, sin abotonar la casaca, furioso, y se tropiezan al entrar uno, y salir otro, cuando se indica.*

CORNELIO.—¡Sólo le faltaba á un pobre
paje, celoso y hambriento,
que después de tantas faltas,
como todo el año entero
suple á su ama, le hiciera
suplir al esportillero!
La culpa tiene de todo
mi tío el fraile, que me ha puesto
á servir en una casa
de titiritaina, y aun esto
como me quisiera más
Lamberta, fuera lo menos;
pero esta comedia á todos
el juicio le ha revuelto.

D. BLAS.—Aunque me vista en la calle
tengo de salir huyendo
de mi casa.

CORNELIO. ¿Usted no ve
(*D. Blas tropieza con Cornelio.*)
cómo sale?

D. BLAS. Majadero,
¿no miras cómo entras?

CORNELIO.—Perdone usted, caballero,
que con el llanto no sé
dónde voy, ni lo que veo.

D. BLAS.—¿Cornelio?

CORNELIO. ¿Señor don Blas?

D. BLAS.—¿Qué es eso?

CORNELIO. ¿Qué ha de ser esto?
ser paje de mi ama, y ser
lacayo de sus cortejos.

D. BLAS.—¿Pues, qué carga es esa?

CORNELIO. Esta
es la capa de don Cleto.

D. BLAS.—¿Cuál era de aquellos cinco
de la otra noche?

CORNELIO. El más viejo,
y al que más quiere mi ama.

D. BLAS.—¡No es la niña boba en eso!

CORNELIO.—¿Por qué?

D. BLAS. Porque en los muchachos
es la inclinación un viento,
que hoy es solano, y mañana,
ó está al poniente, ó es cierzo;
pero los viejos son tierra
firme, que el mal tratamiento
de la mano que los hiere
lo cultiva más, y el dueño
asegura en tiempo el fruto,
y le coge antes de tiempo.

CORNELIO.—¿Señor don Blas, de qué libro
ha sacado usted ese texto?

D. BLAS.—Del teatro de la vida
humana, que es donde leo.

CORNELIO.—Pues muchos dicen que usted
no entiende los libros.

D. BLAS. Necio,
la mala voluntad nunca

concede el entendimiento;
¿pero qué importa, ni qué
valen dichos, donde hay hechos?
Adiós, hijo, y dete Dios
la paciencia que deseo
para mí.

CORNELIO. ¿Pues, dónde va
con tal desafuero?

D. BLAS.—A ahorcarme.

CORNELIO. ¿Y qué es de la soga?

D. BLAS.—Es verdad; pero venenos
hay, si faltan cordeles.

CORNELIO.—¡No hay otra cosa en el pueblo!
Beba usted bien leche helada,
coma un plato de pimientos
en vinagre, y á las diez
de la noche está usted muerto.

D. BLAS.—No lo creas; mi mujer
las más tardes suele hacerlo
y está cada día más gorda.

CORNELIO.—Pues bien: seguid el ejemplo
y engordaréis.

D. BLAS. No es posible:
¡ay, amigo, que yo tengo
un gusano que me roe
por afuera y por adentro!

CORNELIO.—¿Qué gusano es?

D. BLAS. Mi mujer.

CORNELIO.—¡Sois un pobre caballero!

D. BLAS.—¿Cómo que pobre?

CORNELIO. Yo digo
pobre de conocimiento.

D. BLAS.—¡Pues tengo en este lugar
muchos pobres compañeros!

CORNELIO.—No lo dudo: ¡la mujer!
la mujer es comó el perro,
que en dándele palos sólo,
busca amo de mejor genio;
en dándole sólo pan,
se envicia y quiere bureo,
y dandola pan y palos,
toma ley y se está quieto.

D. BLAS.—Eso es verdod; ¡pero, ay, hijo!
¡Tiene un genio tan travieso
mi mujer!... ¡Si tú supieras
lo que me pasa ahora mesmo!

CORNELIO.—Diga usted, que puede ser
que se remedie.

D. BLAS. Es que temo
que venga alguno y nos oiga,
ó nos vea juntos.

CORNELIO. Meternos
en este portal.

D. BLAS. Hay luz
y se sabrá cuanto hablemos

CORNELIO.—¡Por cierto, extraña aprensión!

D. BLAS.—Vamos con tiento, Cornelio,
que yo sé que muchas cosas,
que se dicen en secreto,
aunque sin luz se hayan dicho,
aunque á oscuras se hayan hecho,
con un sigilo notable,
al cabo se han descubierto:
¡ved donde hay luz si quedará
más arriesgado el secreto!
Vamos al portal de enfrente,
que está oscuro y huele á queso.

CORNELIO.—Aquí seguros estamos:
desabroche usted el pecho.

D. BLAS.—Ya sabes cómo Patillas,
dictó en mi casa el enredo
para hacer una comedia...

CORNELIO.—Yo diera por no saberlo
el salario de tres meses,
poco ó mucho: ¡derreniego
de la comedia, y de quien
tuvo tan mal pensamiento!

D. BLAS.—¿Pues tú por ella qué dierdes?

CORNELIO.—¡Ay, señor don Blas, que temo
que usted no lo sabe todo!

D. BLAS.—¡Si hay más de lo que yo creo,
mucho habrá!

CORNELIO. Y habrá muchísimo,
si no se pone remedio.

D. BLAS.—Pues hijo, si has de matarme,
que no sea con misterios,
sino dame un trabucazo,
y me ahorro del veneno.
¿Qué es, Cornelio, lo que hay?

CORNELIO.—Hay broma.

D. BLAS. Yo no la entiendo.
¡Pero como soy cristiano
y casado, me da miedo!
Defíneme qué es la broma.

CORNELIO.—Un animal imperfecto,
que la diversión produce,
alimenta con su pecho
descuidos y confianzas,
tiene por casa en creciendo
el apetito, no aprende
ley ni ciencia, sólo atento
á su voluntad, de modo
que es su mejor paradero
escándalo, y las más veces

es ruina sin escarmiento.
D. BLAS.—¿Hombre y tengo yo en casa
un animal tan horrendo?
CORNELIO.—Sí, señor.
D. BLAS. No puede ser,
ó allí no hará esos efectos,
que el tío don Simeón
sabrá tirarle del freno.
CORNELIO.—¿Don Simeón? ¡No hay allí otro
que procure más el cebo
de la mala bestia!
D. BLAS. ¿Cómo?
CORNELIO.—En lugar de reprenderlo,
á todos los mete en danza
por hacer su contratiempo.
D. BLAS.—¿Mi tío? No puede ser:
vos sois un gran embustero.
CORNELIO.—¿Yo mentir? ¿Sabeis, don Blas,
que soy por el lado izquierdo
montañés, y vizcaíno
por el costado derecho,
asturiano por detrás,
y por delante gallego?
¡Por vida de don Pelayo
y el rey Alfonso el onceno,
que si no quereis, á rastra
os he de llevar á verlo;
D. BLAS.—Yo de buena gana iría;
pero si ven que yo entro,
harán la gata ensogada
todos.
CORNELIO. Yo buscaré medio
de haceros ver mi verdad;
pero, decid, ¿por qué huyendo
os salis de vuestra casa?
D. BLAS.—Porque después que me han puesto
á porrazos esta tarde
la cabeza como un templo
para armar el tabladillo,
y me han sacado doscientos
reales para merendar,
todos de común acuerdo
me querían hacer coser
y ayudar al carpintero.
CORNELIO.—Señor don Blas, eso ha sido
solo buscar un pretexto
para que os quitéis de encima.
D. BLAS.—Puede ser, mas no lo creo.
CORNELIO.—Pues id á dar una vuelta
por ahí, y de aquí á un momento
volved, que yo me pondré
á la puerta, y sin el riesgo
de que os vean, entraréis,
y oculto, como yo pienso,
veréis lo que anda, y si yo
digo la verdad ó miento.
D. BLAS.—Pues bien, en eso quedamos;
pero aguarda, ¿quién son éstos?
CORNELIO.—El escolar y el soldado.
D. BLAS.—¡Valiente par de sujetos!
CORNELIO.—Si usted cree que son cobardes,
descúidese usted con elllos:
yo me entro antes que me vean:
señor don Blas, hasta luego. *(Vase.)*

Salen DON CLEOFÁS *y* DON JACINTO, *y delante* PEDRO *de lacayo, con hacha, y al entrar por la puerta, dice:*

D. CLEOFÁS.—¿A qué hora parece á usted
que mande volver á Pedro?
D. JACINTO.—Entre once y doce.
D. CLEOFÁS. Ya lo oyes:
y tráeme si llueve recio
los guantes, y el quitasol.
D. JACINTO.—Vamos.
D. CLEOFÁS. Vaya usted primero.
D. JACINTO.—Vaya.
D. CLEOFÁS. Vaya.
D. JACINTO. Entrad.
D. CLEOFÁS. Entrad.
(Se entran juntos.)
D. BLAS.—¡Excusados cumplimientos
entre dos, que si no son
parientes, son compañeros!
PEDRO.—¿Sabe usted qué hora es? *(A D. Blas.)*
D. BLAS. No, amigo.
PEDRO.—¿No tiene reloj?
D. BLAS. Le tengo;
pero se queda en mi casa
el reloj muy descompuesto,
aunque yo le arreglaré
de modo... ¡Ya lo veremos! *(Vase.)*

Se descubre la sala de la casa de DON BLAS, *y al frente estarán los criados en escaleras, como colgando el teatro que se figurará, y* DON AQUILINO *acogollando una cortina: á un lado habrá una mesita, con luz, y sentados jnnto á ella* DON LINDO, *de abate,* DOÑA PAULA *y* MANUELA *cosiendo, al otro lado una mesa con luz, y á ella* DOÑA MARIQUITA, *y otras con* DON DIEGO, *con el violín, y el guitarrista pasando música á cuatro, y* DON SIMEÓN *dando rosquillas á la chica.*

A coro con orquesta.
Vengan los galanes
á elegir damas, etc.

D.ª MARIQUITA.—Ese cuatro ya se sabe
bastante bien, descansemos.
D. AQUILINO.—Esa cortina más alta,
cuanto tropiece en el suelo:
¡bien está así! Este abanico
prendido de los extremos
se ha de colocar arriba:
¿esa cortina de enmedio
cuándo acaba de coserse?
(*A doña Paula.*)
D. LINDO.—Poco á poco se va lejos.
D.ª PAULA.—¡Es corto sastre el abate!
D. LINDO.—Según la obra que tenga
entre manos, señorita.
D. DIEGO.—¿Y las seguidillas?
D.ª MARIQUITA. Luego
las pasaré, si viene alguien
para ver si hacen efecto:
por ahora, váyanse ustedes
á lo que hay que hacer adentro.
GERTRUDIS.—¿Y dígame usted, señora,
se ha de prevenir refresco?
D.ª MARIQUITA.—Una vez que hay cena, sólo
al que lo pida traedlo.
D. SIMEÓN.—Ea, bastan, no te hagan mal.
(*A la niña.*)
D.ª MARIQUITA.—"¿Tío, le dijo usted aquello
"á la chica?" (*Aparte á don Simeón.*)
D. SIMEÓN. No, sobrina;
pero la voy disponiendo
á que haga lo que le mande.
NIÑA.—Madrecita, caramelos.
D.ª MARIQUITA.—Toma; ¡pero como digas
á nadie, malo ni bueno,
lo que pasa aquí, la boca
te he de llenar de pimiento!
NIÑA.—Yo, á padrecito no más.
D.ª MARIQUITA.—Ni á tu padre.
NIÑA. Ya lo entiendo;
pero deme usted otros pocos
para dar á mi cortejo
cuando venga.
D.ª PAULA. Quite de ahí
¡tamañita como un huevo,
y ya piensa en boberías!
NIÑA.—Yo hago la labor que aprendo
en casa y en la maestra.
D.ª MARIQUITA.—Toma para que des luego
á tu Joaquinito. Calla. (*A doña Paula.*)
mujer, que yo me divierto
en oir sus conversaciones,
y de ese modo están quietos:
ahora en esto no hay malicia.
D. SIMEÓN.—¡Quién se volviera como ellos,
y lo pasado pasado!
NIÑA.—¿Tía, riñe?
D. SIMEÓN. No tengas miedo.
¡Haz lo que manda tu madre,
verás como te queremos!
Salen D. CLEOFÁS *y* D. JACINTO.
D. CLEOFÁS.—¡Qué bien parece en las damas
la aplicación!
D.ª MARIQUITA. Caballeros,
sean ustedes bien venidos.
AQUILINO.—Amigos, os agradezco
la puntualidad con que
venís á ayudarme.
D.ª MARIQUITA. Eso
hay menos que agradecerles,
y habrá más que agradeceros.
D. Jacinto tirando el sombrero, y quitándose la espada.)
¿Qué hay que hacer? Que á eso venimos.
D. CLEOFÁS.—Ropa fuera y trabajemos.
(*Se quita el manteo.*)
D.ª PAULA.—Vengan ustedes acá
acabará de boleo
esta costura; y usted,
capitán, irá siguiendo
este dobladillo.
LOS DOS. ¿Yo,
señora?
D.ª PAULA. Ustedes, y presto,
que quien no trabaja, mal
puede pretender el premio.
D. CLEOPÁS.—¿Hay más que coser?
D. JACINTO. Cosamos.
D. LINDO.—Cosed, que todos cosemos...
D. SIMEÓN.—¿Subo ya por las vecinas?
D.ª MARIQUITA.—Aún es temprano para eso.
D. SIMEÓN.—¡Es que como la Lamberta
falta, yo no me divierto!
D.ª MARIQUITA.—Ya está ahí Elena y los chicos.
Salen LOPITO, *de capa y sombrero, con el* NIÑO *en brazos y linterna, y detrás* D.ª ELENA *y* D.ª PEPITA, *de mantilla y batas recogidas.*
LOPITO.—¡El demonio del muñeco,
si podía venir andando!
D.ª MARIQUITA.—¡Qué tarde, Elena!
D.ª ELENA. ¡Tenemos
en casa tanto qué hacer,
que te aseguro que tengo
gana de que esto se acabe!

SIMEÓN.—"¡Como yo de caerme muerto!" (*Aparte.*)
D.ª PEPITA.—¿Pues qué, sabe usted coser? (*A* D. LINDO.)
LINDO.—Señora, hago lo que puedo.
D.ª PEPITA.—Pues nadie puede pediros
más.
NIÑO. A tus pies, embeleso (*A la* NIÑA.)
mío: ¿estás buena?
NIÑA. Así, así.
Me alegro de verte bueno.
D.ª ELENA.—¡Hola, Pepa! ¡Joaquinillo! (*A* D.ª PEPITA *y al* NIÑO.)
¿Habrá tal atrevimiento?
¿Habéis saludado á todos?
D.ª MARIQUITA.—¡Eso se da por supuesto!
¡No seas ridícula, Elena!
D.ª ELENA.—¡Es que yo les enseño
esa crianza, ni soy
como otras madres del tiempo,
que los crían como brutos,
y los dejan andar sueltos
á su libertad! No, amiga,
usen con todos aquellos
políticos, regulares
y públicos cumplimientos,
y luego hablen con quien quieran,
lo que quieran en secreto,
que bien saben que les doy
todos cuantos gustos puedo.
(*Las criadas se quitan las mantillas.*)
NIÑO.—Estoy á los pies de ustedes,
en general.
D.ª PEPITA. Y yo beso
las manos á la tertulia.
D.ª MARIQUITA.—Muchacho, toma el sombrero (*Al paje.*)
y la capa de este niño;
y ya basta, caballeros,
de afanes por esta noche,
mañana lo concluiremos.
D, AQUILINO.—¿No hemos de ensayar?
D.ª MARIQUITA. Conforme:
siéntese usté aquí, y hablemos.
D.ª PAULA.—Pues soltura de valor,
y al estrado.
D. CLEOFÁS. Me convengo.
NIÑA.—Muchachas. las sillas chicas. (*Se las traen.*)
D.ª MARIQUITA.—Mejor es que os vayáis á den- [tro
á jugar con las criadas.
NIÑA.—No, madre: aquí jugaremos,
como ustedes, sentaditos.
D.ª MARIQUITA.—¡Es mujer de mucho asiento,
ya mi hija!
D.ª ELENA. ¡Pues Joaquín!
¡Mi Joaquín es mucho cuento!
D. SIMEÓN.—Hija, voy por las vecinas.
D.ª MARIQUITA,—Aún es temprano.
D. SIMEÓN. A lo menos
subiré por la Lamberta,
para que con instrumentos
repase sus tonadillas.
D.ª MARIQUITA.—¡Ah, tío, cómo os entiendo!
D. SIMEÓN.—¡Pues no os alabéis, que todos
juzgo que nos entendemos!
D.ª MARIQUITA.—Pues luego subirá usted
NIÑA.—Ahora todos hablan recio:
háblame tú así.
NIÑO. Es verdad,
después hablaremos quedo.
D.ª MARIQUITA.—¿Abate? Mirad que Pepa
está sola.
D.ª ELENA. ¿Y qué tenemos?
También lo estoy yo. ¡Que tenga
paciencia, pues yo la tengo!
D. JACINTO.—Si yo supiera, señora,
que gustais de rendimientos,
días ha que á vuestros ojos
fuera despojo mi afecto.
D.ª ELENA.—¡Jesús! ¡Yo soy la dichosa!
Aquí teneis un asiento.
¡Bien haya la tropa, amén,
que reparte sus obsequios
entre todas! ¡No esos monos,
petimetres, soflameros,
que en los estrados van como
entre peras escogiendo,
presunción y pocos años!
¡Repare usted que es discreto,
politico, generoso
y rendido, qué defecto
en una dama es que tenga
cuarenta años más ó menos!
D. JACINTO.—¡Ya se ve! ¡Son aprensiones!
¡Cada uno tiene su genio!
D. SIMEÓN.—¡No ve el diantre de la vieja!
Pero, Simeón, echemos
una china en el bolsillo.
Sale LAMBERTA.
LAMBERTA.—¿Se puede entrar con secreto
á saber quién está aquí
en un instante, y me vuelvo?

D.ª Mariquita.—¿Lamberta mía, pues cómo
bajas sola? ¿Qué hay de nuevo?
Lamberta.—Nada.
D.ª Mariquita. Por Dios me lo digas,
porque sin duda es misterio.
Lamberta.—Como quede entre nosotras...
D.ª Mariquita.—Eso yo te lo prometo.
Lamberta.—Pues no es más de que mi ama
como es tarde, y sólo el viejo
ha venido, se sospecha
lo que le está sucediendo,
y me ha mandado bajar
á ver con otro pretexto
quién está aquí, y con quién habla.
D. Simeón.—Ya los ves, no hay otro cero
que yo, porque tú faltabas:
en fin, ya pareció aquello.
Lamberta.—A esto solo es mi venida.
D.ª Paula.—¡Adiós! ¡Buena la tenemos,
prima! Yo soy de dictamen
que á todos los obliguemos
á que cumplan con quien deben.
Los cuatro.—Nosotros nada debemos
allá, y aquí estamos bien.
D.ª Elena.—Usted no haga ofrecimientos
tan generales, que alguno
no querrá dejar el puesto:
¿no digo bien?
D. Jacinto. Sí, señora.
"¡Aunque estoy aquí violento, (*Aparte.*)
"me da lástima quitar
"á la pobre este consuelo!"
Aquilino.—¿Y qué has de decirla?
Lamberta. Yo
soy poco amiga de cuentos:
diré...

Sale Lopito.

Lopito. Mi señora, doña
Marta, y el señor don Cleto.
D.ª Mariquita.—¿Por qué no entran al instante?
¿No saben que son muy dueños?

Sale Doña Marta *con* D. Cleto, *de capa, peluca, etcétera, delante trayendo de la mano á la referida;* D. Fadrique *y* D. Cornelio *alumbrando.*

D.ª Marta.—¿Cómo va, querida? Dios
(*Con gesto.*)
guarde á ustedes, caballeros.
Ellos todos.—Señora, á los pies de usted.
D.ª Mariquita.—¿Y tú?
D.ª Marta. Yo estoy que te beso
las manos, á ti y á todos,
con un dolor en el pecho,
un flato y una jaqueca,
¡que á no ser porque aborrezco
de hacer partidos, hoy
me hubiera sangrado!
D.ª Mariquita. Siento
tu desazón, hija mía.
D.ª Marta.—"¡Qué fingido sentimiento!"
(*Aparte.*)
Lamberta.—"¡Qué embustera que es mi ama!"
(*Aparte.*)
D. Simeón.—¡No son, no poco embusteros
tus ojos!
Lamberta. ¿Le han dicho á usté algo
que no haya sido cierto?
D. Fadrique.—Beso á usted los pies, señora.
D.ª Mariquita.—Yo á usted la mano, y cele-
[bro
la buena elección.
D. Fadrique. Madama,
lo que es acaso no es cierto.
D.ª Marta.—Señor don Fadrique, aquí hay
desocupado un asiento.
D.ª Paula.—También aquí.
D.ª Elena. Aquí también.
D. Fadrique.—Señoras, yo lo agradezco;
pero soy hombre que gusto
de ver á todos contentos:
aquí estoy bien, que no estorbo.
D.ª Mariquita.—¡Hombres como vos, yo creo
que en ninguna parte estorban!
Los hombres.—¡Lo que hace tener dinero!
(*Aparte.*)
D.ª Marta.—Aquí puede ser que sí,
porque tan llena estoy viendo
de monos la sala, que
las gentes ya no cabemos.
D.ª Paula.—Vaya usted con doña Marta,
(*A D. Cleofás.*)
que está rabiando de celos.
D. Cleofás.—¡Que tenga paciencia!
D.ª Mariquita. Idos:
(*A D. Aquilino.*)
¿no veis que os están riñendo?
D. Aquilino.—¡Si he de ver un ceño siempre,
más quiero ver vuestro ceño!
D. Simeón.—¡Qué bien que se escopetean!
¿Y aquí cómo estamos?
Lamberta. ¡Buenos!
Cornelio.—¿Lamberta, subes?
D. Simeón. No sube
hasta después que ensayemos.
Cobnelio.—Ya esto está como ha de estar:

voy á ver si está en acecho
don Blas, á abrirle la puerta:
después me dirá si miento. (*Vase.*)

Sale D. DIEGO

D. DIEGO.—Ya dicen que estamos todos:
¿ensayamos ó qué hacemos?
D.ª MARTA.—Yo no estoy para ensayar.
D. SIMEÓN.—Mejor es que haya bureo
esta noche, y que se baile,
y haya palillo.
D.ª MARIQUITA. Convengo;
pero mis seguidillicas
se han de probar á lo menos,
que después no quiero errarlas.
TODOS.—¡Viva!
D. DIEGO. Pues vamos con ello.
D.ª MARIQUITA.—Hablen ustedes si quieren,
que á mí con los instrumentos
que me atiendan es bastante.
TODOS.—Todos estamos suspensos.
D. CLETO.—¡Qué tierno está el Aquilino!
(*A doña Marta.*)
D.ª MARTA.—¡Es un grande zalamero!
Dias ha que me enfada mucho.
"¡Tú me las pagarás, perro!"
(*Aparte jurándoselas.*)
D.ª MARIQUITA.—Pues si ha de ser, allá voy.
D. AQUILINO.—¡Silencio todos!
(*Afectuosamente.*)
D.ª MARTA. Hablemos (*Con rabia.*)
por lo mismo.
D. CLETO. No es razón;
luego después hablaremos.
(*Canta seguidillas la dicha.*)

Se asoma el bastidor que figura la puerta CORNELIO, *y* DON BLAS *con la cabeza pelada, se asoma por el aleta: durante toda esta escena, hasta que salen, hablan ambos desde su escondite.*

CORNELIO.—Para verlo todo no hay
(*A don Blas.*)
mejor forma de esconderos.
D. BLAS.—¡Bien lo han pensado! ¡Jesús,
y qué estrado tan completo!
¿Oyes, quién es el que está
con mi mujer?
CORNELIO. Un mozuelo,
mucha planta y pocos cuartos.
D. BLAS.—¡Es bello gusto por cierto!
CORNELIO.—¡Mire usted el tío, si cuida
de la casa!
D. BLAS. ¡Ya lo veo!
D. SIMEÓN.—Si usted guisa, como canta,
¡qué guisaditos tan bellos
hará usted!
LAMBERTA. A mi ama sirvo,
y me tiene con respeto
por doncella. ¡Hola!
D. SIMEÓN. Yo no
discurro que á usted la ofendo
en creerla de buen gusto.
LAMBERTA.—Pues crea usted que lo tengo.
D. SIMEON.—No lo dudo.
"Esto es por mí." (*Aparte.*)
D. BLAS.—¡Mi tío es un Cancerbero!
D. FADRIQUE.—¿Por qué no jugais, chiquillos?
NIÑO.—Ya jugamos.
D. FADRIQUE. Yo no os veo
sino cuchichear.
NIÑA. Es que
jugamos á los cortejos.
D. FADRIQUE.—¿Y decidme, vidas mías,
quién os enseñó ese juego?
NIÑA.—¡Qué preguntón es el hombre!
Esto se aprende de verlo,
como el jugar á la mata.
D. FADRIQUE.—¡Lo que puede el mal ejemplo!
D. BLAS.—¡Qué adelantada está mi hija,
válgame San Nicodemus!
D. FADRIQUE.—¿Mi alma, y vas á la escuela?
(*Al Niño.*)
D.ª ELENA.—Iba; pero como el tiempo
es tan caliente en verano
y tan frío en el invierno,
le he quitado hasta que tenga
catorce años por lo menos.
D. FADRIQUE.—¿Pero sabrá la doctrina
cristiana?
D.ª ELENA. No sé; yo creo
que sí. ¿La sabes?
NIÑO. Ya sé
la mitad del Padre nuestro.
D. FADRIQUE.—¡Válgame Dios qué crianza!
(*Se retira.*)
NIÑO.—¿No tienes más caramelos? (*A la Niña.*)
NIÑA.—Otro hay: y si quieres más
mi madre tiene un pañuelo,
que la trajo aquel señor
que tiene tan guapo el pelo.
D.ª MARTA.—Vecina, con tu licencia
préstame ese caballero
por un momento no más,
que al instante te le vuelvo.
D. BLAS.—¡Hola! ¿qué, también se prestan
estos muebles? ¡Yo estoy lelo,

Cornelio!
CORNELIO. Pues calle usted,
que aún ha de haber algo bueno.
D.ª MARIQUITA.—¡Jesús, hija, y regalado,
si gustas de el, te lo cedo!
D. AQUILINO.—¿Yo, señora?
D.ª MARIQUITA. Vaya usted.
D. AQUILINO.—"Así á las dos obedezco."
(Aparte.)
(*Se va con doña Marta.*)
D. FADRIQUE.—Señora, porque este rato
no os falte en qué hacer empleo
de las iras ó favores,
sustituiré en el asiento
interinamente.
D.ª MARIQUITA. ¿Cómo
interinamente? Vuestro
es, si acaso no os disgusta
la propiedad.
D. FADRIQUE. Me convengo.
D. BLAS.—¡Hasta el Indiano, que sólo
hablaba de jubileos,
y en el mar de los cariños
siempre iba á viento sereno,
se alborotó, y se echa á pique!
¡Está divertido esto!
D. AQUILINO. ¿Pues, señora?
D.ª MARTA.—No haya más, y yo os prevengo,
que en vuestra vida me habléis
ni me veais.
D. AQUILINO. Si os ofendo
con el mirar y el decir,
fuerza será obedeceros,
que á bien que allí... ¡pero ya
también me han cogido el puesto!
D. BLAS.—Estas creo que dan antes
de que vaquen, los empleos.
D. FADRIQUE.—Aquí tiene usted su silla.
(*A D. Aquilino.*)
D.ª MARIQUITA.—Eso será, si yo quiero.
D. AQUILINO.—No, señora, está muy bien,
que yo divertirme pienso
con los chicos.
NIÑO. ¿Se le ofrece
á usted aquí algo, caballero?
D. AQUILINO.—Saber qué se hace.
NIÑO. ¿Y á usted,
qué le importa lo que hacemos?
D. AQUILINO.—¡Hola, el mono!
NIÑA. Dice bien,
que pequeños con pequeños,
y grandes con grandes. Ea,
no sea usted postema.
D. AQUILINO. Vengo
á ver si quieres, Maruja,
que un fandanguito bailemos.
NIÑA.—Vamos al instante.
NIÑO. ¿Digo?
¿y sabes tú si yo quiero?
NIÑA.—Supongo...
NIÑO. Supones mal.
D. AQUILINO.—¿Quieres quitarte, muñeco?
NIÑO.—¡Si voy por el espadín
allá fuera nos veremos
las caras! O ha de bailar
conmigo ó ha de haber cuento.
D.ª ELENA.—¡Mira qué guapo es mi chico!
¡Me le comiera ahora á besos!
D. AQUILINO.—¡Con efecto, eres gracioso!
D.ª MARIQUITA.—Callad, dejadlos á ellos
que bailen.
NIÑA. Mande usted, madre,
que saquen un instrumento.
Sale D. COSME.
D. COSME.—Aquí estoy ya con el arpa,
y si hoy no he llegado á tiempo,
mañana madrugaré.
D.ª PAULA.—¡Que has de ser tan majadero!
D. COSME.—¿Pues si no lo fuera, cómo
estaría tu pellejo?
¿Qué se ha de tocar?
NIÑOS. Fandango.
D. COSME.—Pues atiendan, que comienzo.
(*Le bailan los chicos.*)
TODOS.—¡Lindamente, lindamente,
han danzado y con extremo!
D. BLAS.—¡Esto no puede aguantarse
ya! ¡Si no salgo, reviento!
NIÑA.—¡Ay, señores, ay, que el paje
(*Señalando al grupo de pies que forman en el escondite los de Cornelio y D. Blas.*)
tiene cuatro pies, dos negros
y dos blancos!
NIÑO. ¡Es verdad!
D.ª MARIQUITA.—¿Muchacha qué estás diciendo?
CORNELIO.—Bien dice, y si ustedes quieren,
vengan ustedes á verlo.
Sale D. BLAS.
D. BLAS.—¡Bendito sea el que cría
tal parva de majaderos!
Mujer, que sea enhorabuena:
tío mío, agradeciendo:
obli-gato, madamitas,
madamitos, obli-perro.

TODOS.—¿Qué es esto?
D. BLAS. Chis: esto es
haber visto lo que es esto.
D.ª MARIQUITA.—Pues marido...
D. BLAS. Pues mujer...
una de dos, ó convento
ó deshacer el tablado,
y que vayan al infierno (*Con soflama.*)
á ensayar, estos señores,
el paso que han de hacer luego.
TODOS.—¿Por vosotros?
D. BLAS. Por ustedes.
D. COSME.—¿Y tú qué dices á esto,
mujer?
D.ª PAULA. Que te quiero mucho.
D. COSME.—Yo también á ti te quiero.
D. BLAS.—En qué quedamos?
D. FADRIQUE. En que
teneis razón; pero atento
á la estimación de todos,
todo quede aquí secreto,
y se cante una tonada
al instante, desmintiendo
las sospechas de quimera.
D. BLAS.—Como esto se acabe luego,
más que canten.
TODOS. Perdonad.
D. BLAS.—Yo no perdono: al discreto
auditorio es á quien toca
dar castigos y dar premios,
y, en fin, dar...
D. FADRIQUE. Pues si da tanto,
á sus plantas pediremos.
CON TODOS.—que nos dé un perdón en pago
de todos nuestros esmeros.

La cena á escote

PERSONAS

GORITO, oficial de espartero, novio de
MARIQUITA, hija de
EL TÍO ALEJO, maestro espartero.
VICENTE, espartero, y querido de Mariquita.
LORENZO, aprendiz.
BLAS, majo de buen humor.
ALFONSO, peluquero, acompañante de
MARIANA, petimetra.
MATEO, amigo de Gorito.
UN ABATE.
UN FONDISTA.
UN PAVERO.
UN ALCALDE.
MONIFACIO, ebanista, NORBERTO, PANTORRILLAS, majos.
ANTONIA, maja.
MANUELA, criada del abate.
HILARIONA, INÉS, JUANA y PETRA, majas.
TRES MÚSICOS.

Una calle, y al frente tienda de espartería.

De la parte de afuera estarán trabajando GORITO, VICENTE *y* LORENZO, *á la puerta la* MARIQUITA *haciendo cofia, y dentro, de espartero, el* TÍO ALEJO; *cantan* VICENTE, GORITO *y* LORENZO *algunas seguidillas, y luego sale el* PAVERO *con un pavo.*

PAVERO.—¿Quién me compra este pavazo
de arroba y media?
GORITO. ¿Pavero?
PAVERO.—¿Qué manda usted?
GORITO. ¿Cuánto vale?
PAVERO.—Tómele usted á peso
antes de pedir.
MARIQUITA. ¡Ay, ay! (*Tomándolo.*)
¡Como soy que no puedo
con él! ¡Qué bello animal!
GORITO.—¿Cuánto es lo último?
PAVERO. Dos pesos.
GORITO.—Tome usted.
ALEJO. ¿Qué haces, Gregorio?
GORITO.—Pagarle.
MARIQUITA. Ya no le quiero.
¡Pues bonita soy yo, sólo
de pensarlo me avergüenzo!
ALEJO.—Tómale, que yo le pago.
GORITO.—Me parece que este obsequio
no tenía inconveniente
en quien...
ALEJO. Después hablaremos.
VICENTE.—¡Parece que se ha picado!
(*A Mariquita.*)
el novio!
MARIQUITA.—Que beba fresco.
ALEJO.—Ahí van siete pesetillas,
y si usted tiene otros de esos,

y capones bien cebados,
tráigamelos, porque tengo
boda en casa.
PAVERO. ¿Para cuándo?
GORITO.—Para el día de año nuevo.
PAVERO.—Pues no ajuste su merced
con otro, que yo le ofrezco
de aquí á tres días traerle
en qué escoger.
ALEJO. Pues á vernos.
PAVERO.—Con su licencia de ustedes. *(Vase.)*
ALEJO.—Este nos le comeremos
mañana; dí á la muchaca
que le disponga, Lorenzo. *(Vase Lorenzo.)*
GORITO.—¡He quedado bien!
ALEJO. ¿Por qué?
VICENTE.—Porque se ha quedado hecho.
un mono.
ALEJO. La voluntad
basta para agradecerlo
la novia, ¿no es verdad, hija?
MARIQUITA.—Sí, señor; por mí lo mesmo,
y más que si lo comiera.
ALEJO —¡Y sobre que tengo empeño
que no has de gastar un cuarto
en la boda; ni tus deudos
la han de dar un alfiler
á mi hija! Yo no quiero,
como sabes, yerno rico,
sino que sepa mi yerno
que me lo debe á mí todo,
y que yo nada le debo.
GORITO.—¿Una friolera?
ALEJO. Nada:
punto en boca, y trabajemos
lo que falta de la tarde.

Sale LORENZO

LORENZO.—¡Mantener puede un convento
el pavo!
ALEJO. ¡Miren qué tacha!

Sale MATEO

MATEO.—Buenas tardes, caballeros.
¿Quieres oir una palabra, *(A Gorito.)*
con licencia del maestro,
Gorito?
GORITO. Sí.
MATEO. Escucha aparte.
ALEJO.—¡Cuenta con esos secretos,
muchachos!
MATEO. Ya me conoce
usted, conmigo no hay riesgo.
ALEJO.—¿Cómo no trabajas hoy?
MATEO.—Apenas las cuatro dieron,
cerró la maestra la tienda.
ALEJO.—Bien hizo, y no ha de ser menos
en noche buena la mía:
recoge al punto, Lorenzo.
GORITO.—¿Qué te se ofrece? *(A Mateo.)*
MATEO. Hazte un poco
más acá.
GORITO. Despacha presto.
MATEO.—¿Sabes el jollín que está
para esta noche dispuesto
entre los amigos?
GORITO. ¿Quiénes?
MATEO.—Alfonsillo el peluquero,
Monifacio el ebanista,
mi primo Blas y Roberto
el alquilador de mulas.
GORITO.—¡Buena gente!
MATEO. Y va el pollero
y los nietos de la tía
Lola con los instrumentos.
GORITO.—¡No habrá mala broma! ¿Y dónde
vais? ¡Mas no quiero saberlo,
no sea que me tiente el diablo!
Divertíos, y buen provecho.
MATEO.—Pero escucha lo mejor,
tonto; que tienen dispuesto
bailar hasta media noche;
y después, á prorateo
un banquete á modo de
colación, cena y almuerzo.
GORITO.—¡Ya les costará!
MATEO. A dos duros;
y en vino y velas de sebo
dos peludas, lo más más
sube á dos duros y medio,
GORITO.—¿Y muchachas?
MATEO. ¡A la ley!
ya sabes que son sujetos
todos de gusto.
GORITO. Ya sé.
pero, amigo, no me atrevo;
desde que pensé casarme
con la hija del maestro,
me he separado de todo.
¡Y si lo supieran! ¡Fuego!
Adiós, adiós.
MATEO. ¿Oyes? Mira:
si estás falto de dineros,
sabes que tienes amigos,
y no lo dejes por eso.
GORITO.—No es ese el caso, y jamás

me he visto tan opulento.
MATEO.—Pues préstame un doblón:
GORITO. Toma.
VICENTE.—¡En lo que paró el secreto!
(A Mariquita.)
En un petardo.
MARIQUITA. ¡Toditica
me estoy aquí repudriendo!
GORITO.—¿Qué moza llevas? *(A Mateo.)*
MATEO. Hasta ahora
no sé.
GORITO. ¿Pues y la del cuello
torcido?
MATEO. ¡Si es el demonio!
Quiere que la de uno aquello
que necesita, y hacer
su voluntad por entero.
GORITO.—Lo mismo pretenden todas.
¿Y la rubia?
MATEO. Se fué á un pleito
á Cádiz.
GORITO. ¿Y la Piñitos?
MATEO.—¡Ahora sales con eso!
Tenía en Madrid cinco tíos
sastres que la recogieron.
¡Vaya, quien hace lo más,
hombre, debe hacer lo menos!
GORITO.—¿Cómo?
MATEO. Tú conoces todas
cuantas mozas tiene el pueblo
de forma, convida á dos,
y se formará un cuarteto
que asombre la comitiva.
GORITO.—Justamente ahora me acuerdo
de dos, que como ellas fueran,
quedaba aquel hemisferio
aplanado.
MATEO. Pues bien, vamos.
GORITO.—¡No seas el diablo, Mateo!
¡Si yo ya estoy recogido
á buen vivir!
MATEO. Por lo mesmo.
GORITO.—¡Tasadamente ha venido
una moza de Toledo!...
Anda fuera, tentación:
deja, que ya nos veremos
y me contarás lo que hubo.
MATEO.—¿Conque no vienes?
GORITO. No quiero
más bromas.
MATEO. Pues mira, Goro,
¡como hay san... que más lo siento
por ti que por mí!
GORITO. ¿Por qué?
MATEO.—¡Ya conoces á Norberto
y á Blas, y lo alabanciosos
que son!
GORITO. Ya, pero me acuerdo
cuando delante de mí
no chistaban.
MATEO. Por lo mesmo
quería yo que tú fueras;
y porque estaban diciendo
en casa de la Pepita
Angustias...
GORITO ¿Qué?
MATEO. Que tu suegro
te tenía antes con antes
atado como á los perros,
y que te casas porque
no hay ya moza de provecho
que te haga caso.
GORITO. ¿Eso dicen?
Disimula mientras puedo
escurrirme de la tienda:
¡verás qué chasco les pego!
MATEO.—¡Viva!
GORITO. Aguárdame á la puerta
de mi tío el espadero.
MATEO.—Bien está: manden ustedes.
(Se despiden.)
ALEJO.—Adiós, muchacho.
MATEO. Y me alegro
de la dicha de mi amigo,
y que quiera Dios, tío Alejo,
que en vida de usted se gocen
los años de mi deseo.
ALEJO.—Muchas gracias.
MATEO. Adiós, chico.
GORITO.—Yo te avisaré á su tiempo.
Venía por sí, y en nombre
de otros cuatro compañeros,
á ofrecerse para irnos
hasta la iglesia sirviendo
con la zambomba y los tiples,
si teníamos dispuesto
ir á la misa del gallo
con la novia.
ALEJO. Lo agradezco;
pero en mi casa se toman
esos asuntos más serios.
GORITO.—Ya yo se lo he dicho, y que
por lo propio no me quedo
yo á cenar.

MARIQUITA. ¿Y qué cuidado
se le dará al niño de eso?
GORITO.—No me mate usted, señora...
Aunque, vaya, si es empeño
de usted darme que sentir...
MARIQUITA.—¡Que si quieres!
ALEJO. Niña, adentro;
y tú en casa de tus tíos
á cenar, que yo no quiero
escrúpulos: días habrá
para hartaros de requiebros.
GORITO.—Voy por mi capa.
MATEO. Si vienes
hacia la plaza, podemos
ir juntos.
GORITO. ¿Mandan ustedes? *(Despidiéndose.)*
ALEJO.—Buenas tardes, caballeros.
GORITO.—Señorita, hasta mañana.
MARIQUITA.—Vaya usted con Dios.
VICENTE.—"¡Ah perro! ¡ah perro!
"no te la llevas por guapo."
ALEJO.—Entrate y cierra, Lorenzo. *(Se entran.)*
MATEO.—¡La mamaron!
GORITO. Mira, hombre,
casi, casi había ya hecho
voto de vivir con juicio,
y en paz; pero te confieso
que me han picado esos monos
de...
MATEO.—Vamos.
GORITO. ¡Ya quisieran ellos
valer tanto como yo!
Si se han de caer allí muertos
de vergüenza... ven.
MATEO. ¡Verás
qué bella noche tenemos! *(Vanse.)*

Sala con cornucopias sin encender, PANTORRILLAS *de majo y* JUANA *sacan sillas, y otros mozos, bancos, etc.; y luego sale* MANUELA, *criada del Abate, con un mazo de velas.*

PANTORRILLAS.—¿Sí habrá bastantes silletas?
JUANA.—Si faltan, a bien que adentro
hay bancos.
PANTOR. Lléguense ustedes
(A los mozos.)
adonde saben, corriendo
por el vino; que uno traiga
la pipa, y otro el pellejo.
(Vanse los mozos.)
MANUELA.—¿Falta, algo vecino? Aquí
están las velas de sebo
para la sala, ¡y qué ricas!
PANTOR.—Vengan, las iré poniendo.
MANUELA.—¿Quiere usted vasos, salvillas,
platillos?...
JUANA. No; que todo eso
viene de la fonda.
PANTOR. Amiga,
¿sabe usted lo que yo temo?
si despiertan á su amo
de usted con el taconeo.
y se enfada.
MANUELA. No, señor;
que es muy pesado de sueño.
JUANA.—Esta noche vendrá tarde.
MANUELA.—Antes de las nueve, apuesto
que está en la cama esta noche:
¡no hay abate de más seso
y de más juicio en Madrid!
PANTOR.—¿Y usted subira?
MANUELA. Al momento
que se acueste, yo me pongo
el equipaje completo
de la cabeza á los pies,
subo, y al que me haga un gesto
de envite, le echo un tres más,
quiso, y queda patitieso.
PANTOR.—¡Viva! ¿Oye usted, vecina,
comen los abates queso?
MANUELA.—Mucho. ¿Quiere usted que suba
uno que hay como un arnero
de estrangis?
PANTOR. Aunque sean dos.
JUANA.—¿Y si luego le echa de menos?
MANUELA.—Diré que se le han comido
los ratones: cuanto tengo
en la dispensa si sirve,
no hay más que bajar por ello. *(Vase.)*
PANTOR.—Eso queda de mi cuenta.
Sale FONDISTA.
FONDISTA.—Dios guarde á usted, caballero;
¿dónde se ponen las mesas?
PANTOR.—Abreles por allá dentro,
Juana.
FONDISTA.—¿Cuántas personas
serán ustedes?
PANTOR. Yo creo
que unos cuarenta. ¡Ay el vino!
(Salen los mozos con el vino.)
dejadle en el aposento
que está antes de la cocina;
después embotellaremos
el de Málaga, que el otro

irá á ojo de buen cubero.
(Vanse los mozos con Juana.)
FONDISTA.—No es menester ese vino,
que nosotros lo traemos.
PANTOR.—A diez reales la botella
de contrabando, y yo lleno
por treinta y seis cuartos otra,
que cabe cuartillo y medio.
FONDISTA.—Usted no lo entiende.
PANTOR. Bien,
cuénteselo usted á su abuelo.
¡Así entendiera yo de
pastelones, de muñuelos,
de jeringas, fricandones
y minchados, como entiendo
de vinos! ¡Qué poco había
de gastar en cocineros!
FONDISTA.—Usted es tonto.
PANTOR. Es verdad;
que no aprendí desde luego
un oficio en que engordar
de bolsillo y de pellejo.
Sale JUANA
JUANA.—Mosiú, venga usted á decir
dónde han de poner aquello.
FONDISTA.—E voy: ¡El diable del hombre
está económico! pero
más picarón estoy yo,
é yo sacaré mi cuento. *(Vase.)*
PANTOR.—Ya ha rato que ha anochecido,
mejor es ir encendiendo.
Sale NORBERTO *con la* PETRA, *de majos.*
NORBERTO.—Adiós, tío Pantorrillas.
PANTOR.—Muy buenas noches, Norberto.
PETRA.—¿Lo ves?
NORBERTO. ¿Qué?
PETRA. Que en todas partes
hemos de ser los primeros.
NORBERTO.—Así no te aguardarán,
y elegirás el asiento
que te se antoje.
PETRA. ¡Y en tanto
estar como un estafermo
sola una mujer!
NORBERTO. ¿Qué has dicho?
PETRA.—¡Qué sé yo! Ya no me acuerdo.
NORBERTO.—¿Sabes que hoy es Nochebuena?
PETRA.—Mucho.
NORBERTO. Pues muda de gesto
y tono, porque si no
muy mala te la prometo.
PETRA.—¡Arroz!
NORBERTO. Si yo te lo guiso,
no te hará mucho provecho.
PETRA.—Ea, ya estás como sueles.
NORBERTO.—¡Poco á poco! ¿Cómo suelo
estar yo?
PETRA. Como un vinagre.
NORBERTO.—Pues mudanza, que en el pueblo
no hay género más de sobra
que hombres como caramelos.
Sale MONIFACIO *con* ANTONIA, *en igual traje de majos.*
MONIFACIO.—Aquí á nadie se saluda,
(A Antonia.)
ni se anda en cumplimientos;
se calla, se oye y se ve;
buenas noches, caballero.
PANTOR.—Bien venido, Monifacio,
y la compañía.
ANTONIA.—¿Me siento?
MONIFACIO.—Sí; ahí en la punta.
ANTONIA. ¿Qué punta?
MONIFACIO.—Aquí, en el lado izquierdo.
PETRA.—Oye, ¿quién es ésa? *(A Norberto.)*
NORBERTO. Calla.
ANTONIA.—¿Quién es aquella? *(A Monifacio.)*
MONIFACIO. No empecemos
con preguntas; ya te he dicho
que aquí se viene á estar serios.
PETRA.—Digo.
NORBERTO. Vaya.
PETRA. El hombre debe
de estar sin flux de cortejo,
y al salir de la maestra
pilló aquella niña al vuelo
para figurar.
NORBERTO. ¡Demonio!
¿callarás?
PETRA. Veré si puedo.
NORBERTO.—Si no pudieres, avisa,
que yo te daré un remedio.
ANTONIA.—¡Parece un poco de mi alma
(A Monifacio.)
la señora! ¡Pues no andemos
en fiestas, que yo, aunque chica,
ni me agacho ni me tuerzo!
MONIFACIO.—Mientras que nadie se meta
con nosotros, siempre quietos.
Sale ALFONSO *de frac y bastón con* MARIANA *peinada.*
ALFONSO.—Estoy á los pies de ustedes,
madamas.
MARIANA. Señoras, beso

á ustedes las manos.

PANTOR. ¡Viva!

NORBERTO.—¡Hola, que esto va subiendo
de punto!

PETRA. ¿Me das licencia,
y verás en qué momento
que baja rodando el punto
de aquel peinado hasta el suelo?

NORBERTO.—No.

MARIANA. ¡Qué indecentes están
esas mujeres!

ALFONSO. Con eso
verás lo que vale ser
amiga de un peluquero.

MARIANA.—¿Se me ha descompuesto algo
con el aire?

ALFONSO. Está perfecto:
supogo que con ninguna
de las madamas que peino,
aunque me lo pagan mucho
y me regalan, me esmero
como contigo... perdona,
que hay un alfiler mal puesto.
(Se lo pon y de ello se ríen todos.)
¿De qué se ríen ustedes?

MARIANA.—¡Qué bufonada!

PETRA. ¡Qué pelo
tan rubio y tan abundante!

ANTONIA.—Eso sí: ¡así fuera nuestro!

MARIANA.—¿Pues de quién es?
(Puesta en jarras.)

PETRA. Muy de usted,
señora, y yo así lo creo;
pues al fin le habrá costado
su regalado dinero.

MARIANA.—¡O no!

ALFONSO. ¡Si todo es envidia!
¡Que se mueran y callemos!

Sale BLAS.

BLAS.—¡Hola! Lo que ha madrugado
la familia; yo celebro
que ustedes tengan salud.

PANTOR.—¿Blasillo, pues cómo es esto?
¿No traes pareja?

BLAS. Aquí está.

PANTOR.—¿Adónde?

BLAS. En mi pensamiento.

MONIFACIO.—Aquí nadie ha de haber solo.

BLAS.—Siempre he sido yo sujeto
que vale por dos, y en fin,
si tocamos á tres pesos
de escote, en dando yo seis
que lamos todos parejos.

PANTOR.—¿Y con quién has de bailar
y has de hablar?

BLAS. Con todas.

TODOS. Eso
no será. *(Levantándose.)*

BLAS. Pues con ninguna.
Yo he de pagar dos asientos.
(Los coge y se sienta.)
Vengan, cada uno se huelgue
como quisiere, y callemos.

PANTOR.—¿Qué manía es ésta, Blas?

BLAS.—Déjame, que yo me entiendo.

Sale MATEO *con la* INÉS *de maja.*

MATEO.—Entre usted sin embarazo,
señora, porque aquí semos
todos unos. Buenas noches.

INÉS.—Adiós, señores. ¡Qué fresco
está este baile! Oye usted,
casi, casi ya me siento
baldada sólo de entrar.

MATEO.—No se asuste usted, que presto
sudará.

INÉS. Me alegraré.

MATEO.—¿Dónde están los instrumentos,
Pantorrillas? Di que salgan,
que venimos con empeño
de bailar.

MONIFACIO. A la pareja
se le está bailando el gesto
sin son.

ANTONIA. Pues vé á sacarla
(Apartándose de él enojada.)
¡El demonio del requiebro!

BLAS.—Si usted riñe con su hombre,
(A Antonia llegándose á ella.)
madama, allí hay otro asiento
y otro hombre desocupado.

MONIFACIO.—¿Oyes, qué la estás diciendo?

BLAS.—Que no se meta con ésa,
porque tiene muy mal genio.
(Vuelve á su silla.)

PETRA.—Oyes, ¿aquella señora, *(A Norberto.)*
es hija de algun platero?

NORBERTO.—No.

PETRA. Pues será que han bajado
la plata y oro de precio:
¡vaya que trae la mujer
como una píldora el cuerpo!

Sale PANTORRILLAS *con tres músicos.*

PANTOR.—Aquí están los tocadores,
¿á qué lado los pondremos?

NORBERTO.—Donde no estorben.
MÚSICO. Cuidado,
que no es cuadrilla de ciegos.
NORBERTO.—Templad, que eso es excusado;
aquí ya nos conocemos.
GORITO.—¿Tío Pantorrillas? (*Desde dentro.*)
PANTOR. ¡Quién llama?
GORITO.—Saque usted aunque sea un dedo
encendido, con mil diantres.
MONIFACIO.—¿Es Gorito el espartero?
MATEO.—El mismo.
PETRA. Traerá la novia.
MATEO.—Puede ser; ya lo veremos.
Sale GORITO *con* HILARIONA *de majos.*
GORITO.—La salud y la concordia
presiden en el congreso
de la gente honrada. Amén.
HILARIONA.—¡Dios guarde todo lo bueno!
NORBERTO.—¡Me ha gustado la entradilla!
GORITO.—Elige á tu gusto asiento,
que este es sarao redondo
y nadie preside.
NORBERTO. ¡Bueno!
HILARIONA.—¡Qué seria que está la gente!
(*Sentándose.*)
GORITO.—En unos es el respeto
que á mí me tienen; y en otros
es el deslumbramiento
que les causó de repente
la luz de ese firmamento.
NORBERTO.—Monifacio, una palabra,
ven á este lado y haremos
corro. (*Se van aparte.*)
Sale MANUELA *muy guapa*
MANUELA. ¿Se ha empezado el baile?
NORBERTO.—Vecina, aún viene usted á tiempo.
BLAS.—¿Trae usted pareja?
MANUELA. No.
BLAS.—Yo tampoco: aquí hay asiento.
MANUELA.—Viva usted más de mil años.
BLAS.—En mi vida de usted, mi dueño.
MANUELA.—"¡Y es buen mozo! Voy á ver
(*Aparte.*)
"si puedo echarle el anzuelo."
NORBERTO.—¿No ves qué real moza trae
el diantre del chuchumeco
del esparterillo?
MONIFACIO. ¿Oyes, sabes
quién es?
NORBERTO. No, por cierto.
MONIFACIO.—Una muchacha que llaman
la Hilariona de Toledo,
con un caudal y una hacienda
de lo mejor.
NORBERTO. ¿Y tendremos
paciencia, estando aquí dos
hombres como dos camellos,
de consentir que un ratón
se quiera llevar tal premio?
MONIFACIO.—Dices bien.
NORBERTO. Démosle un chasco.
MONIFACIO.—¿Cómo?
NORBERTO. Lo discurriremos.
PETRA.—¿Qué conversación es ésa?
(*A Norberto.*)
NORBERTO.—No te importa á ti.
PETRA. ¡Me alegro!
¡Si tú no me la pagares,
pierda yo el nombre que tengo!
ANTONIA.—¿Chico? (*A Monifacio.*)
MONIFACIO. Jamás me platiques
cuando yo hablo con Norberto.
GORITO.—¿Se empieza usted á divertir,
regalo mío?
HILARIONA. Agradezco
la ternura.
GORITO. Si es así,
sin duda compadraremos,
que los pollos bien cebados
y chicos, siempre son buenos.
HILARIONA.—Para que esté divertida
yo, váyame usted diciendo
quiénes son estas señoras
al oído.
GORITO. No alcanzo; pero
me pondré en pie, estese usted
sentada, y oiga en secreto.
MONIFACIO.—"¿Qué tal? ¿Es buena humorada?"
(*Aparte á Norberto.*)
NORBERTO.—¡Es un grande pensamiento!
Joróbale, mientras yo
voy con el soplo.
PETRA. Norberto,
¿qué inquietud es ésa?
NORBERTO. Nada.
PETRA.—¿Pues adónde vas?
NORBERTO. Ya vuelvo. (*Vase.*)
PETRA.—Anda con Dios, que quizás
no me hallarás en volviendo.
ANTONIA.—¿Qué tienes que mirar tanto
(*A Monifacio.*)
á aquel lado?
MONIFACIO. Lo que quiero,
y no te alteres por nada,

que veas que me chanceo.
PETRA.—Pues eso de estarme yo (*A Norberto.*)
aquí por demás, ¡torreznos! (*Se pasea.*)
HILARIONA.—¡Ya! ¿Conque aquellas señoras,
la una es mujer de un ciego,
la otra es hija de un sordo,
y la otra viuda de un tuerto?
GORITO.—Pues: y aquella tan brillante
es mujer de un figonero
de Puerto Rico.
HILARIONA. Muy bien.
¿Y quién son los caballeros?
PETRA.—Parece que ya halló usted (*A Blas.*)
compañía. ¡Yo me alegro!
BLAS.—¿Qué, se le fué á usted la suya?
¿Pantorrillas? Otro asiento,
y yo pago por tres.
MANUELA. ¡Hola!
Usted vuélvase á su asiento,
y déjenos en paz.
PETRA. ¿Yo
con usté acaso me meto?
Al señor, que me convida,
con ese recado.
MANUELA. Presto; (*A Blas.*)
ó la señora, ó yo.
BLAS. Entrambas,
y otra si viniere luego:
cuanto mayor la tertulia,
mejor nos divertiremos.
GORITO.—¡Alabo la confianza!
MONIFACIO.—¡Si me estás compadeciendo,
como soy! Goro, los hombres
han de medir los empeños
con su estatura y sus fuerzas.
Míralo claro yo llego,
sentado, donde no alcanzas
en pie tú.
GORITO. ¿Y qué importa eso?
Es mi corazón capaz
de alcanzar el quinto cielo. (*Enfadado.*)
HILARIONA.—¡Ah guapo! Echele usted de esas.
MONIFACIO.—Pocas voces, y no demos
qué decir: lo alto con bajo,
y lo grande y lo pequeño (*Con sorna.*)
no hacen buena comparanza;
conque en este presupuesto,
tú vas á ocupar mi silla,
y yo en la tuya me quedo.
ANTONIA.—¡No quedarás tal, por vida
de las barbas de mi abuelo!
Y no lo extraño de ti,
que al fin eres un ratero
endino; de quien lo extraño,
es de esa señora.
GORITO. Quedo
con la señora.
HILARIONA. Usted calle
Gorito, porque me muero
yo por ver estos juguetes,
y pasitos de muñecos.
¡No pierdo yo tarde, cuando
hay títeres en Toledo!
ANTONIA.—Ni yo en el día de Corpus
tampoco perdía el paseo
de los gigantones.
BLAS. Chito:
(*Poniéndose en medio.*)
y en vista de autos sentencio,
que ambos se queden asperges.
Patrón, otros dos asientos,
y ya pago yo por cinco.
PANTOR.—Eso es lo que no consiento
yo en mi casa; cada una
con su amigo, y no empecemos
con camorras, que esto pare
en hambre, palos y cepo.
ALFONSO.—En empezando á bailar,
calmó todo.
PANTOR. Usted es discreto:
tocad, muchachos, y bailen
los camorristas primero,
para alegrar los humores.
ALFONSO.—Esto está muy mal dispuesto,
que habiendo aquí una señora
peinada, es justo empecemos
con un minué á la francesa
los dos.
MATEO. No hay tal, y yo apelo
que habiendo otra sin peinar
en la sala, con un trueno
de arroba y cuarenta varas
de cinta, empezar debemos
con fandango á la española;
tóquenle ustedes.
GORITO. No quiero,
porque han de ser seguidillas,
ó ha de alborotarse el pueblo.
NORBERTO.—¿Qué bulla es esta?
(*A Monifacio al oído.*)
Ya viene
ahí esa gente.
MONIFACIO. Me huelgo.

Bailan y sale el Tío Alejo *con su familia de la esparteria.*

Alejo.—¡Pícaro, ruin! ¿De ese modo (*A Gorito.*)
me pagas lo que había hecho
por ti?

Gorito. El maestro es: ¡por vida!

Alejo.—Primero le daré á un negro
mi hija.

Mariquita.—¡Ay, padre de mi alma!
¡Qué bribón! ya no le quiero.

Vicente.—"¿Y á mí?" (*Aparte.*)

Mariquita. "Sí; calla." (*Aparte.*)

Vicente. ¡Qué gusto!

Alejo.—Muchacho, ande, ve corriendo, (*A Lorenzo.*)
y dí que vengan sus tíos,
á ver cuando le repruebo,
que es con sobrada razón.

Hilariona.—¿Conque esto había encubierto?

Gorito.—Yo... ¡Si supiera el soplón (*Llorando.*)
que ha ido á usted con el cuento!...
¡un atajo de envidiosos!...

Hilariona.—¿Y qué hombre llora por eso?

Pantor.—¿Usted sabe lo que pierde? (*A Hilariona.*)
Su hija y cuatro mil pesos
de caudal.

Hilariona. ¡Bravo negocio!
Yo le pondré si requiero,
cuarenta ó cincuenta mil
al fondo perdido, y luego
le daré mi blanca mano,
si me gusta; ¡qué sabemos!

Gorito.—Mejor es ahora: rabiad,
envidiosos, embusteros.
Esta es la mía.

Alejo. Eso no;
que he de dar al barrio ejemplo
de quien soy. ¡Este aprendiz,
lo que tarda!

Vicente. Está lejos.

Sale Lorenzo *azorado.*

Lorenzo.—Señor, ahora vendrá el uno.

Alejo.—¿Y el otro?

Lorenno. Estaba durmiendo.

Alejo.—¿Por qué no le despertaste?

Lorenzo.—¡Qué! Si estaba como un cuero
el señor Juan; y aunque dimos
porrazos en un caldero
con un martillo, no pudo
dispertar.

Alejo. ¿Y el espadero?

Lorenzo.—Esa venía conmigo
á matarle, tan resuelto,
que traía espada y daga,
y un trabuco naranjero;
pero hallamos ahí un coche
con dos hachas, y advirtiendo
que venía sin calzones,
volvió á su casa por ellos.

Alejo.—No importa, cuando ellos vengan
quizá le encontrarán muerto
á mis manos.

Hilariona. Poco á poco,
que soy mucho parapeto
yo para que nadie avance
una plaza que defiendo.
Echa delante, y despacio,
que ya no eres espartero,
sino dueño mío.

Gorito. Agur: (*Muy estirado.*)
y vean si los pequeños
son capaces de aspirar
á los más altos empleos.
Adiós, piojosos. (*Vanse Gorito y su maja.*)

Todos. ¡Aguarda!

Pantor.—Hija, baje usted corriendo, (*A Manuela.*)
que su amo, el señor abate,
está como un león soberbio
gritando.

Manuela. ¡Pobre de mí!

Blas.—Niña, no tenga usted miedo;
dígale que está conmigo,
y quedará satisfecho.

Sale el Abate *á medio vestir, con capita, cerilla, bastón, etc.*

Abate.—¡Qué infamia! ¡Qué borrachera!
¡y qué falta de respeto
en una casa de forma
es esta! ¡Pero qué veo!
¡Pícara! ¿También tú aquí?

Manuela.—Sí, señor; porque requiero,
y porque me da la gana.

Abate.—Un duro doy, caballeros, (*Sacando un duro.*)
á cualquier pillo de ustedes
que haga venir un sargento
aquí con treinta soldados.

Blas.—Venga, que yo iré al momento. (*Tomando el dinero.*)
"Me he divertido, me escurro, (*Aparte.*)

"y he chupado este dinero."
PANTOR.—Señores, por Dios.

Sale el FONDISTA

FONDISTA. Señores,
si ustedes no vienen presto
á cenar, todo se pasa.
PANTOR.—Señor Abate... Tío Alejo...
ABATE.—La tropa vendrá.
ALEJO. ¡Justicia,
pícaros, y palo seco!
MANUELA.—Yo me desmayo.
MATEO. ¡Mi capa!
TODOS.—Vámonos de aquí.

Sale el ALCALDE *con dos alguaciles.*

ALCALDE. ¿Qué es esto?
¿Qué hay aquí?
ALEJO. Señor Alcalde,
muchas maulas.
ALCALDE. Ya lo veo.
ABATE.—Que es preciso castigar
con rigor.
ALCALDE.—¡Está usted bueno (*Riéndase de ver al Abate.*)
para aconsejar! ¿Qué heridos
hay aquí?
PANTOR. Nenguno.
ALCALDE. ¿Y muertos?
PANTOR.—Tampoco.
ALCALDE. ¿Conque lo que hay
en vino, abusos y excesos
de Noche-Buena?
TODOS. Señor... (*Asustados.*)
ALCALDE.—Si ustedes ven el sosiego
con que yo estoy, ¿para qué
quieren que nos enfademos?
Cada uno á su casa.
FONDISTA. Es que...
ALCALDE.—Es que esta noche yo tengo
también buen humor: cada uno
á su casa, y que sea presto.
FONDISTA.—¿Y una cena que ya está
prevenida, de cien pesos?
ALCALDE.—¿Quién la mandó hacer á usted?
FONDISTA.—Este hombre, que es el dueño
de la casa.
ALCALDE. Ese la pague.
PANTOR.—Si era á escote.
ALCALDE. Fuera Luego.
PANTOR.—Si era á escote.
ALCALDE. Diez soldados
siguen mi ronda á lo lejos:
¿Qué: quieren ustedes irse,
ó que se los lleven ellos?
ALEJO.—¿A un hombre de bien?
ALCALDE. No escucho,
ni distingo de sujetos;
ni castigo sin gran causa,
esta noche no consiento.
INÉS.—Chicas, á mi casa todas,
y allí nos divertiremos
después de cenar, cantando
tonadillas.
ABATE. ¡Yo te ofrezco, (*A Manuela.*)
perra!
MANUELA. No me toque usted:
mi salario es lo que quiero
luego que amanezca, é irme
por no servir, á un desierto. (*Vase.*)
VICENTE.—¿Me dará usted á su hija
por mujer, señor maestro?
ALEJO.—Si ella te quiere, al instante.
VICENTE Y MARIQUITA.—Sí, señor; sí que que-[remos.
PANTOR.—¡Señor, la cena!
ALCALDE. La cena
le servirá de escarmiento
á quien consiente en su casa
estas tertulias... callemos,
que es Noche-Buena. A la calle
todos con mucho sosiego,
como que aquí no hubo bulla.
NORBERTO.—Y la idea concluyendo...
TODOS.—Halle gracia en vuestros ojos
siquiera por ser del tiempo.

La maja majada

PERSONAS

COLASA, maja de rumbo.
PATRICIO, su cortejo.
BLAS, su marido.
MENEGILDO, cortejo de
BASTIANA, otra maja.
DOÑA PETRA, su hermana.
PEPA, vecina de Colasa.
D. SATURIO, vizcaíno.
D. MAURICIO, petimetre.
ALCALDE DE BARRIO.

La escena se supone en Madrid.

Casa pobre, donde se ve á COLASA *de maja, partiendo cascajo en una mesa, y encima una cesta de frutas, cajas de turrón, un almirez, etc., y canta.*

COLASA.—Quien no vive en la calle (*Música.*)
de la Paloma,
no sabe lo que es pena
ni lo que es gloria.
Toma piñones,
que me gusta la gracia
con que los comes.

BLAS. *Sale*

BLAS.—Muy buenas noches, mujer.
COLASA.—Marido, tales las tengas.
BLAS.—¿Es hora de que cenemos
ya?
COLASA ¿Hombre, tienes conciencia?
¿Conoces algún cristiano
que cene en la noche buena?
BLAS.—Todos.
COLASA Harán colación.
BLAS.—Lo mesmo es.
COLASA. ¿Y tú la hicieras
si ayunaras?
BLAS. ¿Que no ayuno?
Mejor que tú.
COLASA. Buena es ésa,
y almorzaste un cuarterón
de queso, y una libreta.
BLAS.—Eso fué por la mañana;
y lo que dicen las letras
del calendario, es vegilia
por la noche.
COLASA Pues haz cuenta
que ayunas, y acuéstate
sin cenar.
BLAS. ¡Qué brava cesta
de frutas! (*La toma.*)
COLASA. ¡Para ti estaba
aquí! Mira si la dejas,
ó te abro con el martillo
en la frente una tronera
por donde salgan á misa
del gallo las tres potencias.
BLAS —En no estando don Patricio
aquí, no hay diablos que puedan
aguantarte.
COLASA. Calla, Blas.
BLAS.—Digo bien. Sí.
COLOSA. ¿Cuánto apuestas
que te sacudo?
BLAS. Dalé:
¿No callo ya?
COLASA. ¡Blas!...
BLAS. ¡Paciencia!
COLASA.—Mientras yo parto el cascajo,
machaca tú esas especias.
(*Blas la obedece.*)
Toma castañas, (*Canta.*)
verás qué gusto tienen
á resaladas.

PEPA. *Sale.*

PEPA.—Vecinita, buenas noches.
COLASA.—¡Qué tarde que vienes, Pepa!
PEPA.—¡Qué quiés! Cada una en su casa
tiene tal noche como esta
que hacer su poco, ó su mucho.

Colasa.—¿A qué viene esa fachenda,
si eres como el caracol,
y sales á cenar fuera
de casa?
Blas. ¿Vienes acá?
Pepa.—Sí, señor.
Blas. Señal que hay cena.
Pepa.—¿Quieres que te ayude?
Colasa. Sí:
ve partiendo nueces, mientras
yo mondo.
Blas. Machaca tú,
yo mondaré.
Colasa. ¡Blas!...
Blas. ¡Paciencia!
Pepa.—¿Y Patricio?
Colosa. ¿Qué sé yo.
Si en dando las seis y media
no ha aparecido, á las siete
ya estoy yo de centinela
á la puerta de la calle,
y la pregunta primera
no se la haré yo.
Pepa. ¿Pues quién?
Colasa.—Esta manita derecha,
con un sopapo tan limpio,
que antes que llegue, las muelas
se le han de salir de miedo
con el aire que he de hacerlas.
Blas.—¡Así él te diera otro igual,
y con eso me comiera
yo solo todo el turrón!
Pepa.—No discurro yo que venga (*Con fisga.*)
tan pronto.
Colasa. ¿Por qué?
Pepa. Por nada.
Colasa.—Eso de por nada, deja:
vamos, gomita, que cuando
los mudos hablan, licencia
tienen de Dios, como dijo
el otro.
Pepa. ¿Mujer, que seas
asina? Si ha sido gana
de hablar.
Colasa. Pues ya que comienzas,
prosigue, y dímelo todo.
¡Maldita sea tu lengua!
Pepa.—La tuya: y mira cómo hablas,
Nicolasa.
Colasa. Más valiera,
que tú lo miraras antes.
Pepa.—¿Pues yo qué te he dicho?
Colasa. Pepa,
dime dónde está ese hombre.
Pepa.—¡Si no es más que una sospecha!
Colasa.—Pues cuéntamela.
Pepa. No quiero
que te dé la ventolera,
y que digan que yo he sido
ocasión de una pendencia.
Colasa.—¿Y qué te parece á ti,
que si callas no ha de haberla?
Pepa.—¿Con quién?
Colasa. Contigo: porque
si al instante no me cuentas
lo que sabes, me encaramo
encima de tu concencia,
y te hago de cada brinco
echar un pecado fuera.
Pepa.—¡Anda fuera, volatina!
Colasa.—¿Lo quieres ver?
Pepa. Ten prudencia,
y arrepara que no es justo
el que por nosotras pierda
la calle de la Paloma
la opinión de su grandeza,
y del juicio y la quietud
de cuantos viven en ella.
Blas.—Dice bien la Pepa: basta
que viva yo.
Colasa. Calla, bestia: (*A Blas.*)
tú dime de bien á bien (*A Pepa.*)
lo que hay.
Pepa. Una friolera.
Que esta mañana encontró
don Patricio, en las fruteras
de la plaza, á la Bastiana...
Colasa.—¿Y la habló? (*Viva.*)
Pepa. Anduvo con ella
un rato, y la regaló,
según dicen malas lenguas,
un pavo de peso gordo,
y dos cajas de jalea:
conque como no ha venido
todavía, y sé que hay fiesta
en casa de la otra, puede
que busque dos noches buenas.
Colasa.—No tendrán sino una y mala
entrambos, como yo pueda.
Blas, ponte presto la capa,
y ven conmigo. (*Coge la mantilla.*)
Blas. ¿Qué idea
te ha dado?
Colasa. Ponte la capa,

y no chistes, ni te metas
en más.

BLAS. ¿Pero á dónde vamos?

COLASA.—A los infiernos.

PEPA. ¡Que tengas
ese genio!

COLASA. No tengo otro, *(A Pepa.)*
Ten cuidado de la puerta,
y de esas cuatro ensaladas,
que presto daré la vuelta:
si viene gente, que espere.
Si por desgracia le encuentra
mi furor con la Bastiana,
y ella sale á la defensa,
del primero puntapié
la hago subir tantas leguas,
que cuando baje, ya estamos
á mediado de cuaresma. *(Vase.)*

PEPA.—¡Mujer, no seas tan loca!

BLAS.—¡El diablo que la detenga! *(Vase.)*

Mutación de sala, donde están bailando y cantando BASTIANA *de maja,* DOÑA PETRA *de escofieta,* DON MAURICIO, DON SATURIO, *etc., y luego sale* MENEGILDO, *oficial menestral, borracho.*

BASTIANA. Una maja idolatro, *(Canta.)*
porque las majas
corresponden con todas
sus circunstancias.
Y en las usías,
son las correspondencias
falsas ó tibias.
Bailar y cantar á un tiempo. *(Declamado.)*
no hay gargantas que lo puedan
aguantar.

MAURICIO. También se lucen
á un tiempo voces y piernas.

PETRA.—El bailar sin instrumentos,
parece bailar á secas.

SATURIO.—Diablos, cantoras mal bailas
guitarras cuando no suenas.

MAURICIO.—¿No te he dicho ya que calles,
primo, hasta que hables y entiendas
el castellano?

SATURIO. Castillas
tiene demonio en lenguas,
y ángeles en caras mozas,
que vuelven almas mantecas.

BASTIANA.—Parece que el vizcaíno
las muchachas de esta tierra
no le desagradan.

SATURIO. Diablos,
que tienes almas traviesas.

MAURICIO.—Pues ya te he dicho que no
tienes que llegar á ésta: *(Por Petra.)*
echa por otro camino,
é ingéniate como puedas.

SATURIO.—Para caminos, ingenios
sobran, si faltan pesetas.

PETRA.—¡Lo que tarda tu marido!

BASTIANA.—Quizá estará en la taberna
esta noche hasta las doce.

PETRA.—¡Y que tú se lo consientas,
hermana!

BASTIANA. ¡Qué tonta eres!
Es cucaña manifiesta
tener marido borracho,
pues aunque haga lo que quiera
una mujer, entre y salga,
no chista; y cuando se queja
no le cree ninguno, y todos
la compadecen á ella.

PETRA.—"Yo me avergüenzo."
(Aparte á los dos.)

MAURICIO. "Por cierto
que son ustedes diversas
en el modo de pensar,
de hablar, y aun en la apariencia,
pues usted es toda filis,
y su hermana ordinariezas."

Sale MENEGILDO.

MENEGILDO.—Por siempre sea alabada
(Turbado.)
la divina Providencia.

BASTIANA.—Eh, ya viene como suele.
¡Dios te la depare buena!

MAURICIO.—Muy buenas noches, señor
Hermenegildo.

MENEGILDO. La media
en punto. Chis... *(Estornuda.)*
Tibi Christi,
qui fecit Ingalaterram.

SATURIO.—¿Paisanos, no miras patas
(A Menegildo que le ha pisado)
dónde pones, que revientas?

MENEGILDO.—¿Qué hacen ustes á obscuras?
¡También es buena simpleza
habiendo luz! ¿Sebastiana,
y las despabiladeras?

BASTIANA.—A la vista están.

MENEGILDO. Chitito,
y poquitas desvergüenzas,
que en hablando yo formal,
no hay que volver á la cuenta.

BASTIANA.—Cuidado lo que haces.

MENEGILDO. Mientes.
(*Espabilando sin atinar.*)
Vaya otra, estate quieta:
¡hola, parece que quiere
burlarse de mí la vela!
Pues juguemos limpios: ¡Dale!
¿A mí te vienes con esas?
Toma.
(*Da un sopapo á la luz y la apaga.*)
BASTIANA. ¿Qué has hecho, borracho?
MENEGILDO.—Lo que cualquier hombre hiciera:
mirar por tu honra y la mía.
MAURICIO.—Aquí está: Voy á encenderla.
(*Coge la vela y vase.*)
MENEGILDO.—Parece que aún es de noche,
mujer.
BASTIANA.—¿Por qué no te acuestas?
MENEGILDO.—Luego: Aguárdate un pequito
á que repose la cena.
BASTIANA.—Siéntate.
MENEGILDO. Bien; pero calla,
que voy á rezar completas.
MAURICIO.—¿Estará usted divertida
(*Vuelve con la luz,*)
con este hombre?
PETRA. ¡No viviera
con él, aunque mil doblones
tuviese al año de renta!
BASTIANA.—Bues yo vivo, y muy gustosa...
pero han llamado á la puerta.
MENEGILDO.—Oyes, Bastiana, si vienen
á saber de la taberna
qué es lo que yo debo, diles
que apunten azumbre y media,
que una cosa es el dinero
y otra cosa es la concencia.
BASTIANA.—¿Quién es á estas horas?
Salen COLASA *y* BLAS.
COLASA Yo.
BASTIANA.—¿Qué buena venida es esta?
¿Colasa, tú por acá
á esta hora, en nochebuena?
COLASA.—No vengo á cenar; no tienes
que asustarte.
BASTIANA. Aunque vinieras,
creo que no faltaría.
COLASA.—Ya lo huelo: En casa llena
presto se guisa el potaje.
BASTIANA.—Siéntate.
COLASA. Vengo de priesa.
BASTIANA.—¿Y qué tienes que mandar?
COLASA.—¿Reñiremos?
BASTIANA. Como quieras.
COLASA.—Más vale que no.
BASTIANA. Más vale.
COLASA.—Pues si quieres que fenezca,
como dicen, la visita
en paz y concordia, suelta
al punto el pavo cebado,
y las cajas de jalea
que has estafado á Patricio.
BASTIANA.—¡Colasa, qué desatenta
y provocativa eres!
PETRA.—¡Se dará tal desvergüenza!
COLASA.—A usted no la dan golilla,
señora doña Escofieta,
para este entierro.
BLAS. ¡Bien dicho!
BASTIANA.—¿Colasa, vienes de veras
por esos chismes?
COLASA. Andando.
BASTIANA.—Pues tiene mucha manteca
el pavo en la rabadilla,
para que yo te le ceda.
COLASA.—Vengan el pavo y las cajas.
BASTIANA.—¿Las cajas? Vuelve por ellas;
en comiéndome yo el duz
te daré las tapaderas.
COLASA.—Mira, que ya se me van
poniendo azules las venas.
BASTIANA.—Señal de sofocación:
di que te echen sanguijuelas,
mientras me como yo el pavo,
que á Dios gracias estoy buena.
COLASA.—¿Te burlas de mí?
PETRA. Hace bien:
y es una gran insolencia
el venir á provocarla.
MAURICIO.—Usté en eso no se meta,
doña Petronila.
COLASA. ¡Arrroz!
Mi señora doña Petra,
hermana de la Bastiana,
pasanta de muñuelera,
en las Vistillas: recoja
usté ese don, que le cuelga,
porque está mal hilvanado.
BASTIANA.—Para esto ya no hay paciencia.
COLASA.—¿Y qué harás tú?
BASTIANA. ¿Qué haré? Toma.
(*La zurra.*)
COLASA.—Vuelvo: y á ver por quién queda.
MENEGILDO.—Poco á poco, que hay delante
gente de forma.

BLAS. ¡Qué terca
es esta mujer! La dije
cien veces que no viniera.

COLASA.—¡Que no traiga yo el rejón!

Sale PATRICIO

PATRICIO.—Tengan ustedes muy buenas...
¿Aquí estás? ¿Cómo te atreves (*A Colasa.*)
á salir sin mi licencia
á estas horas de tu casa?

BLAS.—Me alegro, para que vea,
que cuando yo hablo, algo digo.

PATRICIO.—Parece que no escarmientas:
pues escarmentarás. Vamos
dejando esta gente quieta:
arrecoge la mantilla,
y á casa.

COLASA. ¿Yo á casa? ¡Deja!
Mientras no me lleve el pavo,
y las cajas de jalea,
que le has dado á esta golosa,
no me he de ir aunque me muera.

PATRICIO.—Te digo que vamos.

COLASA. ¡Ya!
Digo, que no quiero.

PATRICIO. Ea,
haz lo que mando, y no demos
qué decir en casa ajena.

COLASA.—Si no me he de ir...

PATRICIO. Señor Blas,
oblíguela usted á que venga,
como marido.

BLAS. ¿Yo? ¡Es cierto
que el empeño la hará fuerza!

COLASA.—Si no he de ir!...

PATRICIO. Irás.

COLASA. No iré.

PATRICIO.—Pues irás de esta manera.
(*Cógela del brazo.*)

COLASA.—¡Ay, ay, ay!

MENEGILDO. Poquita bulla
que me duele la cabeza.

COLASA.—¡Picaro, falso! Por ti
me veo yo en esta afrenta:
pero me la he de comer.
(*Suéltase y vuelve.*)

BASTIANA.—Veremos.

Sale el ALCALDE

ALCALDE. ¿Qué bulla es esta?
La justicia.

PETRA. ¡La justicia!
¡Ay de mí, que se me altera
el corazón! ¡Ya la vista
se desvanece, y flaquea
la máquina! ¡Yo desmayo!
(*Se desmaya y cae de rodillas.*)

MAURICIO.—Saturio, trae agua fresca.

SATURIO.—¿Agua? No sabe cocinas
(*Aturdido.*)
tinajas dónde están puestas.

ALCALDE.—¿Qué es esto?

PATRICIO. Señor Alcalde,
ha sido una friolera.

ALCALDE.—Alguna causa ha de haber
donde hay voces y pendencia,
y yo quiero averiguarla.
Nadie hable palabra, mientras
yo pregunto á cada uno
de por sí. ¿Quién es la dueña
de la casa?

BASTIANA. Yo.

ALCALDE. ¿Y el dueño?

COLASA.—Este caballero.

ALCALDE. Venga
usted acá: ¿parece que
tiemblan un poco las piernas?

MENEGILDO.—El sereno de la noche...

ALCALDE.—Ya: ¿Qué bulla ha sido esta?

MENEGILDO.—¿Cuál?

ALCALDE. La que ustedes tenían.

MENEGILDO.—¿Si no hay en casa vihuela,
cómo ha de haber baile? ¡Vaya,
que toda esta gente sueña!

ALCALDE.—¡Qué bueno estás tú! ¿Mocito,
quién es usted?

SATURIO. ¿Yo? de Menas
real valles nacer Saturios
Giles, Guarricochitenas,
antiguos nobles Adanes
solares mucho más que Evas.

ALCALDE.—¡Brava clase de testigos
son los que se me presentan!
¿Caballerito? (*A Mauricio.*)

MAURICIO. Señor,
hasta que esta dama vuelva
en toda su luz, están
en ocaso mis potencias.

ALCALDE.—¡También es bueno!

MENEGILDO. De modo,
que el hombre que no se alegra
hoy, no es hombre para nada.
¿Se hace usted cargo?

ALCALDE. ¡Qué buena
está tu alma! ¿Usté quién es? (*A Blas.*)

BLAS.—Yo soy el marido de ésta.

ALCALDE.—¿Y usted, señor guapo? (*A Patricio.*)
PATRICIO. Yo,
señor Alcalde, un cualquiera.
ALCALDE.—¿Y á qué se viene aquí?
PATRICIO. A dar
á esta mocita una felpa,
porque sale de su casa
sin pedirme á mí licencia.
ALCALDE.—¿Y usté qué dice á esto?
BLAS. ¿Yo?
Allá los dos se lo avengan.
¿No se lo dije yo antes
de salir, que no saliera?
ALCALDE.—¿Qué, no manda usté en su casa?
BLAS.—Señor Alcalde, aunque sea
descortesía: ¿y usted,
si es casado, manda en ella?
ALCALDE.—Sí, señor, y mi mujer,
en viéndome, es la primera
que se pone á temblar, sin
que nadie á chistar se atreva,
hasta que yo doy la orden.
BLAS.—Será la señora vieja.
ALCALDE.—No es sino moza y bonita.
BLAS.—¡Muchacha, bonita, y tiembla
en entrando su marido,
y en todo vive sujeta
á su mercé, en este siglo?
¡Vaya, que usté se chancea!
¡Ningún casado es posible
que trague esa berengena!
ALCALDE.—¿Por qué?
BLAS. Porque cada uno
echa plantas por defuera
de su casa, y dentro hace
lo que quiere la parienta.
MENEGILDO.—Pues cuando lo dice Blas,
punto redondo.
MAURICIO. Ya alienta
esta señora.
PETRA. ¡Ay, Jesús!
COLASA.—¿Con tantas preguntas hechas,
qué ha sacado usted en limpio?
ALCALDE.—Que esto es una borrachera,
y que si no se separan
todos, haré yo que venga
quien los separe.
MENEGILDO. Bien hecho.
PATRICIO.—De suerte es, y de manera,
señor Alcalde, que á mí
no me agrada esa sentencia.
ALCALDE.—¿Por qué?
PATRICIO. Porque usté no sabe
la causa de la contienda.
ALCALDE.—No, por cierto.
PATRICIO. Pues ha sido
por dos cajas de jalea,
y un pavo, que he regalado
esta mañana yo á ésta.
De esto se ha picado estotra,
y quiere que se lo vuelva,
porque está en la actualidad
de que yo la favorezca:
con que *dividatur linfas,*
o júntense las meriendas,
y unánimes y conformes
celebren la noche buena,
las pascuas, y si quisieren
también las carnestolendas;
que yo me río de todas;
y de las dos las primeras,
y me voy con con su permiso,
á otra parte con la orquesta.
Colasa, salud, y Dios
te dé lo que te convenga.
Don Blas, aplicar el hombro,
que esto se acabó, ¡paciencia! (*Vase.*)
COLASA.—¿Que esto me suceda á mí?
BLAS.—¡Mujer, has quedado fresca!
BASTIANA.—Animo, amiga Colasa,
que una cosa es la quimera
y otra es la paz; por fin, basta
que seas mujer, y te deja
un pícaro, para que
las mujeres de honra sean
de tu parte.
COLASA. Antes que otro
vuelva á escuchar de mí ..
BASTIANA. Deja
los juramentos, y vamos
á que si nos da licencia
el señor alcalde, todo
en diversión se convierta.
ALCALDE.—Como sea con quietud,

muy bien.
MENEGILDO Toda es gente quieta,
y basta que yo lo diga.
ALCALDE.—"¡Qué valiente gentezuela!
(*Aparte.*)
"¡Cuánto para dirigirla
"es menester conocerla,
"y las ridículas causas
"de sus chismes y quimeras!"
Adiós. (*Vase.*)
TODOS Señor, muchas gracias.
BASTIANA.—¿Todavía estás suspensa,
Colasa?
COLASA. No estoy pensando
en eso.
BASTIANA. ¿Pues en qué piensas?
COLASA.—Solamente en acordarme
de una tonadilla buena,
porque con ella se dé
más regocijo á la fiesta;
y que se ahorquen los hombres,
sabiendo que si nos de an
alguna vez, les dejamos
nosotros á ellos cuarenta.
BASTIANA.—Y que no es mentira. Blas,
ves á traer á la Pepa
á hacer colación.
En tanto (*A Colasa.*)
canta la tonada buena,
que has ofrecido.
COLASA. No quiero
que digan que me lo ruegan,
dempués de malo. Allá va,
y si no gusta, paciencia.
Con la tonadilla concluye este intermedio.

Los majos vencidos

PERSONAS

D. JAIME y D. JUAN, petimetres.
ANTONIA, LORENZA y MARÍA, majas.
PEDRO CODILLO, hermano de JUAN.
PACO, MANUEL y ATANASIO, majos.

La escena es en Madrid.
Calle.

Sale PACO *de majo, y* ANTONIA *y* LORENZA *con mantillas y basquiñas.*
PACO.—Ustedes digan adónde
quieren ir: ¿á un coliseo
á oir cuatro tonterías,
ó á constipar a los necios
que andan de sobra en el Prado
con el aire de sus cuerpos?
ANTONIA.—Donde nos ha de llevar
es adonde nos desquitemos
cuarenta meriendas que
echa la barriga menos.
PACO.—Donde la hay buena, y habrá
un baile de fundamento
después y antes, es en casa
del tío Codillo.
ANTONIA. ¿El tornero
famoso, que vive á la
bajada de San Lorenzo?
PACO.—El propio.
LORENZA. ¿Pues qué manía
le ha obligado á tal exceso?
PACO.—El que se casa su hermano
el polvorista.
ANTONIA. Yo creo
que ya es muy viejo también.
PACO.—¿Y qué importa que sea viejo?
El agua fría se templa
con echarle un poco hirviendo.
LORENZA.—Es un viejo muy alegre.
PACO.—Pues si quereis allá iremos,
que entrambos son mis amigos.
LAS DOS.—¿Por qué no?
Quedan hablando, y sale D. JUAN *observándolas.*
D. JUAN. Yo me detengo,
pues se han parado; no he visto
mejor garbo y más aseo

en mujeres de esta clase:
ha rato las voy siguiendo.
¿Quién serán? Mas para hablarlas
buscaremos un pretexto.
¿Señorita, sabe usted
dónde vive aquí uu maestro
de coches?

LORENZA. Siempre ando á pata.

D. JUAN.—¿Y usted?

ANTONIA. Tampoco yo entiendo
de coche.

D. JUAN. Pero de oídas
bien pudiera usted saberlo.

ANTONIA.—Soy forasterita.

D. JUAN. ¿Y se
puede saber de qué pueblo?

ANTONIA.—No soy de Parla.

PACO. Yo sí.
¿Qué busca usted, caballero?
Vayan ustedes andando, (*A las majas.*)
mientras tanto que yo enseño
(*Vanse los dos.*)
al caballero las calles
por donde se va más presto
á las cárceles á dar
conversación á los presos.

D. JUAN.—Yo bien puedo ir preguntando.

PACO.—Por eso voy respondiendo.

D. JUAN.—El maestro de coches...

PACO. ¡Dale!
¿Cuánto va que yo le muestro,
en vez del maestro de coches,
el látigo del cochero?

D. JUAN —Por eso no haya pendencia:
mi camino con silencio
seguiré.

PACO. Por otra parte,
que por esta yo no quiero.

D. JUAN.—¡Habrá mayor desvergüenza!

PACO.—Sí lo es, yo lo confieso;
pero por ahora es preciso
embargar todo el terreno.

D. JUAN.—"Vaya, no quiero perderme;
(*Aparte.*)
"¿pues si no fuera por eso,
"quién ha dicho que á estas horas
"no hubiera ya este hombre muerto?"

PACO.—Ya se han perdido de vista.
Larga vida, caballero. (*Vase.*)

D. JUAN.—Paciencia, supuesto debe
en todo acontecimiento
la prudencia estar de parte
de los hombres de provecho.

Sale D. JAIME.

JAIME.—¡Amigo don Juan, por este
barrio! ¿Mas qué es esto?
Parece que ese semblante
está con desabrimiento.

D. JUAN.—¡Pues no ha tenido osadía
un pícaro de un majuelo,
por no sé qué friolera,
de perderme á mí el respeto!

JAIME.—¿Y no ha ido descalabrado?

D. JUAN.—El que no quedase muerto
yo, ha sido un grande prodigio.

JAIME.—¿Y sobre qué ha sido el cuento?

D. JUAN.—Porque iba con dos muchachas;
¡pero, amigo, de provecho!
todo el caso se me olvida
en acordándome de esto.
Empecé, pues, á decirlas...

JAIME.—Cualquier cosa: despachemos,
que por algo ha de empezar
la amistad en los sujetos.
Adelante.

D. JUAN. La una de ellas
tal cual contestaba.

JAIME. ¡Bueno!

D. JUAN.—Como al desgaire.

JAIME. ¡Mejor!

D. JUAN.—Pero se metió por medio
el crudo que iba con ellas;
cortó el revesino á tiempo,
las hizo echar adelante,
y tuvo el atrevimiento
de detenerme los pasos.

JAIME.—¿Y usted se mantuvo quieto?

D. JUAN.—¿Y qué había de hacer?

JAIME. Matarle.
Eres un pobre muñeco.
¿Adónde van esas gentes?

D. JUAN.—Para qué nos exponemos?

JAIME.—¿A qué?

D. JUAN. Mira que estos majos...

JAIME.—Los majos sólo dan miedo
á los usías que temen
le descompongan el pelo,
ó les rompan los encajes;
pero á mí se me da un bledo.
porque yo me alegro más
cuando me pongo más fiero:
pero volvamos al caso:
¿sabéis dónde le hallaremos?

D. JUAN.—Dijeron que iban á un baile

que hay en casa de un tornero
del barrio.

JAIME. Vamos allá.

D. JUAN.—¿Y dónde es?

JAIME. Preguntaremos.

D. JUAN.—¿Y si no abren?

JAIME. ¿Tanto cuesta
echar una puerta al suelo?

D. JUAN.—¡Guapo eres!

JAIME. No hay en Madrid
hombre que tenga más miedo;
pero esta gente que todo
lo compone hablando recio,
mirando de rabo de ojo
y doblando ansina el cuerpo,
en tropezando con quien
los entiende, se caen muertos.
Seguidme, y allá vereis
qué linda tarde tenemos.

D. JUAN.—¡Quiera Dios que no salgamos
con las narices de menos! (*Vanse.*)

Casa pobre, con una mesa adornada para merendar seis ú ocho personas. Salen de tunos viejos, pero decentes, JUAN *y* PEDRO.

PEDRO.—¡Vaya, vaya, que te vuelves
loco con el casamiento!

JUAN.—¿Con tanta cordura viven
en el mundo los solteros?

PEDRO.—Pero, hermano, tú y yo estamos
en la cumbre de los viejos,
y desde esta cumbre son
las bodas despeñaderos.

JUAN.—Por eso elegí la moza
para novia, de buen peso.

PEDRO.—Allá te las hayas.

JUAN. Ella
dice que bien le parezco.

PEDRO.—Allá lo verás.

JUAN. Ya estoy
acomodado y bien puesto,
con que es preciso dejar
un legítimo heredero.

PEDRO.—Allá lo verás.

JUAN. Ella es
huerfanita, con que es cierto
que será humilde, hacendosa,
y agradecida á su dueño.

PEDRO.—Allá lo veredes, dijo
Agrajes.

JUAN. ¿Qué sabía de eso
Agrajes, ni de otras cosas
que dijo el gran majadero?
Marcha por el pastelón
en casa del pastelero.

PEDRO.—Voy al instante. (*Vase.*)

Salen ATANASIO *y* MARÍA *de majos.*

ATANASIO. Deo gracias.

JUAN.—¡Oh, señores! ¡Tanto bueno
por mi casa!

MARÍA. ¡Viva usted
los años que le deseo.

JUAN.—¿Cuántos serán?

MARIA. Más de mil.

JUAN.—Y que entrambos los gocemos

MARÍA.—Se entiende.

JUAN. Máteme Dios
con mujer de entendimiento.
¿Qué hay, cuñado?

ATANASIO. Lo que ayer.

JUAN.—Ocupad esos asientos.

ATANASIO.—Pues asentémonos todos,
y decidme lo primero:
¿á qué viene este aparato,
cuñado, que aun es superfluo
para el día de la boda?

JUAN.—Es una expresión de afecto
no más, que entonces..... entonces
he de traer un repostero,
que hasta la mesa y las sillas
han de ser de caramelo.

ATANASIO.—¿Y las cornucopias?

JUAN. Como
ésta quiera.

ATANASIO. Yo os ofrezco
la araña.

JUAN. Todos están
reventando de contento.

Salen PACO, LORENZA *y* ANTONIA

PACO.—¿Conque no hay más que casarse,
y prepararle festejos
á la novia, sin contar
con los amigos y deudos?

JUAN.—No, no estabais olvidados,
amigos; yo os agradezco
la venida, porque así
mejor nos divertiremos.

ATANASIO.—¿Es usted parienta nuestra (*A Lorenza.*)
también, reina?

LORENZA. Yo no entiendo
de genealogías.

Sale PEDRO.

PEDRO. Esto
ya está aquí; me han dicho viene

en el punto de comerlo.
JUAN.—Pues ponle en la mesa, y vete
de la cocina trayendo
lo demás. Vamos, señores,
sentarse sin cumplimientos.
MARÍA.—Aún es temprano.
ATANASIO. Mejor,
que así después bailaremos
alegres como una Pascua.
JUAN.—Perdonad, que yo no cedo
(*Poniéndose al lado de María.*)
mi lado.
TODOS. Sea enhorabuena.
JUAN.—Por ahora tan sólo acepto
la mitad, la otra mitad
guardadla para su tiempo.
¿No es verdad, perla?
MARÍA. Cabal.
ATANASIO.—Venga vino y brindaremos.
PACO.—Vaya, á que nos libre Dios
de petimetres como esos
que encontramos ahí arriba.
LORENZA.—Pues él parecía atento,
y hombre de forma.
PACO. Los fines
de las atenciones de éstos
no conoces.
LORENZA. Fines hay
que aunque se pongan los medios,
no se logran.
JUAN. Yo le puse,
logrando el del casamiento.
JAIME.—¡Ah de casa! (*Dentro.*)
JUAN. Arrempujar.
Salen JAIME *y* D. JUAN.
LOS DOS.—Buenas tardes, caballeros.
JUAN.—¿Qué se les ofrece á ustedes?
ATANASIO.—Señores, aquí hay asiento.
PACO.—Que se vayan á sentar
al Prado; estate tú quieto.
JAIME.—Vayan dejando estas
sillas libres los pícaros, menos
éste, que es hombre de bien.
(*Por Atanasio.*)
PACO.—¡Alabo el modo!
JAIME. Celebro
también el poco de ustedes;
pero se le enseñaremos.
PEDRO.—En mi casa...
JAIME. Nadie manda
en la casa que yo entro.
Vayan arrriba.
MAJOS. No quieren.
PETIMETRES.—Pues abajo.
(*Echan á rodar con sillas y todo á Paco, Pedro y Juan, y Atanasio se aparta.*)
JUAN. Digo, ¿va esto
de veras?
JAIME. Yo soy un hombre
que en la vida me chanceo.
MAJOS.—¡Por vida de la!...
JAIME. Muchachas,
quietecitas. Compañero,
esto está para comer;
á sentarse, y buen provecho.
ATANASIO.—¡Vaya que es paso de risa!
PACO.—Oid, venid aquí á consejo
de guerra.
(*Se juntan los majos á un lado, y dicen entre si lo siguiente*):
JUAN. ¿Qué-sa dacer?
si los dos vienen resueltos,
y traen espadas?...
JUAN. Llamar
á Manuel el carpintero,
que venga.
PEDRO. Voy á llamarlo,
y traérmele aquí corriendo.
JAIME.—¿Dónde va usted?
PEDRO. A un recado. (*Vase.*)
JAIME.—Ve á avisar á un regimiento
de majos, y di que estoy
de priesa, que vengan presto.
PACO.—¡Este hombre es algún demonio!
MARÍA.—Yo estoy temblando de miedo,
y no sé cómo escapar.
JUAN.—¿Con licencia de usted puedo
decir algo á mi mujer?
JAIME.—¿Mujer?
JUAN. Digo: que ha de serlo.
JAIME.—Pues si lo ha de ser, entonces
se lo dirá.
JUAN. ¡Yo estoy lelo!
D. JUAN.—¿Qué dice usted, señorita?
(*A Lorenza.*)
LORENZA.—Yo no hablo estando comiendo.
D. JUAN.—¿Y en acabando?
LORENZA. Tampoco;
porque al instante me duermo.
Sale PEDRO, *y* MANUEL *embozado, de cofia y montera grande.*
PEDRO.—Aquí está el señor Nanuel.
JAIME.—Entre, y le conoceremos
al señor Manuel.

MANUEL. Deo gracias.
MAJOS.—Manolito, mira esto
que nos pasa.
MANUEL. Poca bulla,
poquita, y nombre el consejo
un procurador de todos.
ATANASIO.—¡Adiós, buena la tenemos!
PACO.—Que han entrado esos usías
como si fueran los dueños
de las mozas, de la casa
y de la merienda, y luego
han dicho...
MANUEL. Punto redondo,
que me hice cargo; este pleito
está vencido á patadas
en dos minutos y medio.
JAIME.—¿Y quién ha de darlas?
MANUEL. Yo.
JAIME.—Pues quítese usted primero
esa montera. (*Se la tira de un revés.*)
MANUEL. ¡Conmigo!...
JAIME.—Y con todo el mundo: quedo,
y seamos amigos, antes
que amuele los cinco dedos
en sus barbas, y despues
le haga tajadas con ellos.
MANUEL.—Señor...
JAIME. Quítese la capa,
y vaya á traer de allá dentro
los postres, y un par de luces,
que anochece ya y no vemos.
MANUEL.—Voy, señor.
JAIME. ¿Qué hacen ustedes
(*A las mujeres.*)
que no prosiguen comiendo?
MAJOS.—¿Qué es esto, Manolo?
MANUEL. Esto es
manifestar que yo en siendo
con modo, y de bien á bien,
me arrastrarán de un cabello. (*Vase.*)
JAIME.—¿Qué hacen ustedes?
MARÍA. Ninguna
tiene gana.
D. JUAN. Pues bailemos.
JAIME.—Perillanes, vaya fuera
este retablo hasta luego:
¿hay guitarra en esta casa?
PEDRO.—Sí, señor.
JAIME. Pues ve, mancebo,
(*A Atanasio.*)
por ella.
Sale MANUEL.
MANUEL. Aquí está la luz.
JAIME.—¿Cuál de estos dos cementerios
es el tío Codillo?
PEDRO. Yo.
JAIME.—Pues vaya usté disponiendo
que se ilumine esta sala;
y bien, porque yo no acierto
á bailar sin cornucopias.
PEDRO.—Velas de sobra las tengo,
y están todas á su mando;
lo que falta es candeleros. (*Vase.*)
JAIME.—Traiga usted las velas, que
lo demás lo hará el ingenio.
Sale ATANASIO.
ATANASIO.—Aquí está ya la vihuela.
JAIME.—¿Quién araña este instrumento?
PACO.—Yo no sé.
MANUEL. Tampoco yo.
JAIME.—Agárrela uno, y no andemos
en chupaderitos.
PACO. Este
canta y toca. (*Por Atanasio.*)
ATANASIO. ¡Si no puedo!
JAIME.—Hágame usted el favor...
ATANASIO.—A esa atención no me niego.
Sale PEDRO, *con velas encendidas.*
PEDRO.—Aquí hay ya cuatro encendidas.
JAIME.—Yo las colocaré presto.
(*Pondrá á Paco con una luz en cada mano á la izquierda del teatro, y á Manuel con otras dos al lado derecho.*)
Téngame usted esta luz, (*A Paco.*)
y estotra en el lado izquierdo.
Usted, señor mío, aquí (*A Manuel.*)
enfrente, al lado derecho.
Ve aquí qué pronto encontramos
repisas y candeleros.
Vaya un par de seguidillas.
LORENZA.—Eche usted son, que me pierdo.
(*Bailan Lorenza y María con Jaime y don Juan, y la luz se mantiene sobre la mesa.*)
PEDRO.—¡Esto ya es en demasía,
y es fuerza tomarlo serio!
Diga usted, ¿aunque esto fuera
una cuadrilla de negros,
lo sufriera?
JAIME. Chito, chito.
Que esté firme el candelero, (*A Paco.*)
camarada.
D. JUAN. Señor majo, (*A Manuel.*)
este es castigo del cielo
para amansar su soberbia,

que estaban ustedes hechos
á triunfar de los usías.
JAIME.—¡Toma! Y aún le falta al cuento
lo mejor, que es un ratito
de descanso y cuchicheo.
LORENZA.—¿Cuchi qué? Jamás oí
esta voz allá en mi reino.
JAIME.—Oiga usted.
LORENZA. Si éste no quiere.
JAIME.—¿Y el señor quién es para eso?
(Por Atanasio.)
ATANASIO.—Su marido.
JAIME. Muerto soy;
amigo, usted ganó el pleito.
PACO.—Y yo el de ésta. *(Por Antonia.)*
MANUEL. Así es verdad.
JUAN.—Y yo también soy el medio
marido de esta chiquita. *(Por María.)*
JAIME.—Pues ustedes son los dueños
de la función, y perdonen
mil veces mi atrevimiento.
D. JUAN.—¡Ya cedes!
JAIME. Yo, como á majos,
les quise dar escarmiento;
pero en oyendo la voz
de marido, me estremezco,
que una cosa es ser goloso,
y otra ladrón; conque cedo.
JUAN.—Usté es hombre de razón,
y lo será que quedemos
amigos, y le convido
para todos mis festejos.
Y dando fin á esta idea,
logren perdón nuestros yerros.

La duda satisfecha

PERSONAS

ALCALDE.
REGIDOR 1.º
REGIDOR 2.º
ESCRIBANO
ALGUACIL 1.º
ALGUACIL 2.º
ABOGADO.
FISCAL.
SEBASTIANA, INÉS y CLARA, majas.
PERUCHO.
MANOLILLO.
PACO.
ALCALDESA, madre de
JUANITA y
ANTONIA.
D. LORENZO, madrileño 1.º
D. ANASTASIO, ídem 2.º
D. AGAPITO, íd. 3.º

Mutación de sala capitular de villa y en ella el ALCALDE, dos REGIDORES, ESCRIBANO y ALGUACILES. Habrá un bufete y varios bancos.

ALCALDE.—¿Estamos ya todos?
REGIDOR 1.º Sí:
y mucha parte del pueblo
á las puertas del cabildo.
REGIDOR 2.º—¿A qué fin, alcalde, es esto?
ALCALDE.—El suceso lo dirá.
REGIDOR 1.º—¡El alcalde es muy entero!
ALCALDE.—Ya tú me hubieras partido
si yo dejase de serlo.
¿Alguacil?
ALGUACIL 1.º ¿Qué manda usted?
ALCALDE.—Sal y prevén que en oyendo
que toco la campanilla,
entren aquí los primeros
el fiscal y el abogado;
y después todos aquellos
vecinos que habéis citado.
¿Me comprendéis?
ALGUACIL 1.º Ya os entiendo. *(Vase.)*
ALCALDE.—Este cabildo, señores,
se dirige á ver si puedo
salir de una confusión
que ha mil días que padezco.
TODOS.—¿De que nace?
ALCALDE. Ya lo oiréis
siempre que escuchéis atentos.
Toca la campanilla el ALCALDE, *y salen el* ABOGADO, *el* FISCAL, INÉS, SEBASTIANA *y* CLARA *de majas, con buenas ropas, y* PERUCHO, MANOLILLO *y* PACO *muy rotos.*

TODOS.—Dios, para bien de la villa,
prospere el ayuntamiento.

ALCALDE.—El os guarde: y pues presumo
que algo despacio estaremos,
sentáos las tres y vosotros
quedáos en pie y á nuestro
banco los dos llegad; y
escuchad.

TODOS. Obedecemos.

MANOLILLO.—¿Perucho?

PERUCHO. ¿Qué quieres, hombre?

MANOLILLO.—¿Sabes tú qué será esto?

PERUCHO —No, pero me lo persuado.

PACO.—Vaya; ¿y qué es?

PERUCHO. Que el gobierno
de Madrid, tal vez no ignora
nuestro gran merecimiento,
y le mandará al alcalde
que nos coloque en empleo.

PACO.—¿Dónde?

MANOLILLO. ¿Dónde? En presillo:
que allí lo encuentran muy cierto
los que trabajando poco,
como nosotros hacemos,
tienen algunas contiendas
con el insigne guerrero
natural de Valdepeñas.

PERUCHO.—¿El tintillo? ¡Ya lo entiendo!

SEBASTIANA.—Inés, ¿para qué nos llaman?

INÉS.—Sebastiana, no lo entiendo.

CLARA.—¿Se habrán quejado estos tontos?

INÉS.—En hablando lo sabremos.

ALCALDE.—Señores, yo necesito
(*Toca la campanilla.*)
satisfacer por extenso
una duda en que me hallo.
Ya sabeis que en este pueblo
no hay toros, comedias, bailes,
diversiones ó paseos,
edificios, ni otra cosa,
que pueda causar recreo·

TODOS.—Es verdad.

ALCALDE. Pues siendo así,
quiero saber á qué efecto
tanto frecuentan la villa
diferentes madrileños:
yo he llegado á presumir,
que hay alguna trampa en esto;
pues desde que ellos acuden,
á muchas mujeqes veo
que andan ellas muy compuestas;
pero sus maridos héchos
un andrajo.

INÉS. ¡Malo!

LAS DOS· ¡Malo!

MANOLILLO.—Señor Alcalde, yo pienso
que los efectos que causan
los señores madrileños
no son como usted los dice.

ALCALDE.—¿Por qué?

MANOLILLO. Porque desde el tiempo
que empezaron á venir
por acá esos caballeros,
las descompuestas son ellas
y nosotros los compuestos.

ALCALDE.—Sea así ó del otro modo,
desea el Ayuntamiento
averiguar á qué vienen,
para poner el remedio
en donde se necesite.

INÉS.—¿Y quién ha de saber eso
mientras ellas no lo digan?

SEBASTIANA.—Vendrán á cazar.

PERUCHO. Es cierto

ALCALDE.—¿Y qué han de cazar aquí
si no tenemos un dedo
de monte?

CLARA, Ellos lo sabrán.

MANOLILLO.—Yo también.

ALCALDE. Pues dilo presto.

MANOLILLO.—Sí: pues cazan lo que pueden
y nosotros no lo vemos.

INÉS.—¿Por qué no podrán tener
en la villa algún comercio,
y venir á sus ganancias?

PERUCHO.—¡dú aciertas de medio á medio!

ALCALDE.—No puede ser, que en la villa
ningún comercio tenemos
público.

PBBUCHO. Público no;
pero habrá algunos secretos.

FISCAL.—¡Alcalde!

ALCALDE. Decid, Fiscal.

FISCAL.—Supuesto, pues, que el momento
ha llegado de que pueda
valerme de vuestro celo,
digo: que eso está perdido,
y se requiere un esfuerzo
de vuestra recta justicia
para enmendarlo, pues veo
la ruina de nuestra villa,
si no se pone remedio
á los modos que hay en ella.

ALCALDE.—Fiscal, eso es no entenderlo.
FISCAL.—¿Cómo?
ALCALDE. Como el daño está,
mirado con juicio recto,
en los modos que se han ido,
y las modas que vinieron.
FISCAL.—Falta, señor, aquel orden
racional, que en otros tiempos
se observaba: las mujeres.
con adornos y embelecos
ponen á la villa pobre;
en los hombres no hay apego,
ni inclinación al trabajo,
y todo anda sin gobierno.
INÉS.—Señores: todo eso es prosa,
y llevarse del concepto
de algunos estrafalarios
y ridículos ingertos,
que quieren hacer creer
que el mundo, hace un siglo, ó menos
era un santo, y hoy un diablo;
como si no fuese cierto
que desde que Adán pecó
es un enemigo nuestro.
MANOLILLO.—¡Qué sabida es tu mujer!
PERUCHO.—¡Poca ventaja hallo en eso,
que yo la quiero ignorada!
ALCALDE.—Poco á poco, apuraremos
la razón de cada uno.
Clara, tú has de hablar primero:
¿qué oficio tiene Paquillo
tu marido?
CLARA. Carbonero
ALCALDE.—Aunque en esa ocupación
son escasos los provechos,
no extrañaré que tú estés
vestida con tanto aseo,
y con ropa tan lucida;
pues unas hacen con menos,
más que otras con mucha renta;
pero yo saber deseo,
¿por qué de ese mismo alivio
y ornato con que te veo,
no disfruta tu marido?
CLARA.—El lo dirá.
PACO. Pues yo creo
que es porque ella dió en el blanco,
y yo sólo dí en el negro.
CLARA.—No es eso, sino es que tú
eres un borracho eterno,
que lo que en una semana
adquieres, en un momento
lo gastas en la taberna;
pero yo que lo granjeo,
con mi aplicación, lo guardo,
y en mi decencia lo empleo.
ALCALDE.—¿Lo que granjeas? ¿Pues tú
en qué tratas?
CLARA. Señor, vendo
avellanas, cuando vienen
á la villa madrileños.
ALCALDE.—¿Y eso da tanto de sí?
¿Regidor, decid, qué precio
poneis á sus avellanas?
PACO.—No os molesteis en saberlo,
porque mi mujer no vende
con postura.
ALCALDE. ¿No?
CLARA. Es incierto;
todos saben en la villa
que yo compostura vendo.
ALCALDE.—De que ahora no la tienes
lo que debo creer infiero.
Sebastiana, tu marido
es un pobre jornalero
del campo, y á ese aparato
el mismo cargo hacer debo
que al de Clara.
SEBASTIANA. ¡Ya se ve!
¡No apura nuestros secretos
el confesor como usted!
A mí me ha tocado un terno
en la lolería.
ALCALDE. ¿Cuándo?
SEBASTIANA.—Hace ya más de año y medio.
MANOLILLO.—Sin duda que eso es verdad.
pues juzgo que hará ese tiempo,
que algunas temporadillas
viene á mi casa un lotero
de Madrid, y éste será
el que le ha pagado el juego.
¿Es verdad?
SEBASTIANA. Sí.
MANOLILLO. ¿No lo digo?
ALCALDE.—¿Y tú has sabido algo de eso?
MANOLILLO.—Yo, no, señor.
ALCALDE.—¿Pues por qué
eres tan fácil en creerlo?
MANOLILLO.—Porque sé que en las mujeres,
señor Alcalde, no es nuevo
emplear también sus cuartos
en esta clase de juego:
conque en alguna extracción
pudo tocarle ese terno.

PERUCHO.—Señor alcalde, yo estoy
de tal forma, que reviento
si no hablo. Paco y Manolo
son lo mismo que jumentos,
que sienten el palo encima
y suelen estarse quietos.
Frecuenta mucho mi casa.
mi compadre D. Tadeo,
abogado de Madril,
que con sus leyes ha hecho
que ya no me tenga ley
mi mujer; y según esto
es muy útil que no vengan
á la villa madrileños.

INÉS.—Mi marido es...

PERUCHO. Zurrador;
nadie lo ignora, y que suelo
zurrarte á ti la pavana
cuando me conviene hacerlo.

INÉS.—Es un loco.

PERUCHO. No te alteres,
y para que hablando menos
nos podamos entender,
vea nuestro ayuntamiento
la opulencia de tu traje
y oiga del mío un diseño,
que está pidiendo justicia
con tantas bocas abierto.
Esta capa, que me tapa,
tan pobre y tan vieja está,
que sólo porque se va
se reconoce que es capa.
De amor en el vasto mapa
no puede ejercer la treta
de tercera ni alcahueta,
pues más que tapa destapa.
Por lo vieja y desgarrada
parece la chupa mía
casa de capellanía
que siempre está destrozada.
La tengo tan disfrutada,
que en mi cuerpo estrafalario
pierde su nombre ordinario
de chupa, y queda chupada.
Mis calzones ni á retazos
pudieron salir completos:
ellos parecen discretos
en andar hechos pedazos.
Me dan el abrigo á plazos;
pero no me desabrigan;
los quiero así, y que no digan,
que yo soy un calzonazos.
Mis medias son tan ligeras,
que el tiempo hacerlas promete
correos de gabinete,
porque andan siempre á carreras.
Pero aunque malas y fieras
son mis medias estimadas:
ellas son muy desgarradas,
mas nunca han sido rameras.
De todo mi pobre hato
el zapato estimaré
solamente, porque sé
dónde me aprieta el zapato.
Ya ves y oyes el retrato
de mi traje; y así, ingrata,
ó tú de la enmienda trata
ó aquí descubro tu trato.

ALCALDE.—Perucho tiene razón,
y hacerle justicia debo.

INÉS.—Perucho, señor alcalde,
es un terrible embustero;
y para que usted conozca
el juicio con que procedo,
escuche toda mi vida.

ALCALDE.—Prosigue, que estoy atento.

INÉS.—Yo, señor, por la mañana
me levanto...

PERUCHO. ¡A muy buen tiempo!
después que han dado las nueve.

INÉS.—Póngome á hacer lo primero...

PERUCHO.—Dos onzas de chocolate,
que toma con pan y medio.

INÉS.—Después barro.

PERUCHO. De ese barro
procede todo lo puerco.

INÉS.—Limpio muy bien...

PERUCHO. Mis bolsillos
cuando encuentras algo en ellos.

INÉS.—Pongo la olla, después.

PERUCHO.—No pone sino pucheros;
pues mientras yo estoy en casa
siempre la verán gimiendo.

INÉS.—Sale luego mi marido.

PERUCHO.—Y entra al punto don Tadeo;
y cuando él no está en la villa,
su sustituto el barbero.

INÉS.—En el ínterin que vuelve
tal vez el tiempo divierto
en cortar una camisa.

PERUCHO.—¡Y la cortarás sin lienzo,
porque tú eres linda pieza
en cuanto huele á cortejo!

INÉS.—Otro día hago unas mangas...

PERUCHO.—Y las pega en un momento.
INÉS.—Viene después mi marido...
PERUCHO.—Y antes se fué don Tadeo.
ALCALDE.—¿El compadre huye de tí?
(*A Perucho.*)
PERUCHO.—¡Ni el más ligero torero
sabe á los toros huir
con tanta destreza el cuerpo!
INÉS.—Nos ponemos á comer...
PERUCHO.—Y con bizarro despejo,
ella se come la carne,
y á mí me deja los huesos.
ALCALDE.—¿Eso también?
PERUCHO. Sí, señor,
y por eso hay mil encuentros,
pues no me gusta que tenga
á la carne tanto afecto.
ABOGAOO.—Perucho es un ignorante,
digno que oigas con desprecio
sus quejas. Yo sé muy bien
de su casa los secretos,
y que privar quiere á Inés
de todo humano comercio;
las leyes mandan que el hombre
trate á la mujer con buenos
modales, que no la oprima,
y que la respete. Ergo
por infractor de las leyes,
debe Perucho ser preso,
y porque no se prohibe,
Alcalde, en ningún derecho
que á las mujeres visiten
los hombres, mucho más siendo
de carácter distinguido,
pues tal vez suelen por ellos
conseguir muchos maridos
de sus casas, el aumento.
PERUCHO.—Sí, señor: cuando los ricos
llegan á favorecernos
con sus visitas, no basta
todo nuestro rendimiento
á servirlos puntualmente,
pues para poder hacerlo
se necesita un criado.
MANOLILLO.—Pues de esa forma, el aumento
tal vez será en la familia,
mas no en los emolumentos.
FISCAL.—Perucho tiene razón:
es sospechoso en efecto
que ese abogado deponga
los cuidados de su empleo,
para venir á esta villa
por tan dilatado tiempo:
pues el que deja lo más
por atender á lo menos,
ó es tonto, ó lleva intención;
ergo clarum argumentum.
Y porque venir dejando
en Madrid sus pedimentos
es cometer la injusticia,
de que se atrasen los pleitos:
y porque más se confirma
la sospecha, con el hecho
de ir á visitar á Inés,
cuando no está en casa Pedro.
Quia homo, quia mulierem
visitandum de secretum
á vueltas de suo maritum
ambulat est mal intentum.
ALCALDE.—Dice bien. *Justitiam meam,*
reformabitur gobiernum.
ABOGADO.—No dice tal.
ALCALDE. Sí dice.
ABOGADO. ¿Usted
lo defiende?
ALCALDE. Le defiendo,
porque sus latines son
casi más claros que el griego.
ABOGADO.—Es absurdo cuanto expresa.
ALCALDE.—No lo es tal.
ABOGADO. Sí lo es.
FISCAL. Nego.
ABOGADO.—Es acusación inicua
la que á esa pobre habeis hecho,
y no podéis hacer cargo
sin que proceda un proceso
informativo. Es doctrina
expresa, y se halla el texto
en un libro que no sé,
de cuyo autor no me acuerdo.
FISCAL.—Cuando los indicios son
tan vehementes como estos,
puede imponerse el castigo
aun sin escuchar al reo.
ABOGADO.—No puede.
FISCAL. Poncio Pilato
en su tratado primero
de sinrazones lo trae.
ABOGADO.—Aunque lo traiga, lo niego,
porque ese autor fué andaluz,
que habló mucho y todo incierto.
FISCAL.—Es constante mi doctrina.
ABOGADO.—Es un error manifiesto.
FISCAL.—Es...

ABOGADO. ¿Qué ha de ser?
ALCALDE. Bueno está:
serénense, caballeros.
ABOGADO.—Finalmente, á mí me consta
que el amigo D. Tadeo
igualmente favorece
á Inés y á Perucho; y creo
que si no fuera por él
se hallara ese majadero
mucho más embarazado
de trampas, deudas y enredos.
PERUCHO.—Lo que él me desembaraza
le perdono y le dispenso,
como no ponga en mi casa
los pies el buen caballero;
pues aunque usted nos pondera
la franqueza de su genio,
y yo ajusto por quinquenios
las cuentas, he de sacar
algún embarazo menos.
ABOGADO.—Esa es una presunción,
hija de un bastardo pecho.
PERUCHO.—Nequaquam porque *al maritum permitur est recelum.*
ALCALDE.—Basta, que ya de mi duda
estoy harto satisfecho;
yo les quitaré á estas niñas
visitas de madrileños.
INÉS.—Mire usted, señor Alcalde,
si el recibirlos no es bueno,
empiece usted por su casa
á corregir el exceso.
ALCALDE.—¿Por mi casa?
TODOS ¡Cabalito!
ALCALDE.—¿Por mi casa? ¿Cómo es eso?
INÉS.—¡Como su mujer de usted
es la que hace más extremos
con esas gentes, y tiene
sus fiestas y sus bureos
luego que usted se va al campo!...
ALCALDE.—No es posible.
MANOLILLO. Yo por estos
ojos le he visto, señor
Alcalde, y también apuesto
que mientras ustd está dando
en aqueste Ayuntamiento
providencias de cortar
en nuestras casas el fuego,
se esté abrasando la suya
desde el cimiento hasta el techo.
ALCALDE.—¿Qué oigo? ¡Dios mío!
[illegible]HO. Yo soy
libro de verdad. Viniendo
aquí, reparé que entraban
diferentes madrileños
en vuestra casa; por señas
de que el uno iba diciendo
á los otros: ea, amigos,
pues que está en ayuntamiento
el Alcalde, entremos pronto
para ponernos de acuerdo
con su mujer y sus hijas.
TODOS.—¡Chispas!
ALCALDE. ¿Pues cómo tolero
semejante desacato?
¡Vive Dios! ¡De enojo tiemblo!
que si en mi casa los pillo,
sin duda alguna los cuelgo.
¡A mí!... ¡Vaya que estoy loco!
Que vengais conmigo os ruego
todos, y todos vereis
cómo mis injurias vengo.
TODOS.—Ya te seguimos
PERUCHO. Oid.
TODOS.—¿Qué nos quereis?
PERUCHO. Que ensanchemos
nuestras generosas almas
para tan glorioso empeño. (*Vanse.*)

Mutación de sala ordinaria, y en ella la alcaldesa, dos hijas de ella y tres madrileños: todos de bulla.

MADRILEÑOS.—¡Arda Troya!
ALCALDESA. Vaya, niñas,
¿qué hacéis? no perdamos tiempo.
LAS HIJAS.—Bailemos algo.
MADRILEÑOS. Bien dicen:
Ea, muchachos, bailemos.
MADRILEÑO 1.°—Vaya, señora Juanita,
baile usted con don Lorenzo,
y usted con don Anastasio
un fandanguillo de aquello
de... ¡mas ya usted me entiende!
LOS CUATRO.—Vamos allá.
MADRILEÑO 1.° Sea presto;
antes que venga el alcalde
y anticipe el taconeo. (*Canta.*)
"Cuando los hombres de fama
"salen como aventureros
"á las guerras del amor,
"se han de portar con aliento:
"y al cercar alguna plaza
"no se paren en conciertos,
"porque para la victoria
"el avance es lo más cierto."

Salen TODOS

TODOS.—*¡Ea, ea! ¡Viva España!*

ALCALDE.—Buenos días, caballeros.

LAS HIJAS.—¡Ay, madre!

ALCALDESA. ¡Vaya! ¿qué importa?
¿Acaso estamos haciendo
alguna moneda falsa?
¡Mas tanta gente! ¿Qué es esto?

PERUCHO.—Venir á ver la funcion.

ALCALDE.—Prosiga usted, caballero,
su romance; no se pare.

MADRILEÑO 1.°—Se me ha olvidado.

ALCALDE. ¿Qué es eso?
¿Tiembla usted?

PERUCHO. ¡Qué ha de temblar!
¿Quería usted que tan presto
se le olvidase al señor
la doctrina y el consejo;
porque para la victoria
el avance es lo más cierto?

MADRILEÑO 2.°—¡Válgame el Santo Sudario!

MADRILEÑO 3.°—Yo, amigo, sudo de miedo.

ALCALDE.—Sepan ustedes que hoy
celebré el ayuntamiento
para saber la razón
de por qué en favorecernos
ustedes con sus visitas
hacían tan grande empeño;
mas respecto á que en mi casa
la satisfacción encuentro,
conviene notificarles
cuál ha sido nuestro acuerdo.

LOS TRES MADRILEÑOS.—Decidle.

ALCALDE. Sí haré; porque es
el devanarles los sesos
con esta vara: ea, amigos,
á ellos todos.

TODOS. Pues á ellos.

INÉS.—Señores: por Dios se templen,
(De rodillas.)
que nosotras ofrecemos
mejorar nuestra conducta.

LOS TRES MADRILEÑOS.—Y nosotros prometemos
no volver más á esta villa.

ALCALDE.—Con esa protesta cedo.

INÉS.—Nosotras, agradecidas,
ahora nos divertiremos
con una gran tonadilla.

ALCALDE.—Idos vosotros primero.

LOS TRES MADRILEÑOS.—¡Vamos, que no vamos mal,
pues llevamos el pellejo! *(Vanse.)*

ALCALDE.—Y si ha gustado la idea...

PERUCHO.—Señor alcalde, silencio,
que una pregunta me ocurre:
¿cómo se llama este pueblo?

ALCALDE.—¿Por qué lo quieres saber?

PERUCHO.—Por algo más que saberlo.

ALCALDE.—Pues yo no gusto decirlo,
porque el teatro es un puesto
respetable, donde deben
corregirse los defectos,
sin nombrar en las ideas
determinados sujetos:
haciéndolo así, se logra
la diversión y el provecho;
y en lo contrario se arriesga
la instrucción y el buen ejemplo.

PERUCHO.—Ahí callo.

TODOS. A la tonadilla.

ALCALDE.—Vamos y sea pidiendo,

TODOS.—no aplausos, sino perdón
á este público discreto.

El petimetre

PERSONAS

D. SOPLADO.
D. MÓNICO.
D. MODESTO.
D. SIMPLICIO, barba, marido de
DOÑA VERÓNICA.
DOÑA PLÁCIDA, DOÑA TECLA, sus hijas.
D. ZOILO, abate.
TARARIRA, criado de D. Soplado.
UN LACAYO del mismo.
JUANA, criada de doña Verónica.
UN MAJO.
UN PELUQUERO.

El teatro representa la cámara de un caballero soltero, con unas sillas, nn tocador, una mesa con algunos libros, y multitud de frasquitos, cajas, etc.

Salen TARARIRA *y el* LACAYO, *uno con el vestido y un cepillo, y otro con las ligas, peinador, etc., que colocan sobre alguna otra mesa ó silla.*

TARARIRA.—Dejemos eso, que ya
parece que se levanta
el amo.

LACAYO. Y aun sale aquí,
si el oído no me engaña.

Sale D. SOPLADO *en bata, despeinado, ó con cofia, esperezándose.*

SOPLADO.—¿Ha venido el peluquero?

TARARIRA.—Más ha de dos horas largas,
que espera en el tocador.

SOPLADO.—¿Qué tal está la mañana?

TARARIRA.—Como de otoño, y aun hoy
está mucho más templada,
porque hay tal cual nubecilla.

SOPLADO.—¿Y qué hora es?

TARARIRA. Las diez dadas.

SOPLADO.—Oh, pues siendo tan temprano,
hasta la hora de que salga
quizá saldrá el sol. Prevenme
el otro vestido de aguas
y galones.

TARARIRA. ¿Y si llueve?

SOPLADO.—¿Qué quieres que yo le haga?
¿Estando en el entretiempo,
he de llevar paño ó lana,
y que se rían de mí?

LACAYO.—Otros le llevan.

SOPLADO. Gentualla
que sólo tiene un vestido,
ó personas chabacanas,
que los dogmas del buen gusto
no consultan, o no alcanzan.

Sale el PELUQUERO.

PELUQUERO.—¿Señor, vamos despachando?

SOPLADO.—Estoy pronto, aunque hoy es vana
vuestra queja, que no es tarde.
Tararira, las toallas.

TARARIRA.—Aquí están. ¿De qué manteca?

SOPLADO.—Ninguna: trae la pomada
de jazmines.

TARARIRA. Está todo.

SOPLADO.—Sólo ese libro me alcanza,
diré entretanto el oficio.
Este quede aquí, y tú saca
el vestido que te dije.

TARARIRA.—"Mientras se peina esta dama *(Aparte.)*
„bien puedo almorzar, oir misa
"con sermón, y no hacer falta." *(Vase.)*

SOPLADO.—Ro, ro, ro, ro, ro; mirad

(Como que reza entre dientes y se interrumpe para hablar de otras cosas que le ocurren.

que ayer dicen que llevaba
tres pelos más en un lado,
y un canto de real de plata
más levantado ese bucle.
Ro, ro, ro, ro, ro; con gracia
este tupé, como ayer:
bien.

PELUQUERO.—¿Le aprobó alguna dama?

SOPLADO.—Me dijo la marquesita,
y que no es mujer de chanzas,
que no había visto en su vida
cosa más bien acabada.
Ro, ro, ro, ro, ro: ¿peinaste
ayer á doña Lisarda?

PELUQUERO.—No, señor; sólo la puse

la gran cofia.
SOPLADO. ¿Estaba mala?
PELUQUERO.—Yo no sé.
SOPLADO. Ro, ro, ro, ro.
Una cosa de importancia
tenía que preguntar,
y no hay forma de acordarla.
Ro, ro, ro: justamente
ya me acuerdo. ¿Doña Laura,
por qué os dejó?
PELUQUERO. La dejé
yo, porque no me pagaba.
SOPLADO.—¿Pues cómo?
PELUQUERO. Me hizo dejar
tres ó cuatro parroquianas,
ofreciéndome millones
porque no la hiciese faltas,
y después en año y medio
no la pude sacar blanca:
y aún me tiene por allá
cincuenta pesos.
SOPLADO. Más alta
la atadura, porque vean
que son esmalte de Francia
los broches del corbatín,
y se distinga la holanda
que vuelve del cabezón.

Sale TARARIRA

TARARIRA.—Esperando en la antesala
don Mónico y don Modesto
están, con don Zoilo Maza,
que ha tres días que llegó
de París.
SOPLADO. ¡Fineza rara
es verme, sin aguardar
que á cumplimentarle vaya!

Salen los tres con TARARIRA. *Se levanta, y se abrazan.*

ZOILO.—¿Señor don Soplado?
SOPLADO. ¿Amigos?
Señor don Zoilo; no alcanza
mi cariño, qué razón
hay para que desairada
dejéis á mi urbanidad,
antícipandoos con tanta
brevedad. ¿Creeis que ignoro
los ritos de la crianza,
y venís á reprenderla,
antes de poder culparla?
ZOILO.—Al contrario: porque veais,
que vivo en la confianza
de nuestra antigua amistad,
no he querido que os cansarais
en ir, estando yo fuera.
SOPLADO.—Eh, los asuntos de tabla,
creed que no los ignoro.
MODESTO.—No es una ciencia muy alta
la de las visitas; pero
sí creo que es la más ardua
y difícil.
MONICO. Añadid
á eso, ¡lo delicada!
SOPLADO.—¡Es más de lo que parece!
MÓNICO.—Ya se ve: el hombre que alcanza
á manejar en la corte
las etiquetas con gracia,
sabe cuanto hay que saber.
ZOILO.—Es la ciencia más abstracta
al juicio de los humanos.
MODESTO.—Y en la razón tan fundada,
que ningún hombre de juicio
penetra sus pataratas.
SOPLADO.—Sillas para estos señores,
Tararira.
ZOILO. ¡Cosa rara
es por cierto el apellido!
MODESTO.—No tal; no es la más hidalga
de la corte su familia;
pero es la más dilatada.
SOPLADO.—¡Todo lo habeis de notar!
Así se le ha puesto en casa,
por lo alegre que está siempre.
TARARIRA.—Y porque á mi amo le agrada
este nombre, más que cuantos
en el Calendario estampan.
PELUQUERO.—Por Dios, señor, que ya es tarde.
ZOILO.—Nuestra visita embaraza,
y más que estabais rezando.
LOS TRES.—Adiós.
SOPLADO. No: que para nada
me podeis dar sujeción
vos, siendo de confianza:
y el rezo ya está acabado.

(*Tira el libro sobre la mesa.*)

PELUQUERO.—¡Y con qué devoción! ¡Vaya
que edificará á cualquiera!
SOPLADO.—Y cuando no se acabara,
esto se hace el día que uno
se está por demás en casa
un rato. Vaya los polvos; (*Siéntanse.*)
y tú puedes traerme agua
para lavarme.
TARARIRA. Está bien. (*Vase.*)
MÓNICO.—Ausencia ha sido bien larga

la que habeis hecho, don Zoilo.
ZOILO.—Diez años y medio.
MÓNICO. ¡Qué ansia
tendriais de volver!
ZOILO. Por cierto
que en mi vida lo pensara,
si hubieran mis asistencias
alcanzado á la bizarra
ostentación que es forzosa
en un extranjero que anda,
con privilegios de noble,
corriendo cortes extrañas.
Sale TARARIRA.
TARARIRA.—Aquí está el agua, señor.
MODESTO.—¡Poco os debía la patria,
señor don Zoilo!
ZOILO. Tan poco,
que sólo pudo en la rara
melancolía, que tuve
desde que me vi en España,
aliviarme la amistad
de los finos camaradas.
MODESTO.—¿Tan bién os han parecido
otras cortes?
ZOILO. ¡Cosa extraña
es que vos lo pregunteis,
habiendo corrido tantas!
MODESTO.—Confieso hallé en cada una
muchas cosas que ilustraran
mi entendimiento, mas no
que me apagasen la llama
del amor al patrio suelo.
ZOILO.—Pues yo traía ya echada
la cuenta de no pararme
en Madrid ni una semana;
pero en estos cuatro días
he observado, que se halla
digno, tal cual, de que yo
le habite. Está adelantada,
en lo que cabe, la gente.
Ayer comí en una casa,
y estuvo mediano aquello:
no hubo las extravagancias
de la sopa guarnecida,
ni lo de pichón por barba.
Había un lindo trinchero
de menestra, otro de pasta,
un fricasé, una compota,
y una ó dos pollas asadas,
que para quince de mesa,
es comida muy sobrada.
Ya la amanece el buen gusto
en el mueblaje: las casas
se adornan de cornucopias,
en vez de petos y lanzas:
y ya ven los españoles,
que el papel, y las indianas
para vestir las paredes,
les hacen muchas ventajas
á los cuadros de Velázquez,
Cano, Ribera, que llaman
el Españoleto y otros
pintorcillos de esta laya.
Parece se ha propagado
el cultivo hasta las caras:
aquel bruto desaliño
del cabello y de la barba,
que hacía nuestra nación
tan terrible á las contrarias,
ya dócil á beneficios
del jabón y las pomadas,
por donde quiera que vamos
van diciendo nuestras fachas,
que somos gente de paz:
ya nadie al vernos se espanta,
pues yace oculto de miedo
el duelo, ó la patarata
de aquel honor, que fundaron
en ser las doncellas castas,
muy religiosas las viudas,
recogidas las casadas,
los ancianos venerables,
los niños de cera blanda,
los hombres ingenuos y
muy hombres de su palabra.
Que porque me dijo mientes....
porque me sopló la dama...
ú otras tales bagatelas,
¿he de andar á cuchilladas?
¡Hubo entre nuestros antiguos
gentiles extravagancias!
MODESTO.—Gentiles serían; pero
ahora no son muy cristianas.
SOPLADO.—Aunque no hubiera en Madrid
otra cosa que esta masa *(Lavándose.)*
para lavarse las manos,
debía ser celebrada
nuestra edad.
MODESTO. No es en los hombres
mucho primor manos blandas.
SOPLADO.—Antes sí, que si se ofrece
bailar una contradanza,
es feliz preservativo
de ofender la de la dama.

MÓNICO.—¡Perfecta frase!
SOPLADO. Las ligas.
TARARIRA.—Extienda usted bien la pata,
las apretaré á conciencia.
SOPLADO.—Pues ya que de eso te encargas,
hazlo con juicio y esmero,
y más que otra cosa no hagas
bien en tu vida, porque
no puede haber mayor tacha
en un hombre de honor, ni
puede hacer mayor infamia,
que profanar un estrado
con las medias arrugadas.
MODESTO.—¡Extraño vuestro concepto;
pero más la tolerancia
del martirio que sufrís!
TARARIRA.—Pues no es cosa tan extraña
el dar unas ligaduras
á quien el sentido falta.
SOPLADO.—A título de bufón,
dice cuanto le da gana.
El vestido.
TARARIRA. Ya está aquí.
ZOILO.—Muy marcial esta, y es grata
la horma, señor don Soplado.
TARARIRA.—Y eso que hoy no está apretada
la cotilla.
SOPLADO. ¡Pero ved
qué pecho, qué airosa manga!
ZOILO.—El calzón es algo estrecho.
TARARIRA.—"¡La conciencia sí que es ancha!" *(Aparte.)*
MÓNICO.—Aquí llevais una mota.
SOPLADO.—¿Mota yo? Si no mirara
á los señores... ¿Yo mota?
Voto á... una mota... ¡Ahí es nada
el defecto! ¿De qué sirve
á un hombre lo que trabaja
por mantener su opinión,
si en manos de este canalla
va un hombre siempre vendido?
MODESTO.—"¡En una mota repara *(Aparte.)*
"por afuera, y por adentro
"estará llena de manchas!"
SOPLADO.—El relox.
TARARIRA. Ahí va con todos
sus cascabeles.
SOPLADO. Las cajas.
TARARIRA.—Dos, tres, cuatro, cinco...
SOPLADO. Espera,
y los frasquitos alcanza,
iré mojando pañuelos;
no me vea en la desgracia
del otro día.
TRES AMIGOS.—¿Qué fué?
SOPLADO.—Varios pañuelos llevaba,
rociados de las mejores
y más exquisitas aguas;
y se le antojó el olor
de clavel á cierta dama:
pidiómele, y yo, que acaso
entonces no le llevaba,
discurrid cuál quedaría;
sorprendido, hecho una estatua,
corrido: estos son los lances
en que los hombres atrasan
sus carreras: y es un caso,
que en las historias no se halla:
por eso ahora siempre voy
hecho una botica.
MODESTO. Vaya,
que si así prosigues, pronto
en ti mismo habrás de usarla.
MÓNICO.—En todo sois primoroso. *(A Soplado.)*
Don Modesto, esta enseñanza
habíais de tomar.
ZOILO. ¿Os dura
todavía aquella avara
propensión hacia los libros?
MODESTO.—Y siempre con más constancia.
Esas son las diversiones
sin riesgo.
MÓNICO. Vos con ta rara
manía, os volvereis loco.
SOPLADO.—Y sin alguna sustancia,
ni especial utilidad;
¡ved qué diferencia se halla
de vos á mí! ¡Y qué distinto
concepto tienen las damas
de los dos! Vos estudiando
ignorais cómo agradarlas;
yo con sólo presentarme,
las agrado y me idolatran,
de modo que unas con otras
por mis obsequios se arañan.
MODESTO.—Dichoso sois. ¡Ay de quien
con la estrella más contraria,
vive inclinado á quien nunca
se enternece de sus ansias!
SOPLADO.—Vos teneis la culpa, pues
os inclinais á beatas,
que tienen el dar la mano
á un hombre por grave falta
de su recato, por culpa

asomarse á una ventana
sin celosía: ¿visitas
cuando madre no está en casa?
¡Jesús, y qué liviandad!
Eso es ser galán de marras:
amigo, *marcialitate:*
menos amor, y más maulas;
menos conceptos, más bulla;
menos decoro, más labia,
ó meterse luego fraile,
porque dudo que halleis dama
tan boba, tan doña Elvira,
y de tan poca crianza,
que por quereros de veras,
ponga en opinión la fama
del buen gusto.

MODESTO. ¿Y qué es buen gusto?

ZOILO.—Yo os lo diré: una fantasma
que como á los racionales
entes les anima el alma,
á los entes petimetres
anima invisible, para
que se esfuercen á salir
de las jerarquías bajas
de su especie, hasta ocupar
la sublime; y se señalan
estos felices sujetos,
ya en la hechura de las cajas
que llevan, ya en los relojes,
ya en la conducción gallarda
del aire de la figura,
ya en la guarnición extrraña
y colores del vestido;
ya, finalmente, en la gracia
inconcusa con que se hacen
preferir de las muchachas.

SOPLADO.—Eso es lo cierto; vos nunca
me disputareis la palma.
El espadín.

MODESTO. Mucho siento
tengamos tan encontradas
opiniones; pero, amigos,
esa es una taramalla
de ociosidad peligrosa;
y quien las mira con casta
intención, evitar debe
con razón cuerda y cristiana,
el riesgo de que le engañen,
y el delito de engañarlas.

SOPLADO.—Quien tenga dinero suelto,
(*Mirándose al espejo.*)
dele medio real en plata
por la plática.

MÓNICO. ¿Y á dónde
vais desde aquí?

SOPLADO. Si tocaran
por ahí á misa, la oyera
primero, si no haré varias
visitas hasta la una
que entonces, aunque sea larga
en el Buen Suceso, como
hay concurrencia tan varia,
está un hombre divertido.

MÓNICO.—Vamos todos de reata
á presentar al amigo
á las hijas, y madama
de don Simplicio.

SOPLADO. Es verdad;
y amigo, hay una que canta
grandemente.

ZOILO. ¡Grandemente!.. (*Burlándose.*)
Al que viene de la Italia
hecho á oir aquellas orquestas,
que en la menor serenata
hay cuatrocientos violines,
ciento y dos trompas de caza,
cien oboes y ochenta bajos,
¿qué efecto queréis que le haga
una mujer?

MODESTO. Ser mujer
española la que canta.

TODOS.—Vamos allá.

SOPLADO. Tararira,
ponte al instante la capa
y llévalas esas flores. (*Vanse.*)

TARARIRA.—Haráse como lo manda;
pero antes es menester
lavarme también la cara,
y rociar todos los trapos.
Vamos adentro, Panarra,
me ayudarás á vestir.

LACAYO.—Yo me voy ahora á la plaza
por los postres.

TARARIRA. Es preciso
componernos, que en la casa
del tamborilero, todos
saben danzar la pavana.

Vanse, y cayendo otro telón de salón, que desfigure la primera escena, sale DOÑA TECLA *de petimetra.*

TECLA.—Milagro es que me han dejado
sola este rato siquiera
para estudiar la tonada:
voy ahora á ver qué tal suena

en el clave, porque aquí
sale mi padre, no sea
venga con alguna de
sus muchas impertinencias.

Vase y sale D. SIMPLICIO, *en bata y gorro, los zapatos en chancleta, una media negra pues ta, y cosiendo la otra.*

SIMPLICIO.—Más que la de San Francisco
es larga la tal carrera;
y el punto está, en que ha tres horas
que el punto final no llega;
mas ya he perdido la aguja;
voto á la... que no hay paciencia
para sufrir tanto, y eso
que yo la tengo tremenda.
¿Juana?

Sale DOÑA VERÓNICA *cosiendo una cinta á una venera.*

VERÓNICA. ¿Qué á Juana quieres?
SIMPLICIO.—Que me componga esta media,
que ya me canso.
VERÓNICA. No puede,
que está ocupada allá afuera
con aquel mozo paisano,
que suele venir á verla,
y rabiará si la llaman.
SIMPLICIO.—Pues mujer, dame cualquiera
aguja, y proseguiré.
VERÓNICA.—Por milagro hallé yo esta.
SIMPLICIO.—¿Y qué es lo que estás cosiendo?
VERÓNICA.—Una cinta á una venera
de un amigo.
SIMPLICIO. ¡Qué bonita! (*Acercándose.*)
¡Hola! ¡Esta parece nueva!
VERONICA.—¡Qué lerdo eres! Más de cien
veces se la has visto puesta.
SIMPLICIO.—Soy hombre de vista gorda:
no riñas por eso. ¿Tecla?

Sale DOÑA TECLA, *embelesada, leyendo un papel de seguidillas.*

TECLA.—Es en glorias pasadas (*Leyendo.*)
el pensamiento,
unas veces verdugo
y otras consuelo.
Y en las futuras,
á veces esperanza,
y á veces duda.
SIMPLICIO.—Tómate, qué embelesada
sale esotra en su leyenda!
¿Tecla, no oyes que te llamo? (*Recio.*)
TECLA.—No lo oigo: ¿que nos vocea
usted? Y será todo ello
al cabo una friolera.
SIMPLICIO.—¡El agrado que tú gastas
con tu padre, es cosa bella!
Cóseme esta carrerita.
TECLA.—Tómate: ¿y para eso eran
las voces? Estoy ahora
divertida en estas nuevas
seguidillas, y no puedo.
SIMPLICIO.—¡Es razón que me hace fuerza!
Dame aguja, y yo lo haré.
TECLA.—Con mucho gusto, á tenerla;
pero ni aun sé dónde para
la almohadilla.

Sale DOÑA PLÁCIDA *con un legajo de comedias en la mano.*

PLÁCIDA. ¿Qué comedia
de éstas, madre, es la mejor?
VERÓNICA.—¿A ver qué títulos? Esta,
que tiene gran travesura
de lances, y toda ella
es un arte de requiebros:
ahí veras, qué estratagemas
se aprenden para engañar
á un viejo padre, que vela
el caro honor de sus hijas,
y luego, á pesar de rejas
y llaves, ¡con qué primor
á sus padres se la pegan!
SIMPLICIO.—No se le escapará nada,
que la muchacha no es lerda.
¡Es capaz de traer al
retortero dos docenas!
Plácida, dame una aguja,
para coser esta media.
PLÁCIDA.—¡Ay, padre, mal viene usté!
¿Yo aguja? Desde la feria
pasada, que á don Pepito
le puse una escarapela
en el sombrero, no sé
ni si las hay en la tienda.
SIMPLICIO.—Este es el diablo, que quiere
que yo pierda la paciencia:
pues no ha de ser, aunque salga
hoy á la calle en calcetas.
TECLÁ.—"Oyes, Plácida, repara, (*Aparte.*)
qué dada está á la tarea
madre."
PLÁCIDA. ¡Tómate! ¡No es cosa!
¡Todo su talento emplea
en rizar aquella cinta!
TECLA.—Bien la merece la pena.
VERÓNICA.—¡Si voy yo á las habladoras!..

PLÁCIDA.—Señora, son cosas nuestras.
SIMPLICIO.—Déjalas que hablen, mujer.
¿Chicas, tengo yo otras medias?
TECLA.—Mire usted si la criada
las tiene acaso compuestas.
¿Juana?

CRIADA. *Sale.*

CRIADA. ¿Qué Juana, señores?
¡No estamos con mala flema,
y nadie ha oído misa en casa!
SIMPLICIO.—¿Pues qué es hoy día de fiesta?
VERÓNICA.—Despacha y ve tú primero,
que sobrado tiempo queda.
TECLA.—A la una aquí en la parroquia
hay misa; pero es eterna.
CRIADA.—Voy á echarme la basquiña,
(Llaman.)
y á ver quién llama á la puerta. (*Vase.*)

TARARIRA, *sale con ramos de flores.*

TARARIRA.—Señoras, bésoos los pies:
á traer esta primavera
vengo de parte de mi amo.
VERÓNICA.—¿Señor Tararira, era
hora de vernos?
TARARIRA. ¿Pues cuándo
Tararira no está en esta
casa, si no en realidad,
in mente?
TECLA. Grandes fachendas
tiene vuestro amo.

Salen los cuatro caballeros, y D. SOPLADO *delante*

SOPLADO. ¡Dichoso
quien á tan buen tiempo llega
que oyó en tus labios su nombre!
"¡Y dirán que el leer comedias *(Aparte.)*
„no es útil! Este concepto,
„á fe si viene á la letra."
LOS CUATRO.—Señoras, á vuestros pies.
LAS DAMAS.—Señores, á la obediencia.
VERÓNICA.—Tecla fué la que os nombró.
TECLA.—Pues no la creais fineza,
que nos teneis enfadadas.
VERÓNICA.—Muy tonta eres en dar quejas
á nadie, que el que quisiere
venir, ahí tiene la puerta;
pero nunca echamos menos
al que no viene.
MODESTO. "Embustera, (*Aparte.*)
„que á todos dice lo propio,
„y es envidia manifiesta
„á aquellas casas adonde
„son norias las escaleras,
„y arcaduces los galanes,
„que unos salen y otros entran."
SOPLADO.—Señoras, ustedes digan
lo que gusten; pero vean
si es suficiente disculpa
de tardar hoy la asistencia
á este amigo, que ayer vino
de París.
ZOILO Con buena estrella,
pues no bien pisé del puerto
las suspiradas arenas,
cuando mi dicha al alcázar
de las tres gracias me lleva
VERÓNICA.—Vos seais muy bien venido,
que ya habéis dado la muestra
de vuestro mérito.
LAS DOS NIÑAS. Ved.
si hay en que serviros pueda
esta casa.
TARARIRA. Esto se llama
mueble nuevo.
MÓNICO. Aunque no es esta
mi casa, con el favor
que sus dueños dispensan,
en ella y en mi posada
podéis mandar.
SIMPLICIO. Mis ofertas,
caballero, valen poco
en esta casa, pues de ella
sólo sé que soy el dueño
cuando el casero me llega
á pedir el alquiler;
pero al fin, propia ó ajena,
la ofrezco, *sub conditione,*
que mi mujer lo consienta.
SOPLADO.—¿Qué hacéis, señor don Simplicio?
SIMPLICIO.—En coser esta carrera
me divertía, y perdí
la aguja.
VERÓNICA. Pues tomad esta...
SIMPLICIO.—Dios te lo pague.
VERÓNICA. Que yo
ya acabé esta friolera.
MÓNICO.—Ya conozco esa alhajita.
(Señalando la cinta que cosía Verónica.)
¿y adónde está el dueño de ella?
VERÓNICA.—Fuera de Madrid.
MÓNICO. ¿Pues cómo
ha conseguido licencia?
PLÁCIDA.—Ha de volver esta tarde,

y salió á las ocho y media,
esta mañana.

VERÓNICA. ¡Si no,
seguro está que saliera!

TECLA.—Madre, mire usted que es tarde.

VERÓNICA.—De recibiros de priesa
y en esta pieza de paso,
por hoy la disculpa sea
el que no hemos oído misa.

SOPLADO.—¡Jesús, y qué arco de iglesia!
Del mismo color estamos
los tres; pero á bien que cerca
la tenemos á la una.

PLÁCIDA.—Apenas tiempo nos queda
de ponernos las basquiñas.

SOPLADO.—Vereis cómo se remedian
tan grandes inconvenientes. *(Vase.)*

PLÁCIDA.—Venga usté aquí, Juanenreda,
¿qué va usted á hacer?

SOPLADO. Al instante *(Dentro.)*
voy allá con la respuesta.

SIMPLICIO.—El tal don Soplado es
muchacho de gran viveza.

Sale la CRIADA *de mantilla con el* MAJO, *y tocan dentro.*

CRIADA.—Señores, el primer toque:
no hay que descuidarse.

PLÁCIDA. ¡Ah, perra!
¡Qué bravamente has pelado
la pava!

CRIADA. Su horita y media;
desquítense luego ustedes.

MAJO.—Vaya dos horas de arenga,
veras qué breve te dejo.

CRIADA.—Vaya, hijo, no te enfurezcas,
que esto está acabado

VERÓNICA. Digo, *(Al Majo.)*
venga usted con su vihuela
esta noche, que ser puede
que algunas amigan vengan,
y se baile un rato.

MAJO. Bien,
se hará como usted lo ordena:
vamos, chica, ¡brava loca
es tu ama!

CRIADA. Se la lleva
el diablo cuando á las hijas,
ó á mí alguno nos festeja.

MAJO.—¡Mujer extraña!

CRIADA. No tal,
que hay otras muchas como ella.

Vanse los dos, y sale D. SOPLADO *con tres basquiñas y tres mantillas.*

SOPLADO.—Caballeros, cada uno
le sirva de camarera
á una señora, y así
despacharemos apriesa.

MÓNICO.—Venga aquí la de madama.

VERÓNICA.—Esta es.

ZOILO. Ya que me franquea
la suerte casualidad
tan feliz, delito fuera
no lograrla.

TECLA. Me conformo.
que aquí no somos de aquellas,
que lo mismo que apetecen,
fingen que lo menosprecian.

SIMPLICIO.—¿Qué basquiña llevas, hija?

VERÓNICA.—¿Qué, necesitas tu verla?
Afuera, que hace calor:
los parientes una legua.

PLÁCIDA.—¿Qué milagro es que os dignais *(A Mónico.)*
de hacer tan grande fineza
conmigo? Ved que mi madre
quizá formará una queja
de este obsequio, que tan mal
en servirme á mí se emplea.

SOPLADO.—Señorita, un hombre solo,
para tantas incumbencias
es poco, y es fuerza que obre
en algunas con tibieza.

VERÓNICA.—Don Soplado, una palabra:
¡bravamente se aprovechan
los instantes!

SOPLADO. ¿Ignorais
que á Dios hemos de dar cuenta
de los instantes ociosos?

MODESTO.—¡Y qué bien que los emplea!

VERÓNICA.—¿Qué sujeto es ese abate?
¿De aquellos que se adocenan
en la estimación?

SOPLADO. Señora,
vos le haceis una tremenda
injusticia; ese sujeto
ha ido á estudiar las ciencias
á las cortes: trae secretos
para disimular pecas
del rostro, limpiar blondinas,
quitar manchas, lavar medias,
y otros grandes intereses
de la nación.

MÓNICO. La pulsera, *(Quieto.)*

que se le ha caído á madama.
SOPLADO.—Perdonad la inadvertencia.
TARARIRA.—"¿Don Modesto, cómo ahora,
(*Aparte los dos.*)
"sobre llevarse la prenda,
"no se tiran los galanes?"
MODESTO.—"La culpa tienen aquellas
"que han puesto en tan bajo precio
"los favores, que cualquiera
"puede haberlos, y las cosas
"se estiman conforme cuestan."
TECLA.—Señor abate, mil gracias.
ZOILO.—Mandad cuanto se os ofrezca,
soy inclinado á la iglesia. (*Tocan dentro.*)
SIMPLICIO.—Hijas, el segundo toque.
VERÓNICA.—¿Quién la mantilla me echa?
TECLA.—¿Quién, me tira esta basquiña?
PLÁCIDA.—¿Quién un rosario me presta,
que no sé dónde está el mío?
SOPLADO.—Ahora un libro cualquiera
es más moda que un rosario.
PLÁCIDA.—No tengo.
ZOILO. Para una urgencia
la Guía de forasteros
basta. (*Dásela.*)
VERÓNICA.—Tú en casa te quedas
(*A D. Simplicio.*)
y si tarda la criada,
echa al puchero la especia,
y di á quien venga que espere,
que á la misa de una y media
ó de las dos, puedes ir.
SIMPLICIO.—Voy á ponerme las medias,
y á obedecerte.
TARARIRA. ¿Podrá
ser verdad esta comedia.
MODESTO.—"Yo no lo sé: lo que es cierto
(*Aparte.*)
"que va la crítica á tientas;
"el cogido calle, y diga
"el que no, que ande la rueda "

Vanse los petimetres agarrados de las manos de las damas, detrás burlándose D. MODESTO *y* TARARIRA, D. SIMPLICIO *por el otro lado, y se da fin.*

La visita de duelo

PERSONAS

DOÑA MARTA, señora de la casa.
DOÑA JOAQUINA, DOÑA IGNACIA, DOÑA SEBASTIANA y DOÑA PEPA, sus amigas.
DOÑA MARIANA, visita de cumplimiento.
GABRIELA, criada.
JUANITO, niño de cinco años, señorito de la casa.
PERICO, paje.
D. COSME, abate serio.
D. LORENZO, petimetre de buen humor.
D. JOSÉ, viejo alegre.
DON FERNANDO, D. ROQUE, D. EUSEBIO y DON LINO, petimetres.
OTRO PAJE de las visitas.
OTRA CRIADA.

La escena es en Madrid. Salón corto.

Salen DOÑA MARTA *de luto, y* GABRIELA *de criada.*

MARTA.—Cuidado que esté la casa,
como te digo, en silencio,
y que después los criados
no metan bulla allá dentro,
que es grande la seriedad
de las visitas de duelo:
y cuenta que cuando salgas
para servir el refresco,
te pongas basquiña y
collar y pendientes negros:
que saques sólo una vela
de cera en un candelero,
y haya para alumbrar otra
en la antesala, de sebo.
GABRIELA.—Bien está.
MARTA. ¿Dónde está el niño?
GABRIELA.—Jugando está con don Pedro
á las Damas, que le gusta
al señorito este juego.
MARTA.—¿Niño?
NIÑO. Señora, ya voy. (*Dentro*).
MARTA.—¿Perico?
PEIRCO. Señora. (*Dentro.*)
GABRIELA. ¿Tengo

más que saber?
MARTA. Por ahora
no.
GABRIELA.—Pues voy á disponerlo. (*Vase.*)

Sale el NIÑO

NIÑO.—Madre, ¿que me manda usted?
MARTA.—Aguárdate.
NIÑO. ¿Qué, tenemos
visitas? ¿Si me traerán
rosquillas y caramelos?

Sale PERIQUITO

PERICO.—¿Qué manda usted?
MARTA. Que te lleves
á casa de sus abuelos
este niño; y les dirás,
que ya saben sus enredos,
y se le envío esta noche
porque no alborote el duelo.
NIÑO.—¡Ay, no, madrecita mía!
¡Por Dios! Yo me estaré quieto.
MARTA.—¿Cuántas palabras me das?
anda, anda, que no te creo:
llévale, y cuando te vuelvas,
encárgale al pastelero,
por si quiere alguna amiga
tomar un bocado adentro
con disimulo—que á fuera
debe estar todo muy serio—
un par de hojaldres.
NIÑO. ¡Hojaldres!
¡Y en la lumbre está cociendo
una olla de chorizos,
que yo la he visto! No quiero
irme, que yo también soy
de Dios: perdone mi abuelo.
MARTA.—Pues mira que á la primera
travesura te desuello
á azotes.
NIÑO. Si digo á usted
que me estaré como un muerto!
PERICO.—Coche ha parado.
MARTA. Pues mira
quién es, y vete al momento
á esa diligencia; y tú
vé á jugar con tus enredos,
y no salgas hasta que
te llame yo.
NIÑO. Ya lo entiendo. (*Vase.*)

Salen D.ª IGNACIA *de luto, y* D. LORENZO *y* D. EUSEBIO *de petimetres*

MARTA.—No te sabré encarecer,
hija mía, lo que siento
haberte avisado para
visita tan triste.
IGNACIA. En siendo
en tu casa, para mí
todos los ratos son buenos.
¿Cómo estás?
MARTA. Muy enfadada
de tener en este tiempo
juntas todas mis amigas;
y en vez de divertimiento,
darles el chasco de que
se estén pésames fingiendo.
IGNACIA.—¿Qué se ha de hacer?
MARTA. Sientaté:
no digo á estos caballeros
que vuelvan, porque esta noche
todo aquí ha de ser silencio.
LORENZO.—¿Usted nos tiene por muy
habladores, según eso?
MARTA.—No, señor; sino que juzgo,
que para estar circunspectos,
pegados contra una silla
toda la noche, teniendo
el lugar mil diversiones,
fuera el convite muy necio.
EUSEBIO.—Vuestra opinión contra sí
tiene muchos argumentos,
señora: primeramente,
que el estar á los pies vuestros
debe ser para nosotros
el superior embeleso:
lo segundo. que ¿quién quita
que unos con otros hablemos,
formando nuestra tertulia
los hombres? Y lo tercero,
que en llamándonos ustedes,
con cualesquiera pretexto
podemos pelar la pava.
MARTA.—El discurso es harto bueno;
¿pero no veis que sería
reparado de los viejos
traer los mozos al estrado,
y dejarlos?
LORENZO. Por lo mesmo
digo yo, que lo mejor
de todo es mi pensamiento.
IGNACIA.—¿Y cuál es ese?
LORENZO. Bailar.
MARTA.—¿En un luto?
LORENZO. ¿Y qué tenemos?
El carnaval y la maña
todo pueden componerlo.

MARTA.—Sin duda. ¿Que siempre esteis (*Sonriéndose.*)
de chacota, don Lorenzo?
IGNACIA.—No te propone una cosa
en que carezca de ejemplo.
¿La dolorida se irá
temprano?
MARTA. ¿Qué sé ye de eso?
LORENZO.—No darla conversación
para que se enfade; y luego
anticipar al reloj
de campana, que está adentro,
las horas, que aquí estoy yo
pronto ara disponerlo:
y después de que se vaya,
los de casa quedaremos,
y toda la noche es día.
IGNACIA.—¿Qué te parece que hicieron
en casa de doña Laura?
Apenas había vuelto
la esquina, cuando ya estaban
templando los instrumentos
para bailar.
MARTA. ¿Y lo sabe?
IGNACIA.—¿Qué ha de saber? No por cierto.
¿No ves que se interesaban
todos los que concurrieron
en callar?
MARTA. Pues de ese modo,
en estando ahí unos ciegos
á prevención para cuando
marche, está todo compuesto.
IGNACIA.—¡Ya se ve!
MARTA. ¿Y cómo se hará
sin que lleguen á entenderlo?
Porque si envío al criado,
hablarán ellos con ellos,
y lo sabrá todo el mundo.
LORENZO.—Pues yo me obligo á traerlos,
y entrarlos por la cocina,
prevenidos del silencio
y recato que ha de haber
hasta que les avisemos.
IGNACIA.—Bien está; pero cuidado
que lo han de ignorar los mesmos
concurrentes, y las propias
amigas, hasta que luego
se hallen con la diversión
cuando la esperaban menos.
MANTA.—¿Y tendremos hartos hombres?
EUSEBIO.—Yo traeré dos compañeros,
prevenidos de que callen
y esperen.
LORENZO. Pues bien; quedemos
en callarlo, y en tratarla
con el mayor cumplimiento
á nuestra negra visita
para que nos deje presto.
MARTA.—Vayan ustedes con Dios,
y traten de disponerlo
por allá como quisieren.
LOS DOS.—A vuestros pies: hasta luego. (*Vanse.*)
MARTA.—¡Ay, Ignacita, no sabes
ahora de lo que me acuerdo!
IGNACIA.—¿De qué?
MARTA. De que mi marido
quizá podrá no tenerlo
á bien.
IGNACIA. Echame la culpa,
y dí que yo lo he dispuesto.
MARTA.—Está bien. ¡Bien hayan las
amigas que saben serlo!

Salen de negro DOÑA PEPA, DOÑA SEBASTIANA *y* DOÑA JOAQUINA *muy serias, y el* PAJE

JOAQUINA.—Que vuelva el coche á las nueve.
MARTA.—Aguárdese usted, D. Diego, (*Al paje*)
que tengo yo que decirle.
SEBASTIANA.—¿Qué hay, hija mía? Me alegro
de verte. (*Se abrazan.*)
IGNACIA. Que estés tan buena
y tu pariente, celebro
SEBASTIANA.—A tus pies.
IGNACIA. Vivas mil años.
MARTA.—Ahorremos de cumplimientos,
y sentarse.
Diga usted, (*Quedo al Paje.*)
querido mío, al cochero,
que no vuelva hasta las doce;
y le encargo á usté el secreto
con todo el mundo.
PAJE. ¿Y mi ama
qué dirá después?
MARTA. Yo quedo
para disculpar á usted.
PAJE.—De esa manera, obedezco. (*Vase.*)
MARTA.—Antes que vengan más gentes,
hijas mías, os advierto
que es necesario guardar
la etiqueta en el refresco;
que podéis con disimulo
entraros después adentro
á tomar una ensalada
JOAQUINA.—Cree que te lo agradezco,

que yo, como estoy así,
todo el día estoy comiendo.

PEPA.—¡Mucho tarda tu visita!

SEBASTIANA.—Y extraño también su empeño
en pagarlas por ahora
la buena mujer, teniendo
inmediata la Cuaresma,
que parece mejor tiempo
de seriedad.

MARTA. ¿Y qué quieres?
Ha avisado, y yo no puedo
excusarme á recibirla
siendo parienta del muerto.

PEPA.—Otro coche.

MARTA. Ella será.

IGNACIA.—Pues todas nos mesuremos,
y paciencia.

PEPA. Estas visitas
de luto las aborrezco.

Sale D.ª MARIANA *de luto y sin hablar, va dando las manos á todas, con úna cortesía á la francesa, y se sienta en medio callando por un rato.*

MARIANA.—Me alegro de ver á ustedes
buenas.

TODAS. Nosotras tenemos
igual gusto en ver á usted.

IGNACIA.—Y todas compadecemos
igualmenje su quebranto.

MARTA.—Y yo le lloro de nuevo
como tan interesada. (*Llora.*)

MARIANA.—¡A no ser por lo que debo
á las amigas, cuánto ha
que fueran polvo mis huesos!
Vivan ustedes mil años.

JOAQUINA.—Señoras, dejemos eso,
y tratemos de materias
indiferentes.

IGNACIA. Lo apruebo.
¿Conque estuviste el domingo
en casa de Laura?

MARIANA. Siento
que me toques ese punto:
mejor será que callemos.

TODAS.—¿Por qué?

MARIANA. Porque la tenía
por muchacha de talento;
pero ya tengo fundado
muy diferente concepto:
¿sabéis lo que hizo?

MARTA. Yo no.

MARIANA.—Puestá bien manifiesto
en el lugar: que al instante
que yo me fuí, se pusieron
á divertir.

TODAS. ¡Qué locura!

PEPA.—Ciertamente fué mal hecho.

IGNACIA.—¿Hubo baile?

MARIANA. Y más que baile;
hubo tonadillas, juegos
de prendas, y hasta la una
muy dada, se divirtieron.

IGNACIA.—¡Mire usted qué amigas esas!

MARTA.—Si todo es un fingimiento
en este mundo!

TODAS. Es verdad.

Sale NIÑO.

NIÑO.—¡Madre!

MARTA. Márchate allá dentro

MARIANA.—Déjale venir: Juanito,
llégate acá; dame un beso;
toma esta rosquilla.

SEBASTIANA. Toma
este par de caramelos.

MARTA.—¿No te he dicho que no salgas?

NIÑO.—Señora, á preguntar vengo
si sacan luz

MARTA. Que la saquen.

MARIANA.—¡Qué lindo está! Vuelve luego.

NIÑO.—¿Hay más rosquillas?

MARTA. ¡Muchacho!
(*Seria.*)

MARIANA.—¡Está gracioso en extremo!

Salen D. JOSÉ, D. ROQUE *y* D. FERNANDO; *hacen una reverencia, y se sientan muy serios.*

LOS TRES.—Señoras, bésoos los pies.

MARTA.—Buenas noches, caballeros.

FERNANDO.—¿Qué, es duro ese taburete?
(*Quedo, á José.*)

JOSÉ.—Voy á buscar un asiento
cómodo para dormir.

ROQUE.—¿Pues qué, estais falto de sueño?

JOSÉ.—Es que, amigos, yo no sé
callar si no estoy durmiendo.

Sale GABRIELA *con luces.*

GABRIELA.—A los pies de ustedes.

JOSÉ. ¡Qué
(*Riendo.*)
retablo de trompeteros!

FERNANDO.—¿Pues qué, han de venir de gala?

ROQUE.—¡Qué serias están!

JOSÉ. Yo apuesto
no pasa una hora sin que
se alborote el gallinero.

ROQUE.—No nos haga usted reir,

con mil santos.
JOSÉ. Pues callemos.
Sale D. COSME *de abate muy serio.*
D. COSME.—Señoras, si en un dolor
el valerse del silencio
es la mayor elocuencia,
hoy ser elocuente quiero,
para ponderar callando
todo lo que no pondero.
MARTA.—Sentaos aquí en el estrado,
don Cosme.
D. COSME. Fuera supremo
honor; mas como es un caso
ver los abates enmedio
de las damas cortejando,
de que no se da un ejemplo,
se sonrojara el carácter,
y se alborotara el pueblo.
MARTA.—Pues sentaos donde gusteis.
(*El reloj dentro de las siete.*)
D. COSME.—Satisfago obedeciendo.
MARIANA.—¿Las siete? Yo juzgué era
más temprano.
IIGNACIA. No por cierto;
¿no ves que ha ya más de un mes
que van los días creciendo?
COSME.—Yo tengo la seis.
MARTA. Pues vais
atrasado.
COSME. No lo creo:
que los abates llevamos
las cosas con mucho arreglo.
JOSÉ.—Y sobre todo, memoria,
voluntad y entendimiento.
MARTA.—¿En qué piensan mis criados,
que no sacan el refresco?
(*Sacan los criados aguas, azúcar, etc.*)
Sale GABRIELA.
GABRIELA.—Ya está aquí, señora.
JOSÉ. ¡Brava
merienda para este tiempo!
GABRIELA.—¿No toma usted?
COSME. Los abates,
ni comemos ni bebemos;
porque no somos humanos
en obras ni en pensamientos.
MARTA.—¿Qué, no tomáis chocolate?
JOAQUINA.—¿Qué importa?
MARTA. Ya veis que el duelo
no concede facultades
para otra cosa.
JOAQUINA. Yo creo
que va á darme uua congoja:
perdonadme, que ya vuelvo. (*Vase.*)
SEBASTIANA.—Pepa, ¿qué tendrá la hermana?
(*Vase.*)
PEPA.—Me voy allá dentro á verlo. (*Vase.*)
JOSÉ.—Si se levanta una, todas
van á ver la casa á un tiempo.
MARIANA.—¿Si se habrá desazonado?
MARTA.—Naturalmente: yo quedo
á acompañarte. Ve tu (*A Ignacia.*)
para que nos enteremos.
IGNACIA.—Yo estoy asustada toda;
pero iré. (*Vase.*)
ROQUE. ¿No ves qué serio
y formal está el abate,
y allí tan solo?
JOSÉ. Ese gremio
está de ridiculeces
y de pasiones exento;
conque, amigo, cuando él lo hace,
razón tendrá para hacerlo.
Sale el NIÑO *comiendo.*
MARIANA.—Ven acá, Juanito mío,
¿qué meriendas?
NIÑO. Un torrezno,
que me han dado las señoras
que están merendando adentro.
¿Madre, me dará usté hojaldre?
MARTA.—¿Muchacho, qué estás diciendo?
JOSÉ.—Cuando lo dice, estudiado
lo tendrá. ¡Ay! ¡ay! ¡ay!
TODOS ¿Qué es eso?
JOSÉ.—Que me da una congojilla:
perdonadme que ya vuelvo. (*Vase.*)
MARTA.—Ahora que nadie nos oye; (*Quedo.*)
si quieres un refrigerio,
éntrate disimulada,
le tomarás.
MARIANA. Lo agradezco.
¿"Habrá mayor porquería (*Aparte.*)
"que irsé á merendar adentro,
y dejadme?"
Sale IGNACIA.
IGNACIA. No fué nada;
mejorcita está.
MARIANA Me alegro.
MARTA.—"¿Has tomado algo?" (*Aparte las dos*)
IGNACIA. "Muy poco:
"lo dejamos para luego
"que se nos vaya esta chinche,
"por el gusto de que estemos
"todas juntas."

MARIANA. "¡Qué amistades (*Aparte.*)
"tan finas experimento!"

Sale JOAQUINA.

JOAQUINA.—Gracias á Dios, que mejora (*A las otras dos.*)
sus horas.

Sale JOSÉ.

JOSÉ. Si no reviento
de risa esta noche, amigos,
es por reir un año entero.

FERNANDO.—"¿Dé qué?" (*Aparte los tres.*)

JOSÉ. "Escuchadlo quedito."
(*El reloj da las ocho.*)

MARIANA.—¿Las ocho? ¿Está descompuesto
este reloj?

IGNACIA. No, sino
que se pasa breve el tiempo.

COSME.—La brevedad de la vida
es la reflexión que hacemos
cotidiana los abates
en verano y en invierno.

Sale D. EUSEBIO D. *y* LINO.

EUSEBIO.—Señoras, bésoos los pies.

Sale LORENZO.

LORENZO.—Ya estáis servida en aquello.

MARTA.—"¿En qué?" (*Aparte.*)

IGNACIA. "En los ciegos, mujer."

MARTA.—Muchas gracias: ya me acuerdo.

MARIANA.—"Todas están deseando (*Aparte.*)
"que me vaya, y por lo mesmo
"me he de estar hasta las once."

EEUSEBIO.—Aquí, madama, os presento
este amigo.

MARTA. En mala noche
viene, que estamos de duelo.

LINO.—El sol, aunque esté entre nubes,
jamás dejó de ser bello.

TODAS.—¡Viva!

LINO. "¿Y aquí ha de haber baile?"
(*Aparte los dos.*)

EUSEBIO.—"Ya lo veréis."

LINO. "No lo creo:
"gana me da de llorar
"sólo de ver tanto negro."

LORENZO.—"Dentro de un rato verás
"qué encarnadas las tenemos."
(*El reloj da las nueve.*)

IGNACIA.—¡Jesús! Las nueve son ya:
Dios quiera que vengan presto
mis criados.

MARIANA. Mi reloj
va con el del Buen Suceso,
y ahora son las siete y cuarto.

Sale el NIÑO.

NIÑO.—Madre, preguntan los ciegos
que cuándo se empieza el baile.

MARIANA.—Hijo, diles que al momento;
que yo me iré, aunque sea á pie,
por no estorbar. (*Levántase.*)

MARTA. ¡Embustero!
¿Qué dices?

NIÑO. Adentro están:
venga usté á ver si yo miento;
por señas que el uno ve,
y trae el violín cubierto
con una camisa verde.

MARIANA.—Yo voy sentida en extremo
de haberos mortificado.

MARTA.—Aguarda, que ya que hablemos
de veras, te contaré
cómo tenía dispuesto,
que cuando te levantases
te dijera don Lorenzo...

LORENZO.—"¡No había otro más bonito!"
(*Aparte.*)

MARTA.—Que acabado el cumplimiento,
y hecha cargo de que da
muchas anchuras el tiempo,
quedases á divertirte.

MARIANA.—¿Mujer de tan poco seso
me juzgas, que á los dos meses
de haberse mi padre muerto,
había de asistir á un baile?

SEBASTIANA.—¿Hay más de que no bailemos,
y que cantando tonadas,
y echando estos caballeros
relaciones, divirtamos
la noche?

MARIANA. Si no es más que eso, (*Alegre.*)
aún mucho más que culparos
tendría que agradeceros;
que luego que voy á casa,
de verme sola me seco.

COSME.—Yo me iría á acompañarla;
pero hay hombres tan perversos,
que murmurarán de que
fuera un abate cortejo.

IGNACIA.—Ea, pues haced que salgan
luego al instante los ciegos.

FERNANDO.—Que cante el ama de casa
una tonada.

(*Los criados sacan á los ciegos.*)

MARTA. Primero
cantará unas seguidillas

Pepa.
PEPA. Pronta estoy.
MARTA. Y luego
echará una relación
cada uno.
TODOS. No la sabemos.
IGNACIA.—¿Ni usted tampoco? *(A Cosme.)*
COSME. Nosotros
somos, señora, hombres serios,
que sólo nos empleamos
en sublimes ministerios;
ni acompañamos madamas
á comedias ni á paseos,
ni cortejamos, ni somos
capaces de algún defecto:
todo en nosotros es ciencia,
virtudes y buen ejemplo:
este traje es español,
estos rizos son aseo;
y si hubiera quien pensara
en contradecir aquesto,
hay abates y ex-abates
que vendrán á defenderlo,
como el asunto mayor
para lucir sus talentos. *(Vase.)*
JOSÉ.—¡El abate va con mosca!
LORENZO.—Dé gracias á que no tengo
licencia de responderle,
que le haría ver por cierto
que en todas las clases hay
de lo malo y de lo bueno.
Pero vamos á otra cosa,
que no se viene á argumentos
aquí, sino á divertirse:
que mandeis, señora, os ruego
que cuelguen una cortina,
que ya que estos caballeros
no quieren representar,
sólo basto para haceros
una comedia con loa,
tonadillas é intermedios.
MARTA.—¿Usted solo una comedia?
JOSÉ.—¡El título será bueno!
LORENZO.—*La brevedad sin substancia:*
ved si ofrece el argumento.
TODOS.—Muy bien.
LORENZO. Pues ahora entro yo.
Toque la orquesta un momento,
ínterin que yo preparo
mis bártulos, y comienzo. *(Vase.)*
MARTA.—Saca aquí unas luces. *(Las sacan.)*
JOSÉ. ¡Gracias
á Dios que va amaneciendo!
LINO.—Riámonos, y al difunto
téngale Dios en el cielo.
MARTA.—Callen ustedes, que va
á empezar ya don Lorenzo.

Corridas las cortinas de la alcoba, y mudando los trajes correspondientes con su própia ropa ó capa, hace la pieza siguiente D. LORENZO *solo.*

LOA

Sale LORENZO.

LORENZO.—Famoso y noble auditorio,
aquí está á las plantas tuyas
la celebre compañía
de Miguelillo el de Andújar,
que multiplicando afectos,
es en una pieza muchas;
perdona sus graves faltas,
que algo es menester que suplas,
porque la función empiece,
y la loa se concluya. *(Se entra.)*
(La orquesta toca en los intermedios.)

JORNADA PRIMERA

Dentro música, que canta él solo.

"Pastores de Manzanares,
"mozas de Carabanchel,
"dejadme todas que muera
"por la hermosa doña Inés."
Muere á mis manos, traidor.
(Habla dentro.)
muerto soy... ataja... ataja.

Sale.

Ya el traidor murió á mis manos,
Inés queda desmayada,
la justicia me persigue,
la corte está alborotada,
Julio en el puente me espera
con la mula aparejada;
y así, el huir me conviene.
Adiós, Inés adorada;
ya tuvieron fin mis celos,
y la primera jornada.

ENTREMÉS

Sale de pillo.

Beatriz de mi alma y de mi vida,
mira que traigo la cabeza hundida
por el rigor con que la vas cargando
de esa madera que se cría andando;

cesen tus iras, pues mi afecto ves,
que aquí cesa también el entremés.
(*Vase, cogiendo una silla al hombro.*)

TONADILLA

Sale.

Yo soy un silletero
de los de adobar sillas;
y con esto se acaba
la tonadilla.

JORNADA SEGUNDA

Quiero ver lo que me dice
doña Inés en esa carta. (*Lee.*)
"Hipólito, con tu ausencia
"fallece una desdichada:
"ven luego. Tu esposa Inés.
"A Hipólito el de Cazalla."
¡Oh, mil veces venturoso
yo, pues mi dueño me llama!
De ti, Portugal, me ausento
á ver mi prenda adorada;
el cielo me dé fortuna
en la tercera jornada. (*Vase.*)

SAINETE

Sale de majo.

Las cuatro son de la tarde,
ya es hora de ir hacia el Prado
á ver si hay alguna moza
que me pegue algún petardo.
¿Más quien mete á Juan de Huete,
si arremete ó no arremete?
Mejor será dar fin á este sainete.

TONADILLA

Esta es la tonadilla,
y este es el tono,
y esta son las chuladas
de Valdemoro.
¿Qué pides, Paco?
Que demos fin al cuento,
porque va largo.
Y agur, señores,
y agur, madamas,
que la tonadilla se acaba. (*Vase.*)

JORNADA TERCERA

Sale.

Cielos, ya estoy á la vista
de mi prenda idolatrada;
sus padres son muy gustosos
de que se unan nuestras almas:
ya fué el coche por el cura:
ya me esperan: ya me llaman.
¡Oh gustos! ¡Oh regocijos!
¡Oh alegrias no esperadas!
Y aquí, senado discreto,
la gran comedia se acaba
de la más constante Inés,
y brevedad sin sustancia.

MARIANA.—¡Vítor! Ha estado gracioso.

IGNACIA.—Pues ahora todos queremos (*A Marta.*)
que canteis alguna cosa.

MARTA.—Vamos allá.

MARIANA. Y con esto
se concluirá la visita.

JOSÉ.—¿Y esta es visita de duelo?

LORENZO.—En muchas he visto yo
pasos más cómicos que estos.

El fandango de candil

PERSONAS

UN ALCÁLDE
UN ESCRIBANO
D. JORGE
UN ABATE
UN SEÑORITO
DOÑA JUANA
DOÑA LEONOR
D. SEBASTIÁN
MARCOS, JULIÁN, MANOLO, FRAZQUILLO, MODORRO, POCHO, CUCHARA, manolos.
LA PUJITOS, MEDIOCULO, LA CULEBRA, TOMASA, APOLINARIA, CONCHITAS, TÍA MARISANCHA, UNA NIÑA, manolas.

La escena se en Madrid.

Salen LA PUJITOS, MODORRO, APOLINARIA *y* MEDIOCULO *siguiendo á* CONCHITAS, *que saldrá con guardapies y mantilla.*

CONCHITAS.—La calle de Lavapiés
es ésta; vamos, muchachas,
que si yo mal no me engaño
aquella ha de ser la casa.

PUJITOS.—¡La gente que hay á la puerta!

VOCES.—¿Julián? ¿Tía Marisancha?...
(*A la puerta.*)
¿Frazquillo?

PUJITOS. ¿Qué apuestas que
quedamos arreboladas
y sin visita nosotras?

CONCHITAS.—¿Por qué?

PUJITOS. ¿No ves la canalla
que porfía por entrar?

CONCHITAS.—Es que son bailes de fama
los de casa de mi prima:
lo menos tienen guitarra,
violín, bandurria, y toda
llena de asientos la sala:
y no es como en otras partes,
que convidan con fanfarria
á los fandangos, y luego
son cuatro descamisadas
y dos pares de piojosos,
que nenguno tiene gracia
pa tocar un estrumento.

MEDIOCULO.—Pues pide licencia, y llama
á la puerta.

CONCHITAS. ¿Yo licencia?
En jamás gasté palabras
ociosas: vamos á un lado,
no se le manchen las capas,
que vengo untada de aceite.

POCHO.—De pacio, señora guapa,
(*Pocho está también aguardando con Cuchara y los demás.*)
que antes estamos nosotros,
y no hemos logrado nada.

CUCHARA.—Si á nadie quieren abrir,
¿de qué sirve esa pujanza?

CONCHITAS.—¿No quieren abrir á naide?
Eso será á la gentualla:
déjenme llamar, verán
qué pronto las hago que abran.

ELLOS.—Poco á poco.

CONCHITAS. Pues á un lado:
poneivos detrás, muchachas,
y venid.

TODAS. Ya te seguimos.

Salen DOÑA JUANA, DOÑA LEONOR *y* D. JORGE, *de petimetres.*

JUANA.—¿Conque tú de buena gana
vieras algún fandanguillo
de candilejo?

LEONOR. Me bailan
las piernas sólo de oir
las bandurrias destempladas,
y las voces de becerro
conque estas gentuzas cantan.

JUANA.—Tampoco para mí hay rato
como verlos dar zancadas,
y á ellas, como sin escuela,
en un concurso se plantan

con desenfado á saltar,
y salga allí lo que salga;
cuando á nosotras nos cuesta
más estudios y más plata
saber bailar, que á los hombres
el graduarse en Salamanca.

JORGE.—A mí, como que son gente
sin vergüenza, no me espanta.

LEONOR.—Pues bien puede usted mirar
si hay baile en alguna casa
conocida, porque á mí
me han asaltado unas ansias
terribles de ver bailar.

JORGE.—Allí hay una; mas la entrada
nos será dificultosa.

JUANA.—Vamos, no sea usted machaca;
ya hemos dicho que queremos
ver por un rato esta zambra.

JORGE.—Eso es exponerse...

JUANA. ¿A qué?

JORGE.—A que la mala crianza
de esa gente nos desaire,
y suceda una desgracia;
porque yo soy un demonio
en viéndome con espada.

JUANA.—Pues envaine usted.

LEONOR. Todo esto
es gastar pólvora en salvas.
Si en estos hombres es raro
el que es bueno para nada:
si hubieras dicho al cadete
tú que nos acompañara,
ya estuviéramos servidas.

JORGE.—Proponer las circunstancias
agravantes de las cosas
no es, señoras, repugnarlas:
vamos, que yo también sé
hacer respetar mis barbas,
y espero que abran la puerta
sin más que saber quién llama.

JUANA.—Agarre usted de la mano,
y cuide usted de mi hermana,
y también el sobrinito.

VOCES.—¿Juliana?... ¿Tía Marisancha?...
¿Frazquillo?

CONCHITAS. No hay que empujar,
ó comienzo á manotadas.

TODOS.—Poco á poco.

JORGE. Dios me saque
con bien de empresa tan ardua.

Salen el ABATE *y el* SEÑORITO

ABATE.—Señorito, mire usted
¡qué lindo par de muchachas
van con ese petrimetre.

SEÑORITO.—¡Qué se me da á mí que vayan!
Ayo mío, este paseo
no me divierte, y me cansa:
vámonos hacia el Retiro
que hay flores, hacia la plaza
que hay fruta, ó á ver las calles
donde la procesión anda.

ABATE.—Hombre, eso son niñerías;
y á usted ya la edad le basta
para pensar cosas grandes,
como cortejar madamas,
conocer el vario mundo,
y entrar con todos en danza.

SEÑORITO.—¿Y si lo sabe mi madre?

ABATE.—Por ahora está ocupada
en rezar sus oraciones;
y bien sabe á quién encarga
su hijo: venga usted conmigo,
que no le daré crianza
opuesta á la de los que
más en Madrid se señalan.

SEÑORITO.—Si á mí esto no me divierte.

ABATE.—Ahí vereis vuestra ignorancia:
y es menester por lo mismo
que la diestra vigilancia
del ayo á quien os confían,
la venza con la enseñanza
de lo bueno y de lo malo,
porque no digáis mañana
que no os enseñó de todo.

SEÑORITO.—Yo haré lo que usted me manda.
"¡El diantre del hombre, en viendo (*Aparte.*)
"mujeres, no hay quien le haga
"andar! Parece á los machos
"que por los mesones pasan,
"que dicen que se detienen
"porque huelen la cebada."

ABATE.—¿Qué gruñe?

SEÑORITO. Voy estudiando
la lección para mañana.

ABATE.—Eso importa menos; ahora
vaya estudiando en las caras
que se encuentran, lo difícil
de encontrar la semejanza
en unas mismas especies
de un mismo modo criadas.

SEÑORITO.—¿Y eso qué es, filosofía?

ABATE.—Y de las más delicadas,

JORGE.—Dejen ustedes llegar

á la puerta aquestas damas.

CONCHITAS.—Luego que entremos nosotras
quedará desocupada,
y pueden entrar en vez.

JORGE.—No sean desvergonzadas.

JUANA Y LEONOR.—No sea usté así.

CONCHITAS. Mate usía
(*Dando un bofetón á D. Jorge.*)
esa chinche con la pata,
no se le ensucie la mano.

JORGE.—¡Si á que es mujer no mirara!...

JUANA.—¿Quiere usted callar, don Jorge?
Llame usted por la ventana,
y responderán más breve.

JORGE.—¡Que quieran unas madamas
como ustedes, en el corro
entrar con esa canalla!

LEONOR.—En mí es antojo.

JUANA. Y en mí
es más: purísima gana.

Sale MARCOS *de majo con la* TOMASA, *y detrás, siguiéndolos á lo largo*, D. SEBASTIÁN, *de capa, volviendo ella á cada instante la cabeza para mirarle: por otro lado salen la* CULEBRA *y* MANOLO *de majos.*

MANOLO.—¿Conque hay un rato de broma
en casa de Marisancha?

CULEBRA.—¡Toma si le habrá! A la ley.
¡Mira, mira si hay parada
poquita gente á la puerta!
¡Y gente de circunstancias!

MANOLO.—¿Y qué, hemos de entrar un rato?

CULEBRA.—¿Se había de quedar sin cartas
el mejor jugador? ¡Toma!

JUANA.—Llame usted á esa ventana (*A Jorge.*)
con brío, ó tome una piedra.

JORGE.—¡Si se hacen sordos, y callan!

MARCOS.—Vuelve en cuándo en cuándo, tú
que eres más disimulada,
la cabeza, no sea caso
se pierda entre gente tanta
el señor don Sebastián.

TOMASA.—Siguiendo viene á la larga;
y si se pierde, ¡mía tú
qué mayorazgo!

MARCOS. ¡Qué entrañas
tienes tan duras, mujer!
¿Pues no vale más la gracia
conque el pobre caballero
á cualquier parte que vayas
va por si te se ofrece algo,
ó si acaso te da gana
de beber ó merendar?
Y con otra circunstancia,
que no es de aquellos que hacen
de los San Benitos gala:
siempre cuenta lo primero
conmigo, y no me regala
menos que á ti. Estos hombres,
que al fin á un hombre agasajan
tanto como á su mujer,
y le hacen acompañarla,
porque todo el mundo sepa
que en esto no cabe trampa.
¡Bien puedes agasajarle,
que no hallarás otra ganga!

TOMASA.—Pues ve, y dile que quiero
entrar en alguna casa
de estas á bailar.

MARCOS. ¿Mujer,
y si por eso se enfada
el señor don Sebastián?
Yo con esas embajadas
no voy, que me da vergüenza.

TOMASA.—Pues yo se lo diré en plata.
¿Don Sebastián?

SEBASTIÁN. Calla, chica,
que la más gente que pasa
es conocida; y no gusto
que nadie me dé matraca.

MARCOS.—¡Ya se lo digo yo; pero
no hay forma de sujetarla!

TOMASA.—¿Y no pudiera cualquiera
tener que yo la llamara
á muchísima de la honra?

SEBASTIÁN.—¿Quién te lo niega, Tomasa?
Sí, hija mía, y yo el primero.
¿Qué es lo que quieres? ¿Naranjas
ó bollos de fantasía?

TOMASA.—Entrar á ver dónde bailan,
y dar cuatro vueltas.

SEBASTIÁN. Eso
es una cosa arriesgada;
porque luego hay mil camorras,
y un hombre no gana nada
si le conocen.

TOMASA. No entrar;
aguárdeme usté á que salga
en un portal, ó en la calle;
y si de esperar se cansa,
mudarse, que á bien que yo
no le tiro de la capa.

MARCOS—¡Mujer, ten prudencia!

TOMASA. ¡Mira

que ahora no estoy para chanzas!
SEBASTIÁN.—No merezco ese tr to.
MARCOS.—¿Ve usted lo que esta mañana
le dije yo á usted? ¡Si no hay
otro medio que dejarla
salir con todos sus gustos,
si ha de haber paz en la casa!
Vamos donde tú quisieres.
VOCES.—¿Frazquillo?... ¿Tía Marisancha?...
MARISANCHA.—¿Qué bulla es esta? Si sale
(*Asomándose á la reja.*)
mi marido con la tranca,
yo sé que habrá más de cuatro
cabezas descalabradas!
JORGE.—Senora, venga usté á abrir,
que ha rato que estas dos damas
esperan.
MARISANCHA.—¡Hola! ¿Y de parte
de quién vienen convidadas?
¡Alabo yo la llaneza!
CONCHITAS.—Dile á tu marido cabra,
que estamos aquí nosotras.
MARISANCHA.—Ya estaba desesperada
de esperaros.
MANOLO. Diga usted
que está aquí el de la guitarra.
MARISANCHA.—Ahora bajarán á abrir.
(*Vase, y cierra la ventana.*)
MARCOS.—No hay sino empujar de gana
cuando abran, y entrarse todos.
SEBASTIÁN.—Estar un rato, y á casa.
TOMASA.—No nos venga usted con prisa:
yo haré lo que me dé gana.
MANOLO.—Ya han abierto: vamos, chica.
(*Abrese la puerta, y todos se empujan para entrar, dando voces alternativamente.*)
¿Frazco?.. ¿Tía Marisancha?
Aguarde usted... Tenga modo...
¡Ay mi mantilla!.. ¡Ay mi capa!
ABATE.—Señorito, venga usted,
que allí parece que se arma
fiesta, y nos divertiremos.
SEÑORITO.—¿Y si nos dan de puñadas?
ABATE.—¡Qué han de dar, viendo que un hombre
de mi carácter les habla!
Vamos.
SEÑORITO.—Vaya usted delante.
ABATE.—¿A qué es toda esa algazara?
(*Acercándose á la puerta.*)
Aguarden á que pasemos
las gentes de circunstancias,
y luego entrará la plebe,
si cupiere. Aquí á mi espalda,
(*Al señorito.*)
y empujar.
SEÑOEITO. ¡Ay, que me pisan!
ABATE.—No hay que reparar en nada.
VOCES.—¡Voto á bríos!.. no hay que empujar.
JOEGE.—Que hay aquí una embarazada.
JUANA.—Haga usted lugar, don Jorge.
VOCES.—¡Ay mi basquiña!.. ¡Ay mi capa!
Forcejeando y gritando como queda dicho, se van entrando. Mutación de casa pobre, con bancos, sillas rotas, etc.; FRAZQUILLO *y* JULIÁN *cada uno con un candil en la mano, y* MARISANCHA *muy maja.*
MARISANCHA.—¿Qué haceis ahí con esas luces?
Despachaos á colgarlas.
JULIÁN.—Tenla, que voy á poner
una soga atravesada,
porque la iluminación
esté más proporcionada.
MARISANCHA.—Es imposible que quepan,
¡y eso que es grande la sala!
Sale MARCOS.
MARCOS.—¡Jesús, mujer, cuánta gente!
MARISANCHA.—Déjalos entrar.
Salen todos, y se acomodan de tropel, algunos en el suelo, MARCOS *sobre un canto debajo de un candil, y* D. SEBASTIÁN *en pie.*
TODOS. Deo gracias.
MARISANCHA.—A Dios sean dadas. Señores,
yo quisiera que la sala
fuera un palacio, y que hubiera
bancos ó sillas de paja
para todos; pero en fin,
la buena voluntad basta.
Salen el ABATE *y el* SEÑORITO.
SEÑORITO.—Por usted...
TODOS. ¿Qué ha sido eso?
SEÑORITO.—¡Ay mi madre de mi alma!
ABATE.—No hay que dar cuidado: esto es
que le han dado una pedrada
en el ojo. Haga usted gusto
de sacarme un poco de agua.
JULIÁN.—Vaso no hay, mas si usted gusta
le sacaré la tinaja,
que llena está á prevención
por si á alguien le da gana
de refrescar.
ABATE. En bailando
se acabó; que eso no es nada.
MARISANCHA.—¿Vamos, quién toca?
POCHO. Aquí están

el violín y la guitarra.
MARISANCHA.—Luego vendrá la bandurria,
que por estar convidada
en otra parte primero,
no ha venido.
CONCHITAS. Pues muchacha,
como dijo el otro, alguna
debe ser desvergonzada
primero: vamos bailando.
POCHO.—Vamos, templad esas gaitas
mientras enciendo un cigarro
y echamos dos bocanadas.
JUANA.—Esto es un gusto.
JORGE. En mi vida
gusté de la gente baja.
MARISANCHA.—A la mitad no conozco.
JULIÁN.—¿Y qué? Cuando en una casa
hay semejaates funciones,
se debe dar puerta franca.
(*Al encender Pocho el cigarro en el candil, le caen las chispas á Marcos*)
MARCOS.—¡Por vida de los demonios!
¿No mira usted que me abrasa?
POCHO.—Pues quítese de debajo,
que aquí maldita la falta
hacía usté, aunque no viniera.
MARCOS.—¿Qué va que va usté en volandas
de un puntapie á suplicar
al sol que le preste un ascua
para encender el cigarro?
POCHO.—Manuela, tenme esa capa,
verás qué pronto le quito
la costumbre de echar plantas.
SEBASTIÁN.—Suplico á usted, caballero;
que el señor ha hablado en chanza.
POCHO.—¡Y si no, que hable de veras!
JULIÁN.—Caballeros, á mi casa
se viene á lo que se viene:
más bulla, y menos palabras.
SEBASTIÁN.—Es posible...
MARCOS. Ya usted sabe
que no soy de los que aguantan;
y ninguno como usted.
que ha tres años que nos trata
á aquella y á mí con toda
la posible confianza;
pero eso de echarme á mí
chispas encima... ¡cáramba!
No saben ellos quién es
el Majillo de Aravaca.
JULIÁN.—Pues vaya, señor Majillo,
se acabó.
MARCOS. Si usted lo manda,
se acabó; que en este mundo
no hay nengún hombre que haga
más presto un gusto á un amigo.
CONCHITAS.—Vamos bailando, muchachas.
(*Bailan seguidillas las majas; D: Sebastián se sienta en la piedra en que estaba Marcos, llegan á encender cigarros, le caen chispas, se las quita y calla.*)
TOMASA.—¿Bailo yo, don Sebastián?
SEBASTIÁN.—Lo que tú quieras.
TOMASA. Pues vaya,
salga usté á bailar conmigo.
SEBASTIÁN.—Hija, por todas las santas
vírgenes y viudas, que
no me expongas á que hagan
burla de mí.
TOMASA. De sobra hay
buenos mozos en la sala;
no se altere usted por eso.
MARISANCHA.—¿Qué hace la gente parada?
PUJITOS.—Nosotras ya hemos bailado.
CONCHITAS.—Que salgan esas madamas
de agüecador, y veremos
respingar á las campanas.
JORGE.—Y esto ha de aguartarse?
JUANA. ¡Toma!
¡Y de qué poco se espanta
el amigo!
MODORRO. Salga usía,
señora.
LEONOR. De buena gana.
JORGE.—Yo doblaré las mantillas.
MARISANCHA.—También sabemos doblarlas
por acá.
LEONOR. Vamos, don Jorge.
ABATE.—Señorito, á esa madama
que es linda.
JUANA. ¿Y no baila usted?
ABATE.—La gente condecorada,
á veces por el puntillo...
JUANA.—¿Pues acaso en una casa
de satisfacción, como ésta,
qué reparo...
ABATE. Basta, basta,
que hombres como yo, con menos
sones que les toquen, bailan.
PUJITOS.—Chicas, á tomar escuela,
por si se ofrece mañana
un baile de fundamento.
MODORRO.—¡El demonio eres tú! Calla,
no seas provocativa.

CONCHITAS.—¡Di tú que digan palabra,
verán qué presto me limpio
los mocos con sus enaguas!
JULIÁN.—¿Quiere usía bailar minué?
ABATE.—Mi señorito lo baila
de primor.
TODOS. Pues bailen uno;
después seguirá la zambra.
JUANA.—Yo haré lo que ustedes manden.
JULIÁN.—Pues toca el violín, Cuchara.
CUCHARA.—No poner nombres á naide.
Mira tú cómo acompañas.
(Bailan D.ª JUANA *y* EL SEÑORITO, *y entre tanto dicen las majas:)*
PUJITOS.—¡Qué lástima que la tierra
se coma esta filigrana!
MEDIOCULO.—¿Has visto tal sosería,
mujer?
CONCHITAS. Son muy resaladas
todas estas petimetras.
PUJITOS.—¿Y se sabe á qué hora acaba
de dar vueltas al redor
de la pieza sin sustancia?
JULIÁN.—Perdone usted, caballero,
(Encendiendo un cigarro.)
que le he quemado la capa.
SEBASTIÁN.—No importa. "Que no fuera esa
(Aparte.)
"la postrera bocanada!..."
TODOS.—¡Vítor, vítor!
MARISANCHA. Sin pararse
las seguidillas, madamas.
NIÑA.—También yo bailo.
CONCHITAS. ¡Mocosa,
aguárdate, noramala!
¿Qué, te quieres comparar
con las mujeres casadas?
NIÑA.—Ya se ve, que para eso
estoy dentro de mi casa,
y bailaré cuando quiera.
CONCHITAS.—Mira si un poco me enfadas,
y te doy un puntillón.
MARISANCHA.—¿Y por qué tú has de cascarla?
¡Mira si vas por la puerta
cantando la nininana
al son de cuatro sopapos!
ABATE.—Mientras esotras se arañan,
vamos bailando nosotros.
JORGE.—Toque usted esa guitarra.
JULIÁN.—Vamos callando, que no
quiero riñas en mi casa.
MARISANCHA.—¡Pues hombre, si me provoca!
CONCHITAS.—¡Si es una desvergonzada!
(Se ponen á bailar, y antes de acabar dice Marcos sus dos versos, da vuelta á la soga, caen los candiles, y andan á obscuras en confusión.)
MARCOS.—Yo me voy á columpiar
de esta soga mientras danzan.
SEBASTIÁN.—¡Anda con Dios! ¡Me han echado
á perder toda la capa!
JUANA Y LEONOR.—¿Don Jorge?
SEÑORITO. ¿Ayo?
ABATE. ¿Señorito?
TOMASA.—¿Don Sebastián?
UNOS. ¿Tía Marisancha?
OTROS.—¿Quién saca esa luz?
OTROS. ¡Despacio!
OTROS.—¡Mi mantilla!
OTROS ¿Marisancha?
OTROS.—¡Ay mis bucles?
TODOS. Luz, luz, luz.
JULIÁN.—¿No mira usted cómo anda?
MARCOS.—Mujer...
SEBASTIÁN. Miente quien lo dice.
JULIÁN.—¿Mujer, hay pajuela en casa?
(Coge un candil.)
MARISANCHA.—¿Por qué no vas á pedirla
á las vecinas prestada?
JULIÁN.—Voy. *(Vase.)*
SEÑORITO. Ayo, que me han pisado.
JORGE.—Lleven esas manos bajas,
y no despeinen á nadie.
TODOS.—¿No hay quien unas luces traiga?
JULIÁN.—Aquí están. *(Sale con luz.)*
Sale el ALCALDE *y el* ESCRIBANO
ESCRIBANO. La justicia.
¿Qué desorden tan extraña
es la que aquí está pasando?
MARCOS.—Este cabo tiene traza
de haber sido en algún tiempo
alguacil.
MARISANCHA.—Señor, no es nada
más que estar aquí bailando
las gentes en paz y gracia
de Dios, y sin saber cómo,
apagarse á un tiempo entrambas
luces.
ALCALDE. Vayan al cuartel
por ahora, y después salga
cada uno cuando pudiere.
SEBASTIÁN.—Mire usted que hay gente honrada
en la cuadrilla; y supuesto
que no hay cosa extraordinaria,
es razón que se la atienda.

ESCRIBANO.—Con tal que todos se vayan
á la calle, me conformo.
TODOS.—Todos os damos palabra.
ALCALDE.—¿Pero de salir delante
de mí?
TODOS. De muy buena gana.
ESCRIBANO.—Pues de ese modo acabóse.
SEBASTIÁN.—También el sainete acaba.
TODOS.—Suplicando al auditorio
el perdón de nuestras faltas.

El majo de repente.

PERSONAS

D. FABRICIO, petimetre, amigo de
GALVÁN
EL TÍO PABLO, tahonero, padre de
GEROMA
DOÑA ANSELMA, su vecina.
PEDRO, criado de D. Fabricio
SIMÓN, CORONADO, MARTÍNEZ, majos.
NICOLASA, CALISTA, CIRILA, criadas.

Calle corta: al fin una tahona.

Sale de petimetre D. FABRICIO *pensativo, y por el otro de petimetre* GALVÁN.

FABRICIO,—¡Lo que tarda en salir Pedro!
¡Si habrá ya desempeñado
su comisión!
GALVÁN. ¿Don Fabricio,
qué es esto? ¿Que no ha de haber
forma de desengañaros?
FABRICIO.—Si me apurais, no, señor;
que no puede haber engaño
en coger á una muchacha
que me guste por su garbo,
con medio millón de dote,
y heredera de otro tanto
por lo menos.
GALVÁN. ¿Y que un hombre
que sabemos que es hidalgo,
tan redondo, tan bien quisto,
y de un talento tan claro,
se alucine de tal modo,
que crea no está engañado
en pretender á la hija
de un panadero, por cuatro
doblones, cuatro chuladas,
y un poco de aire de taco?
FABRICIO.—El mérito me falta
para lograrlo es lo malo.
GALVÁN.—¿A vos? ¿Pues ella tiene otros
que el dinero?
FABRICIO. ¡Ahí es un grano
de anís!
GALVÁN. ¿Y por el dinero
ha de bajar de su estado
un hombre de bien?
FABBICIO. Por él
suben hasta lo más alto
las familias con el tiempo;
y por su falta notamos
descender otras familias
con el tiempo á lo más bajo.
¿Sabéis qué es un pobre ilustre
en Madrid? Un espantajo:
humilde con los plebeyos,
con los nobles desairado,
á los ricos enfadoso,
á la sociedad extraño,
para cortejo impotente,
y para marido un asco.
Mi calidad, el talento
de la tahonera, y el gato
de su padre, si vinieran,
yo sé que harían milagros.
GALVÁN.—¡Jesús!
FABRICIO. ¿De qué os hacéis cruces?
Amigo, vamos despacio,
que no es de casta de negros;
y un tahonero es hombre blanco.
GALVÁN.—Si pensara de este modo,
ya estuviera yo casado
con ella.
FABRICIO. ¿Y os la daría
su padre, ni hiciera caso
ella tampoco, aunque fuérais
sobrino de Arias Gonzalo?

GALLÁN.—¿Pues qué solicita?
FABRICIO. Un hombre
como un demonio, muy majo.
GALVÁN.—Y le conviene.
Sale PEDRO *de mozo de tahona, recatándose*
PEDRO. El demonio
me ha metido en un trabajo,
que no entiendo, para andar
tan puerco y madrugar tanto.
FABRICIO.—¿Pedro?
PEDRO. ¿Señor?
FABRICIO. ¿Qué tenemos?
GALVÁN.—Esta es otra; su criado
mozo de tahona.
PEDRO. Como
me vió su merced tan flaco.
me hizo meter en harina.
FABRICIO.—Su buena ley tomó á cargo
esta expedición,
PEDRO. Que juzgo
nos ha de salir en vano,
si usted nó muda de traje
y de genio.
FABRICIO. ¿La has dicho algo
de mí? ¿Qué le ha parecido?
¿Extraña cuando no paso
por su reja muchas veces
al día?
PEDRO. Vamos despacio,
y por partes; mas primero
que responda de mi encargo,
es preciso definir
la moza de que tratamos,
porque no haga novedad
las noticias que le traigo.
Es Geroma tan salada,
y tiene tal garabato,
que le sobra su dinero,
¡mirad si le sobra harto
para enviar á la Tela
todos sus apasionados!
No bien sus ojos al mundo
las luces manifestaron,
que dejaron de ser ojos,
y con efectos de rayos,
abrasan conforme miran
los corazones humanos.
Es tan desdeñosa, y es
de espíritu tan bizarro.
que ni lo galán la mueve,
ni la envanece lo hidalgo,
ni la divierte lo agudo,
ni de lo rico hace caso;
diciendo que sólo es hombre
aquel que sabe en llegando
la ocasión, bailar encima
de los hombres el fandango.
Para ella el mejor empleo
es contrabandista, tanto,
que hay quien dice que su padre
por complacerla, en sus tratos,
sin dejar de ser tahonero,
comete sus contrabandos.
Los romances de Francisco
Esteban y de otros guapos,
son su biblioteca; come
carne brava todo el año,
menos los viernes, y bebe
solamente vino rancio.
Con esta noticia ahora
podrá usted por el atajo
entender cuanto responda
á lo que me ha preguntado:
la he dicho de usted, que está
un caballero penando
por ella.
FABRICIO. ¿Y qué respondió?
PEDRO.—Que más de cuarenta y cuatro
andaban tras sus doblones
calle arriba y calle abajo;
pero que tan viles hombres
que andabán solicitando
por rica á la que por pobre,
aunque tuviera otros varios
méritos despreciarían,
no eran dignos de mirarlos
siquiera.
GALVÁN. ¡Cuánto me alegro!
FABRICIO.—¿Conque no ha hecho reparo
en mí?
PEDRO. Ni me ha dicho nada
de usted, con lo que sacamos
en limpio que ha roto en balde
muchos pares de zapatos.
FABRICIO.—¡Infeliz soy!
PEDRO. Me parece
que hay remedio, sin embargo,
FABRICIO.—¿Qué remedio?
PEDRO. Apostatar
de petimetre, y mudando
de genio, ademán y tono,
hacer profesión de majo.
FABRICIO.—¡Yo! ¿No ves que en mi crianza
es difícil?

PEDRO. Pues dejallo.
GALVÁN.—Don Fabricio, ¡qué gracioso
estaréis puests de majo,
con su cofia, su chupita,
chupetín y calzonazos,
sus hebillas á la punta
del pie, su capa arrastrando,
su rejón en el bolsillo
y en la boca su cigarro!
Digo, ¡y para una pendencia,
qué mozo! Con un gargajo
fuerte que echara un chispero,
se quedaría temblando.
FABRICIO.—¿Yo?
GALVÁN. Sí: ¿tú sabes quién es
esa gente de los barrios
de Madrid? unos demonios.
PEDRO.—En sabiendo conjurarlos
están vencidos.
FABRICIO. Perico
mío, yo estoy empeñado.
PEDRO.—Ya lo sé, y así á pillar
la mosca y desempeñarnos.
FABRICIO.—Aguarda: ¿quién son aquellos
dos, que ha días que reparo
visitan á todas horas
la casa?
PEDRO. Dos mentecatos.
GALVÁN.—¿Quiénes son?
PEDRO. Un tabernero
son, y un tejedor de esparto
que la rondan; grandes tunos.
GALVÁN.—Tendrá mil enamorados.
FABRICIO.—¿Y ella á quién quiere?
PEDRO. Yo creo
que ninguno le ha petado
hasta ahora, y si hay alguno,
ha de ser un escribano
novicio en la profesión,
y maestro consumado
en el arte de la tuna.
GALVÁN.—¿Y por qué?
PEDRO. Porque ese es agrio
de genio, adusto de cara
y de palabras escaso;
y es cada una que sale
de la boca, un cañonazo,
y también viene allí.
GALVÁN. Yo,
amigos, no los aguardo.
FABRICIO.—Ni yo.
PEDRO. Cierto es que conviene
que no nos vean hablando;
pero en lo demás no había
que temer, que de estos guapos
el que habla más gordo es quien
vence á todos sus contrarios.
FABRICIO.—Yo me voy á disfrazar,
sin un punto dilatarlo;
ya lo he resuelto del todo.
GALVÁN.—¿A que más partido saco
yo, si voy con el vestido
bordado, y al fin la hago
consentir en ser usía?
PEDRO.—Está usted equivocado.
GALVÁN.—Ya se me ha ofrecido un medio
conque puedo ir sin reparo
á su casa: lo veremos.
PEDRO.—Váyase usted á casa en tanto
que yo voy allá á imponerle;
y apueste usted, que yo pago.
GALVÁN.—El romance lo dirá.
FABRICIO Y PEDRO.—Y hasta que lo diga, va- [mos.

Vanse los tres por donde saliaron, y se muda el teatro en portal de tahona, con piedra de moler con la mula, dos artesas en que están amasando cuatro mozas, dos mozos con dos arneros, y otros dos con escobas barriendo y cantando.

Coro.

MUJERES.—En todita la villa
no habrá pan más sabroso,
tales manos lo amasan
y lo llevan al horno.
TODOS.—En todita la villa
no habrá pan más sabroso,
tales manos lo amasan
y lo llevan al horno.
CRIADO.—Este macho, señores,
muele tan poco,
que nadie que le vea
dirá que es tonto.
Que nadie que lo vea
dirá que es tonto.
TODOS.—Vaya de bureo, vaya de jolgorio,
que hay esta la masilla
como un bizcocho.
Cantemos y bailemos
sin susto ni pesar,
y el día sea todo
júbilo, gozo y paz.
Sale TÍO PABLO *de vestido serio, con peluquín mal peinado, y gesto de buen humor.*
TÍO PABLO.—¡Que no sepais hacer nada

sin alborotar el barrio,
muchachas!

CIRILA. Se siente menos
de esta manera el trabajo.

PEDRO.—Y también de esta manera
se trabaja mas, nuestro amo.

PABLO.—¡Qué buena alhaja eres tú!

PEDRO.—Pues aquí con esos trapos
que usted me ve, y esta poca
figura que Dios me ha dado,
soy hombrecito de bien;
y los cuarticos que gano
los gasto con esplendor,
ó díganlo más de cuatro
mozas, que si llevan tren,
es porque yo se lo he dado.

PABLO.—¿Tú?

PEDRO. ¿Sabe usted quién soy yo,
y que tengo un primo hermano
que en dando una voz le oyen
de la otra parte del charco,
y á la mano se le vienen
los pesos duros volando?
¿Sabe usted que es hombre que
de una mirada á lo zaino,
ó de un resoplido, mata
diez hombres sólo de espanto?
¿Sabe usted...

PABLO. ¡Qué he saber!
Mira que se para el macho;
ves á arrearle, embustero,
ó te arreo con un palo
yo á ti.

PEDRO. Porque usted lo crea
voy al instante á buscarlo,
que quiero que usted y el ama
vean en él el retrato
de un hombre galán, valiente,
discreto y enamorado.

PABLO.—Mira...

PEDRO. No puedo, que soy
montañés, y me he picado. (*Vase.*)

PABLO.—Aguarda, pícaro.

Sale GEROMA.

GEROMA. Padre,
¿con quién estais regañando?

PABLO.—Con Periquillo.

GEROMA. ¡Qué ganas
que tengo yo de aplastarlo
de una puñada, ú enviarle
de un puntillón al tejado!

PABLO.—¿Y por qué?

GEROMA. Por ciertas cosas
que no es razón que sepamos
las doncellas, á hurtadillas,
por boca de los criados.

PABLO.—¿Esas tiene?

NICOLASA. ¡Tiene tantas!
¡Siempre que me encuentra al paso,
me pellizca á mí!

CALISTA. Y á mí
él fué quien me rompió el plato
el otro día, por ver
lo que llevaba debajo.

CIRILA.—A esa la ha dicho que es viudo,
á esta otra que es casado,
y á mí que es solterito.

GEROMA.—¿Y eso qué tiene de malo?

TODAS.—Mucho.

PABLO Así tuviera uñas,
que regularmente el gato
goloso se queda hambriento,
y el hocico chamuscado.

GEROMA.—La que no quiere borrasca,
que no se meta en el barco.

TODAS.—Es que...

GEROMA. Niñas, á otra parte
con chismes y con trabajos,
que yo soy sorda y no gusto
de las criadas al rabo. (*Vanse las mujeres.*)

PABLO.—¡Qué genio tienes!

GEROMA. Si usted
quiere que le tenga blando;
y que me deje amansar
de todos...

PABLO. No pido tanto:
pero te pido que pienses
en elegir entre varios
que te pretenden, alguno
para marido.

GEROMA. ¡Y qué honrados
son todos! El mejor de ellos
aspira á pillar los cuartos
para darme después poco
que comer, y verse él harto.

PABLO.—Eso no.

GEROMA. Pues si eso no,
déjelo usted á mi cargo,
hasta ver si encuentro un hombre
conforme le voy buscando;
que á fe á fe que tengo yo
más ganas que usted de hallarlo.

Salen de majos crudos SIMÓN *y* CORONADO.

SIMÓN.—Muy buenos días, señora

Gerónima; adiós, tío Pablo.
CORONADO.—Ya sabemos que la gente
se ha levantado temprano:
madama, señal que ha habido
esta noche algún cuidado.
GEROMA.—No ha nacido todavía
quien me los dé.
CORONADO. Vamos, vamos,
que el escribanillo...
GEROMA. Corcho.
SIMÓN.—Pues seré yo.
GEROMA. Bacalao.
CORONADO.—¿Y yo?
GEROMA. Ni será, ni es,
que ya pasó si fué algo.
SIMÓN.—Gerónima, la verdad,
¿tiene usted de piedra mármol
el corazón, ó de jaspe?
CORONADO.—Ya le tendría labrado
si eso fuera, que en Madrid
hay famosos lapidarios.
GEROMA—Mi corazón es de cera
muy blando; pero es el caso,
que nadie tiene bastante
fuego para liquidarlo.
PABLO.—¿Qué hacemos en pie, señores?
Hija, mejor es sentarnos
aquí al sol.
LOS TRES. Sea enhorabuena.
Sale MARTÍNEZ *de serio.*
MARTÍNEZ.—¡Hola, lo que ha madrugado
la tertulia esta mañana!
Váyanme ustedes contando (*Se sienta.*)
las novedades del día,
que hoy estoy un poco malo,
y es preciso divertirme.
GEROMA.—¡La entradilla me ha gustado!
Vuelva usted á casa á ver
si en ella se le quedaron
los buenos días.
MARTÍNEZ. No hay
para qué: aquí los traigo.
GEROMA.—¿Por qué no los dió?
MARTÍNEZ. Porque
tampoco usté á mí me ha dado
día bueno, y á quien nada
debo, con nada le pago.
PABLO.—Pero, amigo, los demás...
MARTÍNEZ.—Con los hombres yo no gasto
ni quejas ni ceremonias;
y á otra cosa, que me canso
pronto de hablar.
GEROMA. ¿Y por qué?
MARTÍNEZ.—Porque las fuerzas que echamos
por la boca, suele hacer
falta después en los brazos.
GEROMA.—¡Hay algo que matar hoy!
MARTÍNEZ.—Aún no lo he determinado.
SIMÓN.—Pues ahora que me acuerdo:
si Dios no ha hecho un milagro,
ayer maté yo á catorce.
GEROMA.—¿Por qué?
SIMÓN. Ya se me ha olvidado.
CORONADO.—Yo no gusto de matar
y los hombres, contemplando
dos inconvenientes.
SIMÓN. ¿Cuáles?
CORONADO.—Que se va el género humano
disminuyendo; y el otro
es, con pesquisas y embargos
dar qué hacer á los señores
alguaciles y escribanos.
PABLO.—Aqueso, amigo, es unir
lo prudente y lo bizarro.
SIMÓN.—Los hombres han de ser hombres.
GEROMA.—Eso es por lo que yo clamo:
por uno que no lo diga
él, sino que lo veamos.
MARTÍNEZ.—¿Lo quiere usted ver?
SIMÓN. ¿Usted
quiere ver cómo despacho
á los dos en un instante,
y queda por mío el campo?
MARTÍNEZ.—Diga usted que sí.
CORONADO. Que no:
que no es razón que riñamos
por nada los tres: ahora,
si es por diversión, salgamos
bien unidos, y matemos
uno, dos, ó tres, ó cuatro.
GEROMA.—Usted es valiente á escote,
compadre.
Sale DOÑA ANSELMA *con basquiña y mantilla muy petimetra.*
ANSELMA. Señor don Pablo,
tenga usted muy buenos días:
vecina, viva ese garbo;
¡qué graciosa! Caballeros,
yo no vengo á incomodaros:
siéntense ustedes.
PABLO. Señora,
¿qué tiene usted que mandarnos?
GEROMA.—"¡Cómo me enfadan á mí (*Aparte.*)
"estas usías de trapo!"

ANSELMA.—Con su licencia de usted,
hay un caballero indiano
aquí que le quiere hablar,
pariente mío: Don Carlos,
entre usted.

Sale GALVÁN *muy bizarro, con vestido rico.*

GALVÁN. Usted no extrañe
que sin haberle tratado
me tome este atrevimiento;
pues ya sabe, que buscamos
los hombres de algún caudal
comunmente en qué emplearlo.
Señorita, usted perdone,
que no había reparado.
GEROMA.—No importa.
PABLO. ¿Qué tiene usted
que mandar?
GALVÁN. No seré largo.
ANSELMA.—Válgame Dios, mi señora
doña Geromita, ¡cuánto
tiempo ha que deseaba
ocasiones de trataros,
porque es usted tan bonita!...
GEROMA.—Viva usted más de mil años.
ANSELMA.—¡Tan graciosa, tan modesta!
¿Cuándo toma usted estado?
GEROMA.—Yo la daré cuenta á usted
entonces, y á todo el barrio.
ANSELMA.—¿Mira usted mi parentico?
GEROMA.—Me divierte.
ANSELMA. Pues miradlo,
que no perdereis vos nada.
GALVÁN.—"Yo creo que se ha clavado.
"la niña." Pues como digo, (*Aparte.*)
diez mil fanegas de grano
que ahora tendré existentes
en Castilla, había pensado
en traer, y en asociarme
á un inteligente.
GEROMA. Claro, (*A Anselma.*)
señora, que no la entiendo
palabra, porque soy algo
tenienta del oído zurdo.
ANSELMA.—Iré por el otro lado.
GEROMA.—¿Para qué? Hable usted recio,
de suerte que lo entendamos.
SIMÓN.—La visita y el misterio
me van un poco enfadando.
MARTÍNEZ.—A mí no, porque presumo
que el usía remilgado
nos ha de dejar asunto
para reir en marchando.
CORONADO.—¿Y si no se va tan pronto?
MARTÍNEZ.—Si no se fuese, enviarlo.
ANSELMA.—En fin, no hay hombre de prendas
más cabales adornado (*A Geroma.*)
en Madrid, y está tan ciego
por usted, que sin reparo
hará cualquier disparate
por ser dueño de su mano.
GEROMA.—Pues yo, que tengo los ojos,
á Dios gracias, despejados,
no haré el de quererle.
ANSELMA. ¡Hola!
PABLO.—¿Qué es eso, niña?
GEROMA. Es un paso
entre mi vecina y yo.
PABLO.—¿Caballero? (*A Galván.*)
GALVÁN. A su mandado
estoy. Escúcheme usted
hasta quedar enterado.

Salen D. FABRICIO *y* PEDRO *en forma socarrona*

PEDRO.—Aquí tiene usted á mi primo,
mire ahora si le alabo
con razón.
FABRICIO. La paz descienda
sobre los hombres honrados
que componen la asamblea,
y si hubiere alguno malo,
mi indignación, que es más fuerte
y más eficaz que un rayo....
MARTÍNEZ.—¡Agua va!
FABRICIO. Caiga, que á mí
nadie me coge debajo.
PEDRO.—Eso, primo: siempre encima.
PABLO.—¿Que seas tan mentecato,
mozo? Perdone usted, amigo,
que le haya incomodado.
FABRICIO.—A mí nadie me incomoda:
usted sepa que el muchacho
es cosa mía; que yo
á cuanto haga ó diga salgo:
trátele usted bien, y agur,
que ya estoy desocupado.
GEROMA.—Aguárdese usted, y diga
primero quién es, seo guapo.
FABRICIO.—Un hombre.
GEROMA. ¿Un hombre? Eso es mucho
decir.
FABRICIO. Pues no me retracto.
GEROMA.—¿Y quién es un hombre?
FABRICIO. Quien
obedece resignado
á su ley y á la justicia;

quien sólo levanta el brazo
por su patria, por su honor,
la verdad y el desagravio
de amigos y de mujeres
honradas; quien no hace caso
de chismes ni baladrones,
y desprecia á sus contrarios
valeroso; y finalmente,
el que estando enamorado
de lo exterior de una dama,
echa sobre el fuego un jarro
de agua hasta averiguar
por adentro cómo estamos
de juicio, de entendimiento,
de economía y recato,
que son las prendas que hacen
la mujer: y que en hallando
esta mujer, atropella
por montes y por barrancos.
la consigue, y si no, saca
provecho del desengaño.

GEROMA.—¡No es mal modo de pensar!
Siéntese usted á mi lado,
glosaremos ese punto.

PABLO.—¡Mira que hay grandes lagartos,
Geroma!

GEROMA. Yo soy culebra:
descanse usted sin cuidado.

SIMÓN.—¿Se ha de sufrir esto?

MARTÍNEZ. No;
pero sin alborotarnos.

SIMÓN.—¿Lo quito de en medio?

GORONADO. Para
un hombre como él, yo basto.

MARTÍNEZ.—Nada de camorra, chicos,
á chuladas, sofocarlo.

CORONADO.—¿Y si echa plantas?

MARTÍNEZ. Mejor,
que estoy algo resfriado,
y él parece un alfeñique:
vereis cómo me lo mamo.

GALVÁN.—¿Y esta doncella es casada?

PABLO.—No, señor.

GALVÁN. Pues os alabo
la deis tanta libertad.

PEDRO.—¡Qué bruto que es el indiano!

ANSELMA.—Prosigamos nuestro asunto,
vecinita.

GEROMA. En acabando
estotro.

COAONADO. ¡Gracias á Dios
que la divierte á usted algo!

GEROMA.—No es algo, que es mucho.

CORONADO. ¡Debe
de ser el niño salado!

FABRICIO.—¿Habla usted de mí?

CORONADO. De usted.

FABRICIO.—¿Y en qué tono?

CORONADO. De canario.

FABRICIO.—Usted es chusco, y con la gente
de ese humor yo no me hablo,
que soy serio.

SIMÓN. Yo también.

FABRICIO.—¡Válgame Dios, y qué largo
es usted!

MARTÍNEZ. Yo soy más corto.

FABRICIO.—Le entrará á usted menos paño
en una capa.

MARTÍNEZ. ¡Parece
que es usted algo alentado
y de bríos!

FABRICIO. No, señor.

MARTÍNEZ.—Me lo habían informado.

FABRICIO.—Sería en chanza, y si no,
para que vea que es falso,
vámonos hacia el canal,
ú otro sitio retirado,
con armas, ó puño á puño,
como usted esté acostumbrado,
y así en mí verá que no hay
aliento, fuerza ni manos.

MARTÍNEZ.—Vaya usted de ahí.

FABRICIO. En buen hora.
¿Madamita, en qué quedamos, (*Sentándose*)
que no me acuerdo?

GEROMA. ¡Que viva
esa serenidad, bravo!

SIMÓN.—Ese es desprecio.

MARTÍNEZ. Callad,
que yo lo tomo á mi cargo.
Mocito, venga usted acá. (*A Fabricio.*)

FABRICIO.—Ahora estoy ocupado.

MARTÍNEZ.—No me haga que alce la voz.

FABRICIO.—¿Qué quieren? Ya me levanto:
vaya, ¿qué se les ofrece? (*Se levanta.*)

LOS TRES.—Lo diremos en el campo.

FABRICIO.—Pues no ha de ser sino aquí,
y ya que me han provocado,
he de saber por qué vienen
aquí.

MARTÍNEZ.—¡Este hombre es el diablo!

EDRO.—Aprieta, primo.

FABRICIO. Madama,
diga usted sin embarazo:

¿quiere usted á alguno?
GEROMA. A nadie. (*Se levanta.*)
ANSELMA.—Y hace bien que este bocado
es digno de un caballero; (*Se levanta.*)
y sepa, señor don Pablo,
que está enamorado de ella
ese que usted tiene al lado.
PABLO.—¿De veras?
GEROMA. Y sepa usted
no le quiero ni engarzado.
CORONADO.—Pues no es friolera...
FABRICIO. Callen,
les digo, ó habrá sopapos.
PABLO.—Amigó, diga usted: ¿quién
tanta facultad le ha dado
en mi casa?
PEDRO. Yo.
FABRICIO. Mi genio,
que no puede ver que tantos
codiciosos solicitan
por el dinero este garbo,
que merece por sí solo
el amor de un potentado.
GEROMA.—Y el de usted también.
FABRICIO. Yo nunca
me acerco donde no alcanzo.
PABLO.—¿Por qué no? Y casi celebro
que haya este lance llegado
de desengañar á ustedes,
porque no se lleven chasco.
Yo soy un testa de fierro
de un rico, y estoy temblando
me pidan cuentas, porque
sé que estoy muy alcanzado;
y si alguno hay que me preste
de ustedes lo necesario,
le daré á mi hija: ¿qué dice
usted, señor indiano?
GALVÁN.—Hasta que venga la flota
no puedo responder.
SIMÓN. ¡Malo!
CORONADO.—¡Antes bueno: que por poco
nos pilla el viejo en el lazo!
PABLO.—¿Y ustedes?
MARTÍNEZ Ahí está ese hombre
que podra desempeñaros. (*Señala á Fabricio.*)
FABRICIO.—¡Harto lo siento. Si sirve
un pequeño mayorazgo
que tengo, y puede sufrir
otro censo sobre tantos,
ahí está hasta lo que alcance.
PABLO.—¿Pues quién es usted?
PEDRO. Mi amo,
de veras, que hasta las cachas
está el pobre enamorado.
ANSELMA.—Es verdad, que es don Fabricio
de Contreras.
GALVÁN. ¡Qué trocados
están todos los amantes!
FABRICIO.—Mas con afectos contrarios,
que á mí sólo mi pobreza
es quien me sella los labios.
GEROMA.—Si usted quiere que pasemos
con la labor de mis manos,
y con su corto caudal.
aquí, en Indias ó en el Cairo,
usté es el hombre que busco,
y por quien siento este chasco;
que por lo demás celebro
aunque me cueste tan caro.
PABLO.—Pues no lo sientas, y vive
feliz con él muchos años;
que esto ha sido una experiencia;
y ahora que viene al caso,
sepan que también soy noble
por todos cuatro cuatro costados:
administro mis cosechas,
sin emplearme en los trabajos
serviles como sabéis;
y hasta un millón de contado
le puedo dar á Geroma,
sin hacer á nadie agravio,
ni al público.
FABRICIO. Señorita,
usted queda sin embargo
en su libertad: si quiere
á otro más, dele la manc.
GEROMA.—Tome usted las dos, que sólo
usté es el que me ha petado
en este mundo.
MARTÍNEZ. Después
quizá cantará otro gallo.
FABRICIO.—Digo.
PABLO. Chito.
GEROMA. El que es un hombre,
de estas cosas no hace caso.
PEDRO.—Y la que es una mujer,
les da á todos un buen rato.
Hasta la boda, vecinos.
GALVÁN Y ANS.—¡Lindamente hemos quedado!
PEDRO.—¡Siento que usted se haya puesto
el gran uniforme en vano!
TODOS.—Y concluída la idea,
logre perdón, si no aplauso.

Un libro de Morayta.

A cuantos en 1884 eran estudiantes, al Profesorado y en general á toda la clase escolar, interesa la obra que acaba de publicar D. Miguel Morayta, describiendo el asalto y clausura de la Universidad Central, las cargas en las calles y todos los sucesos universitarios conocidos con el nombre de la Santa Isabel. Estudia su repercusión en provincias y en el extranjero; el movimiento escolar en Barcelona, con sus manifestaciones en las Ramblas; la agitación estudiantil en Valencia, Valladolid, Zaragoza, Salamanca, Santiago, Granada, Oviedo, Sevilla, Cádiz y en todas partes. Los telegramas y mensajes de los estudiantes italianos, asociándose á la protesta de los estudiantes españoles. La dimisión del rector señor Pisa Pajares, y la actitud de los catedráticos. La velada que los escolares madrileños intentaron celebrar en honor de Giordano Bruno y que fue suspendida por el Gobierno. La campaña periodística y la fundación del semanario escolar *La Universidad.* La censura eclesiástica con las pastorales de los obispos. La discusión parlamentaria iniciada por don Claudio Moyano, y en la que intervinieron, entre otros, los señores Comas, Pidal, Romero Robledo, Silvela, Villaverde, Cánovas, Sagasta, Canalejas, Montero Ríos, Moret y Castelar. El sumario seguido contra los estudiantes; la denuncia presentada por los catedráticos contra el coronel Oliver. La definitiva conquista de la libertad de la cátedra y cuantas de ella fueron cortejo obligado. Este tema ha servido para encabezar la obra del Sr. Morayta, que se titula *La libertad de la cátedra,* sucesos universitarios de la Santa Isabel, y que se vende al precio de 2 pesetas en todas las librerías.

Pedidos á la Editorial Española Americana, Mesonero Romanos, 42, Madrid. Apartado de correos 376.